BLACK- Cuando dicta el corazón (cada martes capítulo nuevo editado)

Serena Arci

Capítulo 1

Nota

Este libro está dirigido para todas aquellas personas que son lectoras de corazón y que les encantaría leer una historia de amor ambientado con música que inspira y da vida a la pasión. La música la podrá hallar en la página de YouTube completa y por capítulos, sin embargo podrá hallar el linc al inicio de cada capítulo que lo llevará hasta allá. Espero que sea de su agrado y que lo disfrute, gracias.

****

La música, expresa aquello que no puede decirse con palabras y que no puede permanecer en silencio.

Víctor Hugo

Es el corazón de la vida. Por ella habla el amor; sin ella no hay bien posible y con ella todo es hermoso.

Franz Liszt

****

1

Inquietud

(Beethoven Piano Concerto No 5 op. 73Emperor II Adagio)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Inglaterra 1836.

—¡Marcos, se nos está haciendo tarde y tu hija Irene aún no se ha alistado para el evento! Siempre me hace lo mismo. ¡Por favor, haz que recapacite! Estoy cansada de decirle que tiene qué acompañarnos cada vez que salimos.

—Shannon, no puedo hacer nada... Cuando se pone terca…, se pone terca. Además, mujer, ¿por qué insistes?. Si ella no desea acompañarnos y prefiere quedarse en casa es mejor que sea así... Sabes que no le agradan los lugares concurridos.

—Concurridos o no debes de recordar que ya no es una niña pequeña y que necesita salir… ¡Por Dios, Marcos! ¿Acaso no deseas que se case tu hija…? ¿A caso deseas verla como una solterona más de este lugar?

—Shannon, estás exagerando. Ella, jamás será una solterona.

—¡Eso crees…!

Los Black vivían en el hermoso poblado de Basingstoke a unas cuarenta y ocho millas al suroeste de Londres. El señor Black era un hombre carismático que poseía enormes tierras en aquel lugar, e incluso mantenía negocios relacionados con la realeza y gente bien posicionada. Hacía un poco más de veinticuatro años que se había casado con la divina Shannon y en el transcurso de ese tiempo habían procreado cuatro encantadores hijos: Julius el mayor, Irene quien le seguía, la joven Yasmine y la pequeña Kalie. Marcos era una excelente persona y debido a eso era bien amado por la gente del pueblo... Siendo así, tenía también por ello unos valiosos hijos.

Julius era un joven apuesto y vivaracho, capaz de conquistar cualquier doncella, inteligente como su padre y sumamente generoso; La joven Yasmine era una chica apasionada que deseaba entrar en la edad casadera lo antes posible; En cuanto a la pequeña Kalie, no pasaba de los diez años, era una niña juguetona que le fascinaba correr por los jardines.

—Veo que no piensas hacer nada con tu hija, ¿verdad, Marcos? —y lanzó una mirada retadora—. ¿Piensas en seguir solapando sus caprichos a pesar de lo que yo te pida…? ¡A caso no piensas en mí!, en lo angustiada que me siento cada vez que nuestros familiares y amigos preguntan por ella y no hago otra cosa más que mentir.

—Pues deja de mentir y di la verdad.

—¿Cual verdad?

—¡Ay, Mujer…! —meneó la cabeza— De que tu hija Irene no desea desposarse aún.

—¡A caso te has vuelto loco! —exclamó incrédula—. ¡Tu hija está casi en el límite de edad casadera y si no encuentra marido pronto temo que jamás lo hallará!

—¡Exageras, mujer! —declaró burlonamente—. Ambos sabemos que cualquier hombre estaría dispuesto en contraer matrimonio con la niña en cuanto esta lo decida… Deberías de confiar más en los sentimientos que profesa tu hija.

Shannon sospechaba que algo ocultaba su confiado esposo y que por más que indagara en el tema no estaría dispuesto a confesar. La verdad, era que hace más de un año Irene había conversado con su padre respecto al tema. Habían acordado que, si la joven no hallaba un prospecto en dos años permitiría que él eligiera uno y que, sin cuestionar, lo iba aceptar. Sabía que su progenitor era de buen criterio y favorecería sus gustos, no obstante Marcos esperaba que su hija le evitara esa gran molestia.

—Confía en mí —dijo Marcos—. No debes inquietarte tanto porque todo saldrá como esperas. Ya verás que el día menos pensado tu hija saldrá de esta casa con un esposo de la mano. Pero si tú lo deseas —rectificó—, iré por ella en este preciso instante.

—¡No! —Aseveró Shannon—. Iré yo. Tú…, termina de prepararte porque salimos en media hora.

—Bien, mujer. Como gustes —sonrió y se despidió de su mujer con un beso en la mejilla, enseguida Shannon partió de la habitación y se encaminó por los pasillos.

La madre no aguardó ni un minuto más por ir tras ella, sabía perfectamente que, aunque enviara a toda la servidumbre estos jamás darían con su paradero. Por una extraña razón sabía cómo escabullírseles o quizá se deba que sabía cómo persuadirlos para que no dieran aviso. Siempre sucedía esto cuando intentaba Shannon llevarla consigo algún evento, es por lo que decidió hacerlo en persona.

Inició la búsqueda en su dormitorio, pero sin hallarla, continuó por las demás habitaciones y sin lograr toparse con ella. Prosiguió por la sala pequeña, continuó por el salón recibidor, seguido por el comedor, pero sin llegar a tener éxito. No indagó en el salón de baile que se localizaba en la parte posterior de la casa porque sabía perfectamente que no la hallaría

ahí. No fue hasta que llegó a la cocina y la descubrió muy relajada sobre un banquillo… Cuando su hija era pequeña y no quería que nadie la descubriera por haber hecho alguna travesura se escondía en él. Sabía que Amy, la cocinera, la encubriría, pero ya era demasiado grande su hija como para mantenerla en algún escondrijo. Al instante y sin preocupación Shannon la avistó posada cerca de la ventana y leyendo un libro. Aunque se aproximó a ella esta ni siquiera apartó la mirada del texto. La madre atónita cruzó los brazos sobre el pecho, la miró con los ojos entreabiertos, y moviendo un pie con intensidad aseveró.

—¿Cómo puedes ocultarte así de tu madre…?

Irene apartó el rostro del libro…

Todos los hijos de la familia Black eran hermosos por naturaleza, pero su hija Irene era el más bello ser que radiaba hermosura y pasión. La joven era tan alta como su madre, poseía una estatura de más de uno setenta que provocaba la mirada de las personas al verla andar, se podría percibir en su caminar su porte y elegancia. De piel blanca y suave, de rostro pequeño y amable y de facciones finas. Su cabello era ondulado de un tono negro azabache, poseía una cintura diminuta que se apreciaba claramente con su pronunciada cadera. Sus piernas eran largas y esbeltas y bien torneadas que se escondían por debajo de la falda… Pero lo más llamativo de su persona eran sus grandes ojos verde pardo. Uno no podría definir la cantidad de colores que se podían apreciar en ellos.

—¡Te he estado buscando por todas partes! —exclamó irritada.

—Me encuentro aquí —respondió serena mientras colocaba el libro sobre su regazo—. Dime, madre, ¿qué es lo que deseas?

—¿Cómo preguntas tal cosa si sabes perfectamente lo que deseo…? ¡Por favor, Irene, vístete de inmediato que se nos hace tarde!

—Madre —hizo una mueca—, no deseo ir… No insistas.

—¿Cómo que no insista? —frunció el entrecejo—. ¡Es necesario y tienes que acompañarnos, es tu deber!

Shannon no alcanzaba a comprender por qué su hija Irene no le agradaba hacer vida social ya que siempre le indicó que podía comerse al mundo si se lo proponía. En reiteradas ocasiones le hizo mención de que cualquier hombre podía caer rendido a sus pies si así lo quisiese. Cosa que a Irene no le interesó a pesar de su insistencia. Para la madre era sumamente contradictorio el comportamiento de su hija pues hacía un poco más de dos primaveras que Irene deseaba salir del anonimato e incluso habían festejado su presentación ante la sociedad y mucho antes de lo que había imaginado. Pero después de ello y dos reuniones más con

amigos simplemente Irene dejó de salir. No alcanzaba a entender qué le había sucedido a su amada hija. Y aunque en reiteradas ocasiones indagó, la joven, con una sonrisa en los labios manifestaba: <<*Madre, solo me he dado cuenta de que los eventos sociales no son para mí y tal vez se deba a que soy demasiado joven para ello. Y si me disculpas…*>>

Apartándose de su presencia sin inquietarse un poco por dejarla con la palabra en la boca. Siempre que insistía la mujer Irene le mostraba una sonrisa, la abrazaba y reafirmaba con alegría que sería en otra ocasión, que aún deseaba vivir con ellos y que no sería tarea fácil deshacerse de ella.

—¿Acaso no te has dado cuenta de que se te está pasando tu mejor edad para conseguir marido?

Irene suspiró profundamente. La miró con los ojos entreabiertos, y tomando aire nuevamente salió de la cocina para encaminarse a la alcoba principal. Si había alguien quién la defendiera de su madre ese tendría que ser su progenitor. Y en un abrir y cerrar de ojos ya se hallaba frente a las escaleras. En cuanto giró la mirada sobre su hombro percibió a su madre que venía refunfuñando tras ella. De inmediato ascendió por ellas, giró hacia su derecha, apretó el paso y al fondo percibió la enorme puerta de cedro que daba a la hermosa habitación. En cuanto abrió la puerta de par en par se manifestó.

—¡Padre, por favor, no quiero ir!

El padre viró sobre sus talones mientras intentaba acomodarse el laso en el cuello.

—No te preocupes, querida —expresó sereno—. Si no lo deseas está bien…, quédate a descansar.

—¡Oh, por favor, Marcos! ¿Ya vas a empezar? —Se escuchó la voz de Shannon.

—¿Empezar qué, querida? Ya te he dicho que confíes más en ella.

Shannon muy molesta se plantó frente a su esposo, le echó una mirada desafiante, y apretando los nudillos abruptamente reveló.

—¡Escúchame bien, Marcos! —Él, enarcó una ceja. Jamás había visto a Shannon tan molesta y seria—. Si no haces que Irene asista esta noche con nosotros al baile jamás te lo perdonaré… Tenlo por seguro que hoy mismo me retiraré de tus aposentos y llevaré conmigo mis pertenencias. ¡Y juro por Dios que no volveré a dirigirte la palabra en lo que me resta de

vida!

Su advertencia se había escuchado severa e Irene tenía que intervenir para no causarle problemas. Sabía que Marcos amaba en demasía a su mujer y por tal motivo no pretendía que discutieran esa noche por su causa.

—Está bien, Madre —se escuchó su voz titilante—. Si tanto deseas que asista a un evento social... te daré una fecha —su madre se volvió hacia ella—. Será el próximo mes. Tú elige cuál y cuantas, te juro que acudiré a todas ellas y no me opondré. Pero por favor, no me hagas comparecer esta noche.

Irene sabía que su madre no rechazaría semejante propuesta, Shannon en cambio pensó que esta vez había logrado su cometido.

—¿Segura que cumplirás tu palabra? —enarcó una ceja orgullosa.

—Segura —reveló la chica—… ¡Lo prometo!

—Bien, querida —sonrió—. Acepto el trato.

Acercándose a su marido; lo abrazó, le terminó de acomodar el lazo en el cuello y le dio un beso en la mejilla con la mayor naturalidad.

—¡Vámonos, querido! ¡Qué se nos hace tarde! —lo dijo con un tono de voz tan dulce que Marcos sucumbió a sus encantos. Ella sin tardar dio media vuelta y marchó. Y mientras pasaba de largo reveló una gran sonrisa en el rostro indicando a su hija que había logrado su cometido.

Marcos en cambio suspiró.

—Te juro, hija —dirigiéndose a su amada hija—, que si no es porque la amo no me molestaría ver que se ausentase de esta habitación.

Y marchó tras ella. Irene pudo contemplar por la ventana cómo sus padres tomaban el carruaje y este en breve se echó a andar.

Por un momento recapacitó en el ofrecimiento que momentos antes había prometido a su querida madre, molestándose consigo misma por ceder ante semejante capricho. Al final, Shannon había ganado y no le quedó de otra que ceder. Sabía lo mucho que su padre amaba a su madre y que estaría dispuesta hacer lo que fuera necesario con tal de no verlos reñir.

Capítulo 2

2

¡Se equivoca!

(Rollin Clouds — Brian Crain)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Los días posteriores después de haber acordado aquella inquietante promesa a su inquebrantable progenitora se convirtieron en una rutina cotidiana para ella. Se alzaba desde el amanecer como de costumbre, con la diferencia de que Maiwen, su dama, preparaba la tina de baño antes de partir. Jamás hacía algo así, siempre se duchaba después de su cabalgata matinal y después de haber paseado por los jardines, pero desde aquel encuentro con su madre Irene solicitó que lo hiciera antes de partir.

Abecés Maiwen no comprendía porqué hacia ciertas cosas su doncella, sin embargo, ella obedecía incondicionalmente porque la apreciaba demasiado. Maiwen ha sido su dama de compañía desde que Irene tenía quince años y solo era mayor que ella por seis. Shannon imaginó que necesitaba séquito de un adulto al percatarse que se mostraba distante y diferente a las demás, es por ello que la dejó a su cargo. Irene desde aquel entonces la trató como una amiga, nunca le dijo cosas desagradables y revelaba con detalle sus pequeños secretos.

La razón por la cual Irene hacía tal cosa, era porque quería sentirse fresca al cabalgar pues su pensamiento estaba presto a las ideas que se venían formulando en su cabeza. Además de que quería aprovechar cada instante para sentirse libre y sin penas, o al menos eso fue lo que manifestó.

Salía de casa antes de que el sol despuntara por el horizonte, antes de que la casa se llenara de barullo y después de que despertaran los mozos de la cuadra. Quería esperar el astro rey todas las mañanas de tras de la colina porque el calor que procuraba la tranquilizaba y le trasmitía alivio. Amy, la cocinera, siempre preparaba un tentempié cada mañana y que

Irene cogía de la mesa antes de partir, y el cual, degustaba animosa estando en aquel sitio.

Siempre salía sola ya que su padre y después de varios años le permitió cabalgar sin acompañante, pues había revelado que su vida no peligraba y que sabría cuidarse, o eso fue lo que le informó. Después de la puesta de sol volvía a casa. A veces, lo hacía andando junto a su caballo para postergar el regreso, y en otras ocasiones lo hacía a todo galope y hasta tocar el establo. En cuanto retornaba su dama le ayudaba a desvestir, la preparaba para el almuerzo, que con regularidad lo tomaba sola o en ocasiones en compañía de su hermana Kalie. En esta ocasión su pequeña hermana había aguardado por ella para platicarle todas las aventuras que había tenido últimamente.

Irene escuchó atenta cada una de sus andanzas y le narró que ella a su edad hacia lo mismo… Reveló que en una ocasión había trepado un árbol y que había llegado a la copa antes que su hermano Julius. Su madre al percatarse del acto se sobresaltó en demasía y mandó enérgica a toda la servidumbre por ellos. En otra ocasión Yasmine había hallado un perrito vagabundo por las cercanías de la casa y sin dudarlo se lo mostró a Irene. Ambas chiquillas decidieron esconderlo en la casa y muy lejos de la vista de Shannon, pero la madre lo descubrió una tarde y molesta lo mandó sacar. A pesar de ello, ellas lo volvieron a meter y lo escondieron en la alcoba de Irene. Al final, su padre aceptó quedarse con el animal y lo nombraron Julius como su hermano, porque en ese entonces Julius portaba un corte de cabello muy parecido al del perro.

Por la tarde almorzó con su familia. Le hacía caras graciosas a Kalie para hacerla reír, pero en cuanto miraba su madre ponía la cara más serena y seria dirigiéndose a ella con propiedad. Su padre, que se daba cuenta de ello, reía en cubierto. Yasmine no le agradaba que se comportara de esa manera y le recriminaba su actitud dándole un codazo cada vez que reveló una mueca. A Irene no le inquietaba en nada su carácter, le brindaba una sonrisa amistosa mientras se palpaba el brazo. Yasmine no alcanzaba entender cómo su hermana mayor tuviese esos comportamientos tan infantiles y tan odiosos. Mas notando que no podía hacer nada por ella prefirió dialogar con Shannon.

—Mamá —llamó su atención—, el día de mañana vendrán de visita Eugene y Troy, y desean que conversemos un poco. ¿Permitirías que lo hagamos aquí?

—No veo porque no, hija.

—Gracias —sonrió—… ¡Ah, por cierto! Vendrán Richard y Jack también.

Irene volvió la mirada incrédula. ¿Acaso Yasmine no sabía que no toleraba la presencia de Richard...? No emitió sonido alguno durante el almuerzo, y

con una serenidad escondió sus sentimientos y continúo degustando los alimentos.

—Está bien, cariño —afirmó encantada—, ¿tal vez tu hermana desee acompañarte? —dirigiendo la mirada a Irene—. Dime, querida, ¿te gustaría hacerlo?

Irene ensordeció sus oídos, y llevándose los últimos alimentos a la boca prosiguió a despedirse. Su madre la miró atenta esperando alguna respuesta de su parte, pero ella simplemente la ignoró.

Aquella tarde calurosa Irene se encaminó al establo para cepillar su caballo. Toda la servidumbre sabía que cuando estaba molesta iba y lo acicalaba.

—¡Si piensa mi madre que permaneceré aquí para recibir a ese hombre se equivoca…! ¿Acaso cree que estoy tan desesperada cómo para ver a ese patán? ¡Ni loca! ¿Qué opinas Ángelus? ¿Crees que estoy exagerando? —se dirigió a su caballo. Lo nombró así porque era blanco y parecía todo un ángel. Su padre se lo había obsequiado cuando apenas había cumplido quince años y lo había mandado traer desde Italia ya que un amigo suyo se lo vendió sabiendo que era para su encantadora hija Irene.

Aunque conversaba con el animal, este nunca respondía. Simplemente dejaba que su ama le cepillara y lo mimara, para brindarle el más profundo cariño. Ese día Irene le narró a detalle todo lo que había acontecido en la charla de la comida; las caras graciosas que había mostrado a la pequeña Kalie para que esta la repitiera, el manjar tan exquisito que había saboreado, y el codazo fuerte que había recibido de Yasmine y que había producido un fuerte dolor en su brazo. Después de haberse desahogado, le colocó la montura y se condujo con él por el bosque… Se alejó de su hogar y se dirigió a un terreno escondido y lejano. Ahí, se sentó bajo la sombra de un árbol muy frondoso al que le había tallado la frase: ***"*_Sous cet arbre les rêves commencent"_ Lo tenía grabado con ella debido a que ese lugar era muy especial…

Cuando Irene era pequeña y había salido en compañía de su familia para explorar los alrededores de sus tierras, se topó con él. Su padre mencionó que ese árbol lo había plantado su bisabuelo cuando este apenas era un niño. Irene lo vio tan majestuoso y sublime que decidió hacer de él su lugar preferido.

Al transitar de las horas y mirar cómo las aves retornaban a su nido, las contempló sabiendo que ella también tendría que retornar al suyo. Había aguadado a que cayera la noche y que el ambiente se tornara frío ya que tenía planeado lo que haría el día de mañana y que, seguramente, su

madre no se lo esperaba.

***Bajo este árbol comienzan los sueños.**

Capítulo 3

3

Un buen plan

(Northern Ligth — Brian Crain)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

—¿Marcos, acaso sabes dónde se encuentra tu hija Irene? La he buscado por toda la casa y no la veo por ninguna parte.

—Sí, querida —afirmó Marcos—. Hace tiempo vino a verme.

—¡Vino a verte…! —frunció el ceño a desmedida— ¿Cuándo…? ¿A qué hora y en qué momento?

—Ayer por la noche y antes de acostarme —circuló por la alcoba—. Al parecer Joanna la invitó a pasar el día Blackstone y como tenían tiempo de no verse acordó que hoy sería perfecto para hacerlo.

Shannon suspiró hondo y apartó su vista de él.

—No cabe duda que esa chiquilla hará todo lo posible por no encontrar marido este año —se llevó las manos al rostro, se apretó la cienes y serró los ojos—. Espero que no me salga con alguna tontería para romper con nuestro convenio porque no se lo perdonaré, ¡haré que lo cumpla al pie de la letra!

—¡De eso ni hablar! —exclamó Marcos—. Cualquiera que habite esta casa sabe que sería mejor morir antes que romper un trato contigo —sonrió para sí, sabía que eso llamaría su atención—. Mas has de comprender que tu hija es honesta y hará lo acordado, pero por el día de hoy —se acercó a la cómoda y guardó una cajita de habanos—, deja que se distraiga un momento de sus deberes. Que mejor compañía que la de Joanna, ¿no te parece?

Shannon hizo una mueca.

—Espero que sea suficiente distracción para ella como para que se concentre en lo que se le avecina —expresó mientras volvía el rostro—. ¿Sabes qué solo le quedan dos semanas para asistir a las festividades de esta temporada?

Marcos la miró asombrado.

—Y no quitas el dedo de la yugular, ¿eh?

—¡Por supuesto que no! —reafirmó—. Sabes que cumplo con mi cometido y presiono hasta concretarlo. Además, ha prometido que me acompañará a Londres para adquirir algunos accesorios y visitar a ciertas familias. —quedándose pensativa un momento, y llevándose la mano a la barbilla repuso—. Ahora entiendo por qué ha prometido algo así, pues tu hija quería que no sospechara nada de lo que traía entre manos —meneó la cabeza en total desaprobación—. ¡Qué inteligente me salió!

—Te he dicho que es más inteligente de lo que aparenta —afirmó Marcos—. ¿Acaso no te has dado cuenta que en su cabecita loca se está maquilando la siguiente jugada? —continuó mientras se encaminaba hacia la ventana—. No es difícil para mí comprender por qué es tan buena en el ajedrez y muestre a la vez su audacia en las jugadas… pues todo lo que trae entre manos lo lleva a la práctica.

Shannon se molestó.

—No niego que sea inteligente tu hija, Marcos —frunció el ceño—, ni tampoco que no sepa cómo librar algún obstáculo, simplemente no comprendo por qué no lo aplica también para encontrar marido.

—¡Mi querida Shannon! —Se acercó a su mujer— Dale un poco más de tiempo y no la presiones en estos asuntos del amor, porque créeme, si se aferra a llevarte la contraria es ella la que perderá.

—¡Entonces que deje de ser tan orgullosa y comience a escucharme!

—Pero si en eso se parece a ti.

—¡Oh, no! ¡Claro que no!

—¡Oh, sí! ¡Claro que sí…! —afirmó el marido— Créeme, querida, que de mi parte no ha heredado ese rasgo. Me recuerda a ti cuando eras joven y una chica tan impetuosa.

Shannon se sonrojó y giró el rostro para no revelar su enfado, Marcos en cambio, se acercó a ella y la tomó por el talle con suavidad. Se rio a su

oído y le susurró aquellos ayeres entrañables que no había apartado de su vida. Comenzó a remembrar lo que hacían cuando eran jóvenes, cuando aún no se unían en matrimonio, todas aquellas ocasiones cuando se escapaba Shannon de casa para poder quedar con Marcos en el bosque. Comprendió que Marcos tenía razón, su hija se parecía mucho a ella y en ese aspecto no protestaría.

—Está bien —se alegró—. Eso la distraerá un poco para que no continúe encerrada en este lugar. Y dime…, ¿quién la acompaña? No me dirás que la dejaste marchar sola, ¿verdad?

—No, mujer, como crees —proclamó Marcos mientras le posaba un beso en la mejilla—. Han ido con ella Maiwen y Jeff, y sé que cuidarán muy bien de tu hija. Por lo demás no te preocupes, tu hija sabrá cómo lidiar con el mundo.

—Eso espero —suspiró.

—En cuanto regrese Julius de viaje, —enfatizó Marcos— volverá hacer de chaperón de tu hija. Sé que no le agrada la idea, pero tendrá que tolerarlo porque Irene no podrá asistir a todos los eventos en compañía de Maiwen.

—Sabes que a tu hija no le molesta salir en su compañía y creo prudente nos escolte en esta temporada, a decir verdad, eso me dará tiempo de buscar algún pariente que desee escoltarnos.

—Esperas mucho, querida —reveló Marcos mientras se apartaba—. Recuerda que sus primas no desean permanecer a su lado, pues sabes que acapara la atención de los caballeros y nadie quiere tener una amenaza como tal que les recuerde lo poco agraciadas que son.

—Tienes razón —dibujó la mujer una mueca en el rostro—. Es por tal motivo que escribiré hoy mismo a Joanna y le pediré que nos acompañe en esta temporada. Tal vez sea la única persona en el mundo que esté dispuesta en ayudarme… ¿Será acaso que Irene también tuvo esa idea y por tal motivo fue a visitarla?

—Eso espero, querida —se condujo a la salida—. Si es así lo tiene todo cubierto. ¡Ya vez! ¡Te lo dije! No hay porqué angustiarse.

Y marchó.

Capítulo 4

4

Saliendo de una para entrar en otra

Poco faltaba para llegar a Blackstone y poder estar en presencia de Joanna. La noche anterior Irene había conversado con su padre quien finalmente accedió y otorgó su permiso para partir. Sabía cómo persuadirlo, aunque claro, no deseaba que la escoltara Jeff, el encargado de la caballería. Para ella solo bastaba la compañía de Maiwen, pero como su padre indicó que no saldría de casa sin no era con Jeff ya no se atrevió a protestar y aceptó el trato.

Marcos había dado esa instrucción para que Jeff cuidara de su hija porque no estaba de más ofrecer su protección a distancia. Jeff era un hombre alto y bastante fuerte, andaba entre los veinticuatro años y era sumamente cuidadoso con ella. Cada vez que no se hallaba Julius en casa tenía que custodiar y vigilar que no se metiera en apuros. Cosa que no le molestaba. Y en esta ocasión, aceptó gustoso porque su enamorada o a quien pretendía enamorar se hallaba en aquel sitio.

Además, siempre era útil ya que Irene acostumbraba cabalgar y él se encargaba de ello. Jeff es un joven muy respetuoso, y quizá se deba a que Leroy, su padre, se lo advirtió: <<*Escúchame bien, muchacho… si te*

atreves a tocar o a mirar a la señorita Irene de otra forma que no sea con respeto, tendré que llevarte aunque sea a rastras a casa de tu tío Tom, después de que el Señor Marcos te castre y después de que yo te de una paliza. ¡Haz comprendido!>>. Con una advertencia como esa a Jeff se le quitó cualquier deseo que hubiese emergido de su ser, y al final se convirtió en su único amigo. Para ella, Jeff era como otro hermano más.

Dentro del carruaje Irene charlaba con Maiwen, discutían de cualquier cosa o de cualquier dato curioso que se le venía a la mente. Maiwen sabía que a Irene no le molestaba llevarla consigo porque comprendía que necesitaba una amiga y ella la trataba como tal. Es por ello que se volvió su mejor amiga.

—Y dime, Irene. —llamó Maiwen— ¿Cuándo le informaste a Joanna de tu visita…? ¡No me lo comentaste!

—Lo hice ayer —respondió Irene—, antes de cepillar Ángelus y antes de haber cenado con mis padres. Solo espero que Joanna haya recibido mi carta con tiempo. De cualquier forma sino fuese así, sé que me recibirán con los brazos abiertos.

—Estoy segura de que así lo hará. Debo confesar que de todas tus primas es la única que me cae bien y he notado que te aprecia demasiado.

—Así es ella. Es una excelente amiga.

Al llegar a su destino una cuadrilla de personas salieron a recibirla. Joanna que se hallaba de pie en la escalinata sonrió para sí cuando contempló el carruaje de los Black.

Ella, era la única pariente que la trataba sin envidia y celos. Ambas, eran las hijas mayores de la casa y conscientes de su belleza. El padre de Joanna era Robert Black; la chica era un año más joven que Irene, y era tremendamente simpática y sumamente hermosa. Medía uno sesenta y cinco, y sacó los ojos de su madre Isabelle que eran de un tono marrón obscuro. Tenía el cabello castaño, sus cejas eran delineadas y portaba una boca pequeña, de pechos redondos y firmes y de esbelta figura. Aunque portaba una belleza distinta que la de Irene, sabía perfectamente lo que sentía su prima cuando las demás chicas la hacían a un lado. Fue por tal motivo que se hizo su mejor amiga. En las reuniones familiares se buscaban la una a la otra, se contaban sus secretos y se mantenían juntas.

—¡Querida prima! —reveló Joanna una sonrisa—. ¡Por fin nos vemos! Qué alegría de verte al fin. Pensé que jamás volvería a verte, ¿sabes?, pues te creí encerrada en alguna mazmorra o secuestrada por un caballero.

Irene sonrió.

—¡Pasa y cuéntame…! ¿Qué te trae a mí humil de morada? —He hizo una inclinación solemne que casi toca el suelo.

Irene la contempló alegre desde lo alto y con una sonrisa en los labios, y haciendo movimientos con la mano sobre el aire expresó.

—¡Inclínate más al hablar, y con la boca bien abierta di, sí, su real majestad!

Joanna siguió el juego.

—¡Sí, su real majestad! —Lo dijo con una enorme sonrisa en los labios y de inmediato se incorporó para abrazar. No cabe duda que eso era lo que le hacía tanta falta a Irene. Ya se le había olvidado lo divertida que era Joanna.

—¡Me da gusto que estés bien! —Dijo Joanna.

—Igualmente, querida prima.

—Ya te he dicho que a mí no me hables con tanta seriedad porque siento que hablo con mi abuelita.

—Perdón, Joanna, es que no me acostumbro.

—Entra porque en un momento más vamos a merendar.

—¿Y tus padres? —preguntó Irene.

—Por el momento no se encuentran en casa, amiga, porque ellos siguen aún en Londres. Yo regresé porque ya no deseaba ver a cierta persona que no mencionaré —lo dijo con un tono de voz molesto—. Mis padres volverán este fin de semana —sonrió—. Pero cuéntame, querida, ¿ya tienes un candidato en mente? —. Cambiando de tema tan abruptamente que sorprendió a la joven.

—¿Qué…? ¡Claro que no!

—¡Ah! —agregó—. Entonces, permíteme presentarte algunos caballeros el día de hoy.

—¡Joanna, no por favor! —detuvo el paso—. ¡Salgo de casa para no ver al malcriado de Richard!, ¿y pretendes presentarme a otros?

—¡De ninguna manera, querida! Ahora entiendo la urgencia de tu carta, pero descuida, las personas que te presentaré el día de hoy son gente educada y no como el malcriado de ese hombre.

Irene había revelado aquel percance que había tenido con Richard. Aquella vez cuando en el baile de los Morrison el muy malcriado quiso robarle un beso cuando se hallaban en el jardín a solas. Ella, al sentir que la tomaba en brazos le dio un golpe bajo con todas sus fuerzas y se apartó de él. Se alejó muy indignada y escuchó gritar: <<*Maldita mojigata*>>. Desde entonces no ha querido volver a verle.

—Hoy no, Joanna —expresó—. Deseo tener un día para nosotras y solo he venido para estar contigo.

—¡Demasiado tarde, querida! —reveló—. El día de hoy aguardo por unos invitados ya que no esperaba tu visita. Pero descuida, te prometo que no te molestarán si eso es lo que deseas.

—Gracias, Joanna, y discúlpame por no avisarte, pero es que no tenía con quién librarme de esta.

—Lo sé, Irene, y de verdad no me molesta. Sabes que eres bienvenida en esta casa —Prosiguió mientras la cogía del brazo—. Por mis invitados no te preocupes ya que son gente educada y sabrán respetarte.

—Muchísimas gracias.

—¡Ahora, hay que merendar! Y si lo prefieres y sé que sí, te haré ensillar un corcel para que salgamos a cabalgar más adelante, ¿te parece bien?

—¡Claro que sí, es una estupenda idea!

Antes de terminar de beber la última taza de té, Joanna reveló todo sobre el susodicho del que no quería hablar. Al final, su coraje le hizo referir todo sobre el tema… Anthony era un joven muy guapo que le agradó a la vista. Había salido con él solo un par de veces y creyó que le expresaría sus sentimientos para con ella. Nada indicaba lo contrario y como era un chico muy guapo pretendía aceptar. Todo iba marchando bien, pero en la siguiente velada lo encontró en los pechos de Megan y eso no lo toleró. Entonces decidió volver a Blackstone antes de lo planeado.

Después de conversar un rato se prepararon para salir a montar; se cambiaron de vestimenta y Maiwen le ayudó a colocarse el traje de montura. En las tierras de Blackstone Irene hizo galopar al caballo, pero volvió la mirada a su espalda cuando se dio cuenta de que a Joanna le seguía dando miedo hacer algo como eso. Así que retornó a su lado y

siguieron ambas con un paso suave. En breve, un sirviente se acercó para informar que sus invitados habían llegado.

—Irene, si me disculpas —expresó tranquila—, tengo que recibir a mis otros invitados y si decides acompañarnos estaré aguardando por ti.

—Por favor ve y no te preocupes por mí. En cuanto termine con mi cabalgata regresaré a la villa. Y se amable y excúsame con ellos por no acompañarlos.

—¡Vamos, Irene, déjate de niñerías! Estos jóvenes no te harán nada. Debes de aprender a lidiar con ellos, ¿o qué? ¿No piensas casarte algún día?

Irene se sonrojó.

—Créeme amiga, no te comerán. Y en vista de ese silencio tuyo estaré aguardando por ti.

Elevó una ceja como amenaza y volvió a casa. Irene después de verla partir decidió seguir con su cabalgata. Al transcurrir un par de horas hizo lo mismo no sin antes hacerlo galopar. Ya en la habitación Maiwen tenía preparada la tina de baño y sus ropas para que la chica bajara a merendar, así que se sumergió en ella y disfrutó del baño. Al terminar de prepararse se atemorizó y decidió no asistir con ellos, así que le pidió a su dama que trajera un poco de alimento. Ella obedeció la orden y salió, pero quien ingresó en la habitación no era precisamente su doncella.

—¡A qué estás jugando, querida prima! —Joanna manifestó enérgicamente mientras serraba la puerta tras de sí.

—¡A nada! —Respondió Irene sorprendida.

—Dime, Irene, ¿por qué ese miedo…? —cruzó los brazos sobre el pecho—. ¡Los hombres no comen, mujer!

—Ya lo sé —tragó saliva—, pero prefiero evitarlos.

—Nada de evitarlos. Baja conmigo por favor porque te quieren conocer.

—En verdad, Joanna —se apartó y tomó asiento—, no deseo hacerlo.

—¿Pregunté que si querías hacerlo…? ¡No, verdad…! Anda, no te hagas del rogar y levántate…

La sujetó por el brazo y la encaminó hacia la puerta, pero Irene se opuso.

—Te diré la verdad. —Arrebató su brazo.

—¡Así! —Joanna enarcó una ceja—. ¿Y cuál es?

Irene dio un paso hacia atrás y reveló.

—En pocos días empezaré la búsqueda de marido, y no porque yo lo desee sino porque me obligan. Es por lo que prefiero evitar esa molestia de relacionarme con ellos, porque tú sabes mejor que nadie cómo me hostigan y no esperan para comenzar con el cortejo.

Irene calló por un momento porque no deseaba confesar la verdadera razón. Así que prefirió aceptar la oferta de Joanna y no mostró su inquietud. Tal vez el día de mañana podría platicar seriamente con ella y manifestar su pesar.

—Está bien, Joanna, bajaré. Pero en cuanto comiencen a hostigarme me levantaré y volveré a la habitación. ¡Y no espero un no por respuesta! —señaló rotundamente.

—¡Claro, querida! —aceptó.

Irene bajó con ella del brazo y se dirigieron al comedor, enseguida Joanna fue presentando uno por uno y de derecha a izquierda.

—Querida prima —la acercó al grupo—, ellos son: Alfred Hunter, Ned Steel, Charlie Smith y su hermana Hannah —se dirigió a ellos—… Amigos, ella es mi prima, Irene.

Todos guardaron silencio.

—Mucho gusto —Saludó la joven.

Tenía el cabello recogido y unos cuantos risos caían a sus hombros. Llevaba puesto un vestido sencillo color crema, de encajes y de escote poco profundo. Sobre su cuello se percibía un collar de perlas que hacían un hermoso conjunto con el par de aretes.

—¡Cielo santo! —Exclamó Alfred—. ¡Eres tan hermosa! —la miró maravillado—. Permíteme— Enseguida retiró una de las sillas para colocarla a su costado y él se instaló a su derecha. Los demás se quedaron boquiabiertos al ver cómo esta lo hacía con tanta elegancia.

—Y bien, ¿qué hay de merienda? —. Preguntó Irene, pero todos guardaron silencio y simplemente se dedicaron a contemplarla.

—¡Amigos, por favor! —Repuso Joanna—. Dejen de incomodarla, porque

la están espantando.

Joanna sonriente mandó servir y todos comenzaron a ingerir bocado. Los invitados charlaban entre sí mientras que Irene escuchaba atenta. Sin embargo, los jóvenes no apartaban su vista de ella y en cuanto Irene percibía una mirada inclinaba el rostro para no incitarlos a hacerle conversación.

—Y dime, Irene —se atrevió Ned a hablar—, ¿por qué no te habíamos visto antes?¡A caso te tienen encerrada o simplemente ya estás prometida!

—No, Sir Steel, no estoy prometida —respondió segura—, y tampoco he sido encerrada. Tal vez se deba a que no frecuentamos los mismos lugares.

—Ya veo —sonrió—… Entonces, permítame ser su acompañante en cualquier evento social al que desee asistir ya que no pretendo perderme alguno de ellos.

—Sir Steel —inquirió—. Créame, en cuanto desee salir del anonimato y pretenda mostrarme en público sabrá donde hallarme.

—¿Está usted segura?

—Por supuesto —sonrió.

Al finalizar la merienda todos se elevaron de su asiento y se condujeron al jardín para caminar entre ellos. Irene se mantenía distante del grupo, pero siempre escuchando atenta la conversación. Alfred volvió la mirada sobre su hombro y la miró, después, se armó de valor y se condujo a ella.

—Si me lo permite —expresó decidido—, deseo visitarla futuro y si usted no tiene algún inconveniente.

Irene afirmó con la cabeza en señal de aprobación, mientras que Hannah inhalaba y lanzaba miradas de desaire. En cuanto notó que Alfred gustaba de ella se sintió abatida. Había recordado por qué le había insistido a su hermano Charlie de llevarla consigo, pues tenía todas las intenciones de conquistar a su amigo y no quería perder esa gran oportunidad. Sin embargo, todas sus esperanzas se fueron esfumando en cuanto se percató de que Alfred gustaba de ella. Hannah, a pesar de que trató de tolerarlo, no resistió y salió apresurada del lugar. Joanna al percatarse de su movimiento fue tras ella, Irene que no apartó su vista de ambas contempló a la distancia cómo Hannah se llevaba las manos al rostro y comenzaba a llorar. Esto acontecía mientras Alfred le narraba de cierta

aventura que había tenido en Escocia con su amigo Charlie.

—Si me disculpa, Sir Hunter... —interrumpió al caballero.

Fue en dirección dónde se hallaba su prima. Hannah, al ver que Irene se venía aproximando marchó del sitio. En cuanto esta llegó al lugar preguntó.

—¿Sucede algo, Joanna?

—Nada, querida.

—Dime, Joanna, por favor.

Joanna la miró y le ofreció una pequeña sonrisa, a continuación suspiró y tomó valor para confesar lo que momentos antes le habían revelado.

—Sucede que Hannah está enamorada de Alfred —lo soltó como si nada, y cogiéndola del brazo marchó con ella para dirigirla hacia sus invitados—. Le rogó a Charlie que le permitiera acompañarlo en este viaje, pues tenía todas las intenciones de conquistarlo. En cuanto notó que Alfred mostraba interés en ti, se puso triste… Supuso que no tenía esperanzas y eso la mortificó.

—Entonces, creo que debo marchar.

Irene trató de apartarse, pero Joanna se lo impidió.

—Mírame, Irene —y la cogió por la muñeca—. No puedes decidir a quién le gustas o a quien no, eso les corresponde a ellos. Hannah tiene meses tratando de enamorarlo, pero a Alfred simplemente no le interesa. Hace poco más de un mes me confesó que ella le había declarado sus sentimientos y que él la había rechazado sin remordimiento alguno. Le dijo que la quería, pero no de la misma forma en la que ella lo deseaba. Así que con la mejor intención le ofreció su amistad… Alfred sólo puede verla como una amiga y nada más. En cuanto Charlie llegó me comentó que no deseaba que viniera y menos por ir tras de un hombre, y que ese hombre fuese precisamente su mejor amigo. Aunque Charlie ha hablado con él respecto al tema no han dejado de verse o salir juntos, pues no pretenden perder su amistad por causa de ella. Sólo esperan que pierda el interés para continuar con sus vidas.

Irene guardó silencio por un momento. Joanna sin tardar la cogió del brazo y la encaminó.

—Ven, querida, vayamos con los demás.

—Discúlpame, Joanna — Irene se detuvo de golpe—. Pero, no me siento nada bien. Permite que retorne a mi habitación ya que me siento cansada y deseo reposar.

Se apartó de su lado y se dirigió a la residencia. Joanna no la detuvo y la dejó marchar.

Irene se recostó en la cama y cogiendo un almohadón cerró los ojos. Recordó lo que había sucedido hace más de dos años y que no le había confesado a su pariente. Supo de inmediato que era necesario manifestar su pesar para que comprendiera su actitud con respecto a los hombres.

Esa noche, decidió no acompañarlos en la cena. Joanna no le insistió pues sabía que se debía a lo ocurrido y prefirió dejarla descansar. Irene después de dar mil vueltas en la cama finalmente cayó rendida.

Por la mañana se levantó para salir a cabalgar como era su costumbre, he inició su día antes de que el sol se percibiera por el horizonte. La noche previa había mandado avisar a su caballerizo para que preparara un corcel, pues no pretendía interrumpir su rutina. Así que Maiwen obedeció la orden y marchó. Esa mañana se levantó, se cambió y descendió por las escaleras sin percatarse de que alguien aguardaba por ella. Sin poner mayor atención de su entorno ambas mujeres se condujeron a la entrada.

—Buenos días, Jeff.

En el establo Jeff aguardaba por ella.

—Buen día, señorita.

—¿Todo listo?

—¡Todo listo!

Irene acarició el caballo que se percibía alistado. Era de color negro, pero no tan alto como Ángelus.

—Sé, que no es como el suyo, pero sabrá defenderse o eso me han informado.

—¡Ya lo veremos!

Irene montó el animal y se condujo con él por el bosque con un paso suave… Se hallaba rodeada de inmensos árboles de olmo, roble y fresno cuando decidió inhalar profundamente y degustar el agradable aroma del rocío de la mañana desprendía de la floresta, y que, hacía muy provechosa su cabalgata. Después de unos minutos percibió a lo lejos un

hermoso espacio abierto. Todavía no salía el sol, así que se condujo al sitio y desmontó. Ató el caballo a un árbol y metió su mano en el bolsillo para sacar una bolsita de colación que le había dado Maiwen para su cabalgata. Sin vacilar, se sentó sobre la hierba fresca y dejó que volaran los minutos para poder sentir los primeros rayos de sol en sus mejillas. En ese momento una tranquilidad inundó su ser.

A lo lejos Alfred la contemplaba sereno. Irene no se percató de su presencia ya que se mantenía en sus pensares y disfrutando de la puesta de sol. Esa mañana Alfred había aguardado por ella en el recibidor, pero al ver que iba acompañada con su dama se ocultó y silenció sus labios. Había escuchado de su damisela lo que pretendía hacer y él, sabía perfectamente que sería una excelente oportunidad para dialogar en privado, ya que su amigo Ned había hecho la observación de cortejarla, y él, no pretendía que se le adelantara. Esperó a que Jeff y Maiwen la despidieran, y tomando otro caballo fue tras ella. La halló posada y disfrutando de la puesta del sol que no quiso apartar su mirada de ella. Buscó el momento exacto para acercarse y lograr hacer un poco de conversación. Al paso de unos minutos notó cómo se elevaba de su sitio y montaba de nuevo. Con una agilidad, levantó la falda y dio un salto para ascender en él. Se dio cuenta de que no era aquella chica que le diera vergüenza mostrar las piernas o que incluso cabalgara diferente.

Irene acicaló el cuello del animal, le habló como solía hacerlo con Ángelus y con muchísima amabilidad se dirigió a él:

—¡Bien, cariño! ¡Veamos qué puedes hacer!

De inmediato y con una gran agilidad lo elevó en dos patas y con una hazaña intrépida lo incitó a galopar.

Alfred se asustó cuando el animal se alzó. Creyó que podría tirar a Irene y sin embargo no fue así. Contempló atónito cómo este salía disparado del sitio llevando consigo a su intrépido jinete. Sin esperar más montó su caballo y trató de alcanzarla, pero le fue en vano. El caballo era demasiado veloz para él. Pensó lo peor cuando este continuó galopando y se conducía hacia un tronco grande y hueco que se descubría posado sobre la yerba. Miró con cuanta agilidad su jinete hizo que lo saltara. Él no podía creer la osadía de aquella mujer… Minutos más tarde se dio cuenta de que el animal fue bajando de velocidad permitiéndole estar a la par.

—¡Bien cariño, lo has hecho bien!, —declaró Irene— Sabes defenderte… Te hacía falta correr, ¿no es así? —continúo acicalándolo mientras Alfred se venía aproximando.

—¡Cielo santo, señorita Black! —reveló estupefacto— ¡De verdad… creí que la tumbaría ese animal! —La joven viró—. Ahora comprendo lo que ha estado haciendo últimamente. Y debo agregar que nunca lo hubiese imaginado.

Irene hizo un gesto de aprobación y echó andar.

—No todas las mujeres prefieren estar en los bailes, Sir Hunter, y debo de incluirme en ellas.

—Eso lo puedo notar, señorita —sonrió—. Debo imaginar que en eso ha utilizado su valioso tiempo, ¿no es así?

—En efecto. Esto es lo que he hecho en los últimos años. Y si me disculpa —apretó las riendas—, quisiera regresar lo antes posible para la merienda.

—Por supuesto, señorita. De hecho, hacia allá me dirijo. ¿Gusta que la acompañe?

Irene embozó una sonrisa maliciosa y respondió:

—¡Si puede alcanzarme!

Enseguida hizo galopar el caballo sin darle tiempo de hacer lo mismo... Jamás lo logró.

Ya en el establo entregó al animal.

—Tenías razón, Jeff. El caballo tiene lo suyo, aunque no sea tan veloz como lo es Ángelus.

—Espero que lo haya disfrutado, Señorita.

—Así fue. —acicaló el animal mientras sonreía. Jeff correspondió a su gesto mientras tomaba las riendas para dirigirlo al establo. Al instante llegó Alfred y miró a Irene. la chica dibujo una pequeña sonrisa en el rostro y se condujo a la residencia. Alfred no esperó más y corrió a su lado.

—Y dígame, señorita —tomándola del antebrazo—, ¿hace usted lo mismo cada que alguien se le acerca?

—¿Hacer qué?

—Dejarlo a uno en el bosque y regresar a todo galope como si el

mismísimo diablo la viniese siguiendo.

Irene lo miró. Físicamente no le atraía porque era demasiado pálido para su gusto, un poco más alto que ella y también algo delgado. Sus ojos eran de un tono azul claro y no se veía de más de veintidós años.

—Discúlpeme, Sir Hunter —se apartó de él—, pero para ser franca…, usted no es de mi agrado.

Alfred sintió cómo si alguien le hubiese lanzado un balde de agua fría. Tanta franqueza de la dama no se lo esperaba. Irene lo notó y trató de enmendar.

—Perdone mi torpeza al hablar, caballero. Lo que pasa, es que no sé medir mis palabras y es por lo que comprenderá porque no puedo hacerme de amigos… ¡En verdad, lo siento!

Se sonrojó, hizo una pequeña genuflexión y se apartó de su lado. Ascendió por las escaleras y se dirigió a su habitación. Como era su costumbre tomó un baño de agua caliente, pero no sin antes relajarse en la tina. Esperó a que transitaran los minutos para no toparse con Alfred en la merienda y al cabo de una hora decidió bajar. Y en efecto, Alfred no se hallaba en el sitio, solo halló a su prima Joanna que se mantenía sentada y bebiendo una taza de té.

—Buen día, Joanna —saludó.

—Buen día… ¡Para quien rechaza a un caballero! —y elevó una ceja.

Imaginó el porqué de aquella respuesta y supuso que Alfred le había narrado lo sucedido.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento…! No supe que decir.

Se disculpó con sinceridad.

—Creo que hubiese sido mejor haber expresado, prima —afino la voz—. *¡Disculpe usted joven pedante que intenta seducirme, me importa un comino cuantas chicas tiene a sus pies, pues para mí es un ser horripilante que no merece mi atención, así que va siendo hora de que deje de hostigarme!*

Irene se cubrió el rostro de vergüenza porque se había dado cuenta de lo poca atenta que había sido con él. Joanna no esperó más y la abrazó.

—¡Pobre de ti, querida prima! Tendré que enseñarte también eso: *"Mil y*

una formas de rechazar a un hombre"

Irene soltó una pequeña risita mientras que su prima se apresuró a manifestar.

—Ven, te acompaño a desayunar.

—¿Y dónde están tus amigos?

—A fuera en el jardín. Estaban aguardando por ti para salir a cabalgar, pero Alfred les ha indicado que ya lo hiciste y en este instante están esperando a que terminen de ensillar los caballos. También, les ha mencionado lo buena que eres montando y solo a mí me ha referido lo de su percance. Pero créeme, aún tiene intenciones de cortejarte.

—¡Oh, Joanna! no sabes lo apenada que me siento.

—Tranquila, querida prima, En otra ocasión te enseñaré a cómo conversar con ellos sin prenderles fuego antes. —Ambas se echaron a reír y Joanna no tardó para conducirla hacia la mesa. Ahí, le dio uno que otro consejo para cuando estuviera con algún caballero, por lo cual y muy amablemente Irene aceptó gustosa. Se estaba haciendo tarde, y no le había dado tiempo para narrarle lo que tanto la acongojaba. Así que sólo se levantó de la mesa y prosiguió a despedirse.

—Perdóname, querida prima, pero en verdad tengo que partir.

—¿Tan pronto?

—Sí —sonrió—. Ya que he prometido a mí madre asistir con ella a Londres para ver lo de unos accesorios, y como verás, no puedo decepcionarla. En este momento Maiwen está terminando de alistar mis pertenencias… ¡y no sabes cómo siento no pasar más tiempo a tu lado!

—Ya veo, querida, y no hay problema.

—También quisiera pedirte un gran favor.

—El que gustes —se alegró al escucharlo.

—Deseo que me alcances dentro de quince días por allá, pues necesito de tu ayuda para no meter la pata en los próximos eventos.

—¡Oh, querida prima,! ¡Será todo un honor ayudarte! Y también todo un desafío… Ya me estoy imaginando la cara de aquellas señoritas en cuanto te miren con rabia y vean que sus pretendientes caen rendidos a tus pies.

—¡Por favor, Joanna! ¡No exageres!

—¡No estoy exagerando, querida! Si miraras a aquellas jovencitas te darías cuenta de lo que digo… Si yo causo sensación… ¡Imagínate tú cuando ingreses al salón!

Irene se sonrojó y se llenó de entusiasmo.

—¡Por eso te quiero…! —Repuso con alegría— Puedes levantar el ánimo a cualquiera y sabía que podía contar contigo. —se abrazó fuertemente a ella.

—Ven —dijo Joanna—, vayamos a despedirte de los demás porque no querrán que te marches sin antes haberlo hecho.

—Está bien.

La cogió del brazo y la dirigió al establo para que se despidiera de cada uno de ellos. Cuando estuvo en presencia de Alfred no dudó en disculparse.

—Disculpe mi torpeza, Sir Hunter —expresó muy apenada—, pero no trato mucho con caballeros y le aseguro que no me molestará que fuese de visita en cuanto pueda. Con gusto lo recibiré en mi casa.

Alfred le besó la mano alegre y repuso:

—No hay nada que disculpar, señorita Irene, y encantado iré de visita. Tal vez pueda enseñarme los alrededores de sus tierras.

—Será todo un placer, Sir Hunter.

Hannah, la miró con tristeza e Irene lo notó. A pesar de que no era tan linda pudo percibir sus cualidades, así que la apartó del grupo y habló francamente.

—Sé de los sentimientos que profesa por Alfred, señorita, y créame, él no me interesa en lo absoluto. Y no deberías desanimarte por mí o por causa de cualquier chico que no valora lo hermosa que eres. No debes de aferrarte a ello porque de ser así nunca encontrarás el amor.

Hannah le sonrió y la abrazó. Se dio cuenta de que Irene era una buena persona y que verdaderamente no le interesaba aquel hombre. Irene, sin aguardar más se apartó de ella y se dirigió a la entrada principal. Maiwen ascendió en el carruaje mientras ella abrazaba por última vez a su prima. Y mirándola a los ojos con ternura le dijo:

—Tengo algo muy importante que confesar, querida Joanna, pero no tuve el tiempo suficiente y quisiera revelártelo en cuanto te vuelva a ver.

—¡Huy! —sonrió—. ¡Ahora sí que me has dejado muy intrigada! Pero descuida, querida —apretó sus manos—, pronto nos volveremos a ver y tendremos esta charla.

Ambas chicas se abrazaron con fuerza como si quisiesen entrar una en la otra. En cuanto Irene decidió apartarse de ella abordó su carruaje y Joanna se despidió de ella agitando su mano sobre el aire. Sabía que algo maravilloso estaba apunto acontecer.

Capítulo 5

5

Un extraño

(Song for Sienna- Brian Crain) 3 rep.

(Silk road- karo instrumental)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

El retorno de la joven había demorado más de lo que se había esperado ya que había apetecido comer algo por el camino y decidió tomarse el tiempo para hacerlo. Mientras viajaba y miraba a través de la ventana contempló un hermoso lugar a pie de carretera. Sin dudar hizo detener el coche pues había hallado un perfecto sitio no muy lejos de ahí. Sobre una colina había visualizado una cadena de hermosos arboles de olmo y roble que descansaban tranquilos sobre un enorme pastizal, a la izquierda un grupo de abetos se mantenían erguidos mientras que a la distancia un grupo de ciervos corrían para esconderse. Con entusiasmo ordenó a su dama bajar la cesta para poder comer algo en aquel modesto sitio. Maiwen obedeció la orden y bajó la canasta que la cocinera de Joanna les había otorgado para la travesía. Sin demora Irene se recostó en el césped mientras que Jeff le daba de beber a los animales.

En su hermoso y fino rostro desdibujó una pequeña sonrisa, ya que pensaba en lo mucho que tenía que aprender con respecto a los hombres, y en lo dispuesta que estaba Joanna por enseñarle a cómo lidiar con ellos. Sus temores se fueron desvaneciendo al saber que su querida prima le ayudaría en eso. Se dijo a sí misma: <<*Esta vez lo haré bien*>>. Pero en cuanto terminó la frase, nuevamente la angustia se apoderó de ella y sus manos se tornaron pálidas. Comenzó a tener inquietud en el alma y de nuevo se atormentó.

Maiwen la descubrió desde lejos y percibió su angustia en su mirar. Después de sacar los alimentos de la cesta se aproximó a ella para ofrecer

un bocado y averiguar qué era lo que tanto le atormentaba.

—Aquí tienes, Irene —estiró la mano—, prueba, ¡Está delicioso!

—Gracias, Maiwen.

—¿Qué te sucede, querida? —no dudó en cuestionar en cuanto esta la cogió—, ¿por qué esa cara? ¿qué tienes?

—¿De qué hablas? —expresó confusión—. ¡A mí no me sucede nada!

—Claro que sí, mujer —entrecerró los ojos—… Te conozco como la palma de mi mano y sé que te ocurre algo. Dime, querida, sabes que puedes contar conmigo.

Irene fijó la mirada en el horizonte como intentando negar su cuestión, y respirando hondo y sacando valor de su interior se atrevió a mentir.

—Lo que pasa —tragó saliva— es que no deseo llegar a casa y ver a mi madre que no parará de sermonearme. Ya sabes cómo es ella.

Maiwen frunció el entrecejo con fuerza porque sabía perfectamente que su dama estaba mintiendo.

—¿Segura que es eso, Irene?

Irene afirmó con la cabeza, pero sin dirigir la mirada.

—Te conozco, cariño, y sé que me estás mintiendo —declaró—. ¡No puede ser tan terrible tu madre como para que te angusties por ello! Sabes —le retiró el bocadillo de la mano para que la mirara de frente—, he llegado a pensar que algo te atormenta y por tal motivo evitas hablar conmigo de ello.

Irene se apenó por haberle mentido y agachó la cabeza al escuchar sus palabras. No quería mostrar su rostro porque sabía que no soportaría la farsa.

—Hay algo que me perturba y por lo que últimamente me he mostrado tan ajena —finalmente reveló—. Pero créeme, Maiwen, lo sabrás todo en cuanto tome valor en el asunto.

Maiwen no indagó más en el tema porque sabía que Irene se lo soltaría tarde o temprano. Al igual que sus padres se percató de que podría ser algo importante ya que había notado ese gran cambio de un tiempo a la fecha.

Esa tarde, después de comer algo, la joven se quedó un momento observando el paisaje y dejó que el viento despejara su mente. Su dama no se opuso a ello ya que sabía lo mucho que le encantaba comer al aire libre y reposar los alimentos, aunque claro, ese viento fresco era liberador para cualquiera que lo deseara, y de igual forma cerró los ojos y lo disfrutó. Después de un breve silencio Maiwen sacó una botella de vino del fondo de la canasta. De inmediato le ofreció una copa cosa que la chica aceptó y brindó con ello:

—Salud —mostró la copa—. ¡Para que todo salga bien en esta temporada!

Maiwen le sonrió y tomó otra.

—¡Para que todo salga bien! —exclamó.

Ambas bebieron de ellas y al instante Irene se sintió animada, al acto se dispuso y se encaminó al coche, se sentó cerca de la ventana y se relajó. Maiwen la siguió, en cuanto este avanzó la joven dama se quedó dormida y no despertó hasta llegar a su destino.

Esa noche, Shannon se descubría con algunos invitados en casa y dialogando entre sí. Al enterarse de que su hija Irene había llegado, no dudó en mandar por ella para sentarla a la mesa y presentarle a los invitados. Ella, mandó disculparse amablemente advirtiendo que el viaje había sido largo y agotador, y que deseaba descansar, pero que el día de mañana la vería en el desayuno para charlar larga y tendidamente. Shannon aceptó gustosa y siguió atendiendo a sus invitados.

Por la mañana Irene no salió a cabalgar ya que había despertado más tarde de lo habitual que prefirió comer algo antes de internarse en el bosque. Bajó para merendar con la familia y saludó con entusiasmo. Su madre no esperó a que tomara asiento cuando dio comienzo con su interrogatorio.

—Y dime, Irene, ¿cómo te fue?

—Estupendo. —Contestó secamente mientras se acomodaba.

—¿Segura, hija? —revelando Shannon una sonrisa.

—Segura, madre. —devolvió el gesto la dama.

Shannon no quiso discutir tan temprano con ella y prefirió dirigirse a su marido que se percibía sentado frente a ella.

—Querido, mañana partiremos a Londres y me intriga saber cuándo nos

alcanzarás por allá.

Marcos apartó la vista del periódico y la miró.

—Será en cuanto logre concretar cierto negocio, mujer —expresó tranquilo—… Si se me permite las veré por allá la próxima semana o en cuanto se llegue a un acuerdo. —Dejó el periódico a su costado y cogió una copa—. Solo dime, ¿te quedarás en casa de tu madre o con tu hermana Rebecca?

—Será con Rebecca —expresó animada—, de cualquier forma pasaré de visita con mí madre y, conociendo cómo es ella me obligará a quedarme un tiempo con ella porque no permitirá que pase esta temporada solo con mi hermana.

—Entiendo. No olvidaré la última vez que estuvimos en Londres, ¿recuerdas…? Lo molesta que se halló cuando decidimos alojarnos en casa de tu hermana y no en la suya tal cual lo había solicitado.

—Lo sé —hizo una mueca—. Dejó de hablarme por un mes y tuve que pasar un tiempo a su lado para tratar de reconciliarla.

—Lo que la hizo cambiar de parecer —la miró—, fue aquel collar de zafiros que le obsequiamos, cariño. Eso fue lo que nos perdonó a ambos.

—Tienes razón, son esos pequeños detalles que mantienen tranquilo su corazón. Sin embargo, creo que nos perdonó porque me quiere demasiado.

—¡De eso no me cabe la menor duda, mujer!

Marcos dejó de mirarla y posó la mira en su hija.

—Dime, Irene —elevó su ceja curiosa—… ¿Preparada para esta temporada?

—¡Estoy lista! —expresó al instante mientras apartaba la vista del plato y mostraba una sonrisa—. Mis cosas están siendo dispuestas en este momento y Maiwen me ayudará en todo lo que disponga para este viaje. Espero que le permitas que me acompañe, papá.

—Desde luego, querida —manifestó satisfecho—, confió en que te hará grata tu estancia en Londres y espero que con ella logres distraerte un poco de todo esto.

—Estoy absolutamente de acuerdo contigo, querido —Shannon intervino—. Sin embargo, me encantaría invitar a Joanna porque sé que conoce a mucha gente interesante en Londres y deseo que le presente

algunos caballeros. ¿No crees que sería bueno para ti, querida?

Irene sonrió. No quiso discutir tan temprano con ella o revelar que no tenía deseos de conocer a nadie así que con una mueca en el rostro agregó.

—Claro que sí, madre.

Shannon cortó un pedazo de codorniz de su plato y antes de llevárselo a la boca nuevamente indagó:

—Esta mañana no saliste a cabalgar, cariño, ¿por qué? ¿Sucede algo?

—Nada que pueda inquietarte, mamá —dando un ligero sorbo al té—, ya que he decidido hacerlo por la tarde pues el regreso de Blackstone fue muy agotador y deseé dormir un poco más.

—Bien —Shannon dejó los cubiertos sobre el plato y limpiando sus labios con un pañuelo blanco, agregó—, te dejo desayunar, querida, ya que debo preparar mi equipaje y tú mejor que nadie sabe el guardarropa que me cargo.

Shannon se despidió de ella con un beso en la mejilla y lo mismo hizo con su marido. En cuanto la silueta de Shannon abandonó el comedor Marcos posó la mirada en su hija y descubrió cómo esta degustaba la comida afligida.

—¿Estás asustada, verdad?

Reveló Marcos seguro.

—Asustada no es la palabra que desearía utilizar, papá —devolvió la mirada—. Más bien… Aterrada.

Ambos se miraron.

—¡Aterrada! —exclamó—. ¿Por qué, hija mía?

—Por mi madre. Hará todo lo que esté en sus manos por hallar un marido para mí en cualquier familia de Londres y eso es algo que no deseo.

—Comprendo tu inquietud, mi niña. Pero créeme, ella, es el ser más dulce de este mundo y está angustiada por ti, pues desea más que nada que seas feliz tanto como lo es ella... Todo lo que hace, lo hace por ti. ¿Puedes entenderlo, corazón?

—Entiendo, papá, y no creas que no lo he notado. Se cómo es mi madre y sé lo mucho que me quiere. Pero, para ser franca —apartó la vista de

él—… dudo de mi buen juicio con respecto a elegir marido.

—¡Ah! ¡Entonces es eso!

Irene meneó los guisantes y guardó silencio. Marcos no insistió porque notó lo ansiosa y callada que se advertía cada vez que se planteaba aquel tema. No quiso incomodarla como su madre y decidió callar.

—Te dejo, Irene —finalmente se elevó de la mesa—, hay asuntos que debo atender y que no pueden ser demorados. Con tu permiso, querida.

Irene contempló cómo se encaminaba hacia ella y le depositó un beso tierno en la frente, le sonrió y se encaminó a la puerta, al instante se alejó de ella y salió del gran salón.

—Jon —Irene se dirigió al sirviente que permanecía en la habitación—, ¿sabes dónde se encuentra Kalie y Yasmine?, porque no las he visto por aquí.

El mayordomo reveló.

—La señorita Kalie desayunó desde muy temprano y en este momento se encuentra jugando en el jardín. En cuanto a la señorita Yasmine, salió desde el amanecer para dirigirse con la familia Miller.

La casa de los Miller se encontraba a las afueras de Basingstoke e Irene sabía perfectamente donde se hallaba ya que muchas de sus cabalgatas matinales llegaban a los alrededores de sus tierras. Agradeció al sirviente la información y de inmediato se retiró a sus aposentos. En cuanto llegó a su alcoba ayudó a su dama a terminar de alistar el equipaje. Pero, al mirar hacia un costado de la cama notó un gran arcón de madera que desconoció.

—¿De quién es eso? —Señaló el artículo mientras interrogaba.

—Lo dejaron aquí —dijo Maiwen—. Tu madre mencionó que no olvidáramos llevarlo con nosotros ya que es tu nuevo guardarropa y no desea que lo olvidemos.

Irene sólo meneo la cabeza en total desaprobación, no dijo nada más y continúo empacando. Por la tarde cogió un ligero bocado de la cocina; tomó un par de manzanas y volvió a su alcoba.

Maiwen comprendió que deseaba cabalgar cuando Irene tomó la Bara del caballo, así que se dispuso a preparar un traje de montura. Era un bello traje en tono rojo aterciopelado y que se mantenía guardado en el armario ya que sus trajes preferidos los había empacado pensando que quizá los podría utilizar allá. Ese color dejó de agradarle a Irene hace un par de

años, pero al no ver otra opción decidió utilizarlo. La chaqueta poseía mangas largas y algo abombadas por la parte superior, y por el frente de la misma, se dejaba apreciar varios botones en hilera y con un tono dorado. Sobre la cama había colocado la blusa de holanes y el sombrero de montura. Aunque todas las mañanas cuando alistaba su traje no solía sacar el sombrero ya que había mencionado su ama que no era necesario portar. Sin embargo, esa tarde supuso que lo llevaría y así que se lo trató de colocar. Pero Irene meneo la cabeza y dijo que no, pues ya estaba acostumbrada a no utilizarlo y esa tarde no sería la excepción. Maiwen no insistió y dejó que marchara.

En el establo saludó a Jeff mientras se disponía a acariciar a Ángelus. Jeff de inmediato se disculpó con ella por no tener alistado a su caballo y se dispuso a colocar la montura en el animal. Irene no se molestó por ello y ayudó a prepararlo. Para cuando este estuvo listo montó de un solo salto y arrió el animal. Salió a un paso suave de la caballeriza y rumbo a su sitio preferido pues pretendía terminar de leer la última parte de su libro sin ser molestada.

Al llegar al lugar predilecto ató al caballo, colocó una manta bajo la sombra de su árbol preferido y de inmediato se posó bajo él. Devoró página tras página y en cuanto menos lo imaginó ya habían transcurrido un par de horas. Se dijo a si misma que lo terminaría en otra ocasión, así que se elevó de su sitio y recogió la manta para de nuevo montar su corcel.

Estando en una zona abierta y en completa libertad, hizo galopar el animal. Era un día caluroso, así que se desabotonó la chaqueta por debajo del busto, pero incluso así seguía sintiendo calor, así que se libró del laso del cuello y desajustó la blusa de holanes por su frente. La había mandado confeccionar de esa forma porque deseaba refrescarse cuando no había nadie observando.

Al parar entre un par de árboles le habló a su animal.

—¿Te encuentras sediento, Ángelus? —y lo acicaló—. Ven… vamos… te daré de beber.

Irene encaminó al animal más allá de sus tierras porque conocía un perfecto sitio en donde existía un pequeño lago y que con regularidad frecuentaba para dar de beber a los animales. Así que se dispuso a partir. Con forme se fue aproximando logró visualizar el lago y con una parvada de aves que flotaban tranquilas sobre él. Pero, a escasos metros también descubrió la silueta de una persona tumbada en el césped y muy cerca de la orilla. Pensó por un momento en quién podría ser, ya que el lugar se hallaba lejos de cualquier residencia cercana y pocas familias visitaban el

sitio en esa temporada.

Entonces se condujo con el animal, y al notar de que se trataba de un hombre se apartó de él pues no deseaba molestarlo. Así que fue al otro extremo del lago. Mientras el animal bebía, ella no apartaba su mirada de aquel hombre. Se dijo así misma: <<*Tal vez sea un empleado de alguna de las residencias cercanas y que ha decidido descansar aquí, o podría tratarse de un forastero desconocido que ha perdido el rumbo, o peor aún…, un temible ladrón*>> En cuanto se posó la última idea en su pensamiento se llevó consigo a Ángelus y comenzó a apartarse de aquel sitio. Al irse alejando nuevamente comenzó a cavilar… <<*¿Y qué tal si es un hombre herido? Quizá, aquel hombre se encuentra ebrio y ha decidido descansar, o podría ser que un ladrón lo haya arrojado al lago esperando a que éste se ahogara sin imaginar que el hombre tuviese las fuerzas necesarias para arrastrarse hacia la orilla y librarse de aquella temida muerte*>>. Muchas suposiciones volvieron a emerger de su pensamiento tratando de descifrar qué hacía aquel hombre en aquel sitio. Así que no deseó dejar desamparado aquel hombre si ese fuese el motivo y retornó al lugar para inspeccionar con mucha cautela.

Irene llegó hasta él y lo miró. El tipo se mantenía boca arriba. Era un hombre alto y de amplio pecho, de piel morena clara y bronceada, de cabello castaño obscuro y ligeramente ondulado, con unas puntas doradas que cubrían la mayor parte de su frente y un poco de sus ojos. La cabeza la tenía inclinada hacia su costado que no podía ver con claridad su rostro. Su mano izquierda apuntaba a su frente mientras que la derecha la mantenía sobre su abdomen. Quiso ver si no se encontraba herido y se aproximó a él. En efecto, no miró ninguna lesión en ese cuerpo fornido, pero si notó que era bastante fuerte. Enseguida, se inclinó para escuchar su respiración, pero no oyó nada. Así que temerosa colocó su mano sobre su pecho y lo sacudió ligeramente… En ese instante aquel hombre despertó de golpe y cogió la mano de la dama para atraerla hacia él. Irene se asustó y mantuvo la respiración. Aquel hombre la miró meticulosamente mientras que ella lo contemplaba atónita. Irene descubrió su reflejo en aquellos grandes ojos marrones que no apartaban su vista de ella. Aquel tipo reveló asombro en su mirar, pero a la vez, un silencioso enojo. Se quedó perpleja, pues nunca había topado con él por el bosque y menos saber de dónde provenía.

Aquel joven comenzó a tranquilizar su palpitar y la miró detenidamente... Observó sus grandes ojos, su nariz pequeña y respingada, sus cejas negras y definidas, el cabello negro y ondulado que portaba suelto debido a que su peinado se había desecho con la cabalgata. No se contuvo y bajó la mirada para posarla en su pecho y notar que la blusa estaba expedita. Irene se dio cuenta de lo mismo, y avergonzada, arrebató su mano de entre las suyas y salió corriendo de aquel lugar. Emprendió la huida, montó su caballo y se apartó de él. Ángelus galopaba frenético cuando Irene volvió la mirada… El hombre que había hallado se había puesto en

pie y dirigía su mirada hacia ella sin perderla de vista. No fue hasta que Irene ingresó en el bosque y se perdió su silueta entre los inmensos árboles, y bajo el cálido sol de la tarde.

Ángelus continuó galopando y no lo hizo detener hasta llegar a los alrededores de sus tierras. Ahí se detuvo instantáneamente para verificar si aquel hombre venía tras ella. Al mirar hacia atrás y comprobar que no era así, se tranquilizó. Se arregló el cabello, se abotonó la blusa, que fue motivo de salvación cuando aquel hombre se perdió en su escote. Se alineo las ropas, tranquilizó a su caballo y enseguida lo echó andar. Lo condujo al establo y lo acarició por última vez.

Más tarde, cuando estaba instalándose el atuendo para la cena recordó el rostro de aquel hombre. Qué hombre tan atractivo había conocido en el lago y qué distinto era de los demás caballeros que le habían presentado en casa de Joanna. Sabía que era un hombre de opulencia cuando miró las ropas finas que llevaba puestas. Supuso que no era un ladrón como había imaginado y que tal vez se encontraba en aquel sitio porque había ido de visita con algún familiar. En su pecho emergió el deseo de conocerlo, pero no obstante, sabía que jamás lo volvería a ver.

Bajó para cenar por última vez con la familia. En cuanto saboreó el último bocado se despidió de su padre y regresó a la alcoba. Al mirar su traje rojo posado sobre la silla, trajo a su mente el recuerdo de aquel joven y en la manera en la que lo había descubierto. Imaginó que tal vez hallaría a alguien tan atractivo como lo era él en Londres y, de ser así, tendría muchísima suerte. Sabía que nada sería igual a partir de mañana y que, a pesar de ello, lo afrontaría con la mejor cara.

Capítulo 6

6

A la espera

(Pastel Garden -Brian Crain)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Winehause era un lugar sumamente encantador y acogedor que pertenecía a la familia Aldugheri y, por tanto, a familiares cercanos de la familia Black. Era una villa situada en Clerkenwell y a unas cuantas calles del centro de Londres. Esa mañana Shannon llegó en compañía de Irene y saludó con entusiasmo a su querida hermana.

Rebecca, la hija mayor de Anna Rushforh, había contraído matrimonio con Gabrielle Aldugheri, un hombre muy guapo y modesto que poseía negocios en Londres y en Sicilia. Por causa de las revoluciones liberales de su propio estado, y junto con sus padres y algunos familiares más los Aldugeheri tomaron la decisión de abandonar su tierra natal para establecerse en la ciudad más distinguida de todo Londres. El tío Gabrielle había conocido a la tía Rebecca en la ciudad cuando los Black hicieron la presentación de su hija en aquel lugar y por aquel entonces. Anna jamás esperó que su hija desposara aquel caballero extranjero, ya que su mano estaba prometida a un militar de alto rango y que desposaría en cuanto se formalizara el arreglo. Anna pasó un par de años molesta con su hija y no se atrevió a dirigirle la palabra en un par de años. A pesar de ello, se reconcilió con ella en cuanto le presentó a su primer nieto.

Shannon después de ser recibida y conversar largamente con su hermana le pidió que le mandase traer algunos proveedores cercanos, ya que deseaba adquirir algunos artículos de joyería para el nuevo guardarropa de Irene y que pretendía que luciera en esta temporada casadera. Acercándose a su oído reveló ansiosa que su hija estaba en busca de marido. La tía Rebecca aceptó animosa y mandó traer a los mejores de la ciudad. También, hizo llamar algunos joyeros pues deseaba más que nada ver presentable a su sobrina.

Esa misma tarde Shannon compró más de lo debido, ya que esperaba que Irene luciera sublime en cada velada. Ella, no hacia otra cosa más que

aceptar con agrado todo aquello que le procuraba. En el instante en el que le mostraron un par de vestidos de gala, la madre se enamoró de ellos y los adquirió.

Después de que marcharon las modistas y demás proveedores las tres mujeres se dirigieron al saloncito azul en donde la tía Rebecca y la hermana se sentaron en unos cómodos sillones de terciopelo dorado que había traído el tío Gabrielle desde parís. Charlaron otro poco porque hacía bastante tiempo que no se veían, aunque toda su conversación se centró en su sobrina a quien no paraba de darle consejos.

—¡Mi querida Irene! —expresó la tía con un tono de voz tan dulce que Irene no se atrevió a ignorar—, recuerda que siempre tienes que llevar una gran sonrisa en los labios porque las señoritas casaderas no deben ser apáticas —Reveló con entusiasmo—. Recuerda también abrir bien los ojos para cazar a los mejores candidatos porque son muy difíciles de hallar. Te comento que en esta temporada hay muy pocas señoritas tan agraciadas como tú, y muchos caballeros que provienen de buenas familias y que están en busca de una buena mujer.

—Rebecca —intervino Shannon—, eso mismo lo he revelado yo, pero no sé por qué se muestra tan apática y fría cuando se le presenta algún caballero. Aunque claro, me ha prometido que esta vez será diferente y que procurará ser más cortés con ellos. No obstante, debo añadir que me preocupa se le pase su edad casadera y quede solterona por causa de su rareza.

—¡Por Dios, hermana! — Rebecca se echó a reír. Llevó su mano al estómago y soltó una risotada—. ¡Creo que estás perdiendo la cordura! ¡Irene es demasiado hermosa como para permanecer solterona tal cual lo imaginas! Yo te aseguro que en esta temporada estará comprometida con un buen caballero y no tardarán en darte hermosos nietos.

Dirigiendo la mirada a su querida sobrina que se había apartado de la charla y había comenzado a curiosear por ahí, se atrevió a interrogar.

—¿Qué su cede contigo, querida? ¿A caso no deseas casarte…? ¿A caso no deseas un buen marido para ti?

Irene giró sobre sus talones y reveló su poco entusiasmo.

—Tía, —declaró decidida—, sinceramente no me interesa la posición económica en la que se encuentre el caballero o cuántos vienes hay en su haber porque dinero no me hace falta. Más que nada deseo un hombre que se fije en mí, y no por mi belleza ni por lo que poseo, sino por la persona que soy.

Rebecca comprendió que su sobrina había puesto su total atención en la charla que había mantenido con su madre a pesar de no estar a su costado.

—¡Querida sobrina! —exclamó—. Eso no es lo que intento decir —dejó su abanico de lado—. Al igual que a ti y aunque tu madre esté aquí presente confesaré —cogió la mano de Shannon—… Es mejor casarse por amor que por obligación y lo digo por experiencia propia. No pretendo forzarte con mis palabras a tomar una decisión precipitada… Simplemente deseo que halles el amor verdadero como lo he hallado yo, y espero que tu madre esté de acuerdo conmigo.

Shannon mantuvo la vista en su hermana, y volviendo la mirada a su hija notó cómo esta cambiaba de semblante.

—Hija, cásate con quien te ame —Se atrevió a declarar—. Pero recuerda… los hombres se fijan primero en la belleza externa y después en la interior. Tenlo en cuenta. Ellos son así. Eso no significa que jamás te amarán o que nunca serás feliz. Y si comprendes estas palabras que te digo no tendrás nada que temer. Solo permítele a tu corazón elegir, él… jamás te fallará.

Irene lo negó en su mente. No porque no hubiese caballero para ella en Londres o porque no supiese de lo que estaba hablando su madre, sino porque pensaba que su corazón no sabía elegir. La chica apartó la mirada y volvió a merodear mientras que su madre y su tía la observaban. Rebecca, al ver el poco interés de Irene se atrevió a interrogar a Shannon.

—Y… ¿Cuál será su primer festejo?

—¡Será en la velada de los Miller! —Respondió la madre muy ansiosa—. La joven Elizabeth será presentada ante la sociedad y no han escatimado en ello. Han rentado el salón más grande de la ciudad porque al parecer ya está prometida a un vizconde.

—¡En serio! —exclamó—. ¿Y desde cuándo?

—Según parece desde antes que naciera… Al parecer ambos padres concertaron esta unión cuando se hallaban en la guerra. Lo reveló la mismísima señora Miller ya que Leroy prometió a su amigo de infancia la mano de su primogénita y habían acordado que en cuanto naciera y esta tuviese la edad adecuada se casaría con su hijo. Desde que Georgia se casó con él sabía de este acuerdo y en cuanto nació la niña no dudaron en comprometerlos.

El vizconde Allen había ayudado en los peores momentos a su amigo Leroy. Cuando habían descubierto que les habían robado todo el ganado de ovejas después de que sus cosechas se perdieran, Allen, no tardó en brindar su apoyo, ofreció mano de obra y capital para que salieran adelante pues el hombre tenía en alta estima al señor Leroy y por tanto, ninguno titubeó en mantener así enlazadas a las familias.

—Espero que la chiquilla no se retracte y acepte al vizconde con agrado.

—Y quién en su sano juicio no aceptaría a un hombre así. Esa es una propuesta excepcional y que no se debe tomar a la ligera. Estoy segura que la ha aceptado con agrado.

—¿Pero…, ya se conocen?

—No lo sé —dio un sorbo a su té—. Al parecer, Elizabeth lo conocerá este fin de semana en Parkflower y creo que es verdaderamente una fortuna el haberlos prometido desde su nacimiento. Sería una preocupación menos para una madre…, ¿no te parece, hija?

Esta última frase la dijo en un tono de voz elevado para que su hija escuchara e interviniera en la conversación. Sin embargo, Irene no deseaba dar su opinión, pero como sabía que su madre no toleraría su silencio se atrevió a declarar.

—Espero que sea el indicado para ella —expresó con distinción—. Porque sinceramente, no he tratado con Elizabeth y no sabría cómo responder. Además, creo que yo en su lugar —dio tres pasos de frente para enfatizar—, preferiría a un hombre que ame y no el que me condicione mi familia… ¿No opinas lo mismo, tía?

Su tía sonrió porque sabía perfectamente a qué se refería su sobrina.

—¡Absolutamente, querida!

—Cambiando de tema —Irene se dirigió nuevamente a Shannon antes de que esta le reprochara—. Madre, quisiera salir el día de mañana con Maiwen. Hace muchísimo tiempo no he andado por aquí. Y quisiera curiosear por ahí, ¿te importaría?

—Para nada, cariño. Puedes salir, pero procura visitar lugares concurridos y no te metas en callejuelas sórdidas, ¿entiendes?

—¡Por supuesto!

Shannon había hecho esa advertencia debido a que hace un poco más de cuatro años Irene se había perdido en una de ellas. Jeff fue en su búsqueda y la halló en una calle de mala muerte rodeada de hombres que la asechaban. La apartó de aquella multitud, no sin antes golpear algunos rostros que intentaron tocarla. Ese día su madre juró que jamás la dejaría marchar sola y que siempre iría en compañía.

—Entonces ve con cuidado, cariño, y no te apartes de la vista de Maiwen, ¿entiendes?

Irene sonrió y afirmó con la cabeza, se despidió de ambas con una inclinación y de inmediato salió de la habitación para ascender por las escaleras y encaminarse a su habitación. En cuanto la chica dejó el salón y la habitación se llenó de silencio, Rebecca declaró sin rodeos.

—Créeme, Shannon —chasqueó la boca—. A tu hija Irene le han roto el corazón y por tal motivo se muestra así.

—Eso me temo, Rebecca —reafirmó—… Es por ello que decidí traerla a Londres ya que deseo más que nada se dé otra oportunidad.

—¡Y lo logrará, querida! —afirmó—. ¡Solo dale tiempo!

—¡Aún más!

—Todo el que sea necesario, hermana. Y no la presiones a ello o se verá obligada a aceptar la propuesta de cualquiera que se le presente.

Shannon deseaba más quenada que su hija Irene fuera feliz, y por tal motivo no la presionaría a ello.

Al día siguiente, pasado de medio día, Irene salió en compañía de su dama y tomaron el carruaje que la tía Rebecca puso a su disposición. Cruzaron el rio Tamesí y adquirieron algunos víveres en aquella zona para llevar a Whitechapel. Ya que hace varios años y en uno de sus viajes a Londres conoció a Patty Burrell. Se trataba de una joven señora que tenía tres hijos a quien no podía mantener debido a que su esposo estaba en cama y enfermo. Esta mujer, con el poco salario que ganaba como tejedora no alcanzaba a cubrir los gastos de la familia y, por tal motivo, pidió limosna a la joven Irene que se hallaba visitando la Southwark. Al narrarle su vida se conmovió demasiado y le brindó su apoyo, comprando víveres y obsequiándoselos. Nuevamente Irene regresó para saber si aún la mujer seguía viviendo ahí. Sus ojos se llenaron de alegría cuando llamó a la puerta y esta se asomó a través de ella. Irene no tardó y la abrazó con entusiasmo, enseguida le mostró la canasta que sostenía Maiwen y esta se la entregó. La mujer la invitó a pasar, pero Irene se negó

amablemente. Declaró que había asuntos importantes qué atender, pero que regresaría el día de mañana y en cuanto se desocupara de ciertas obligaciones familiares que la mantenían ocupada. Patty aceptó gustosa y reveló que esperaría impaciente por ella. Irene volvió a abrazarla y se despidió de ella, la tomó por las manos y le dio un beso en la mejilla para después salir del lugar.

El cochero la llevó con sigo, pero esta vez, al centro de Londres. Irene había dado indicaciones para que la llevara hasta ahí porque pretendía comprar un presente para Amy. Prometió que a su regreso le traería algún abanico de esos que tanto le agradaba y del cual, había hecho mención toda la semana. La joven visitó algunas tiendas, pero al estar detenida afuera de una de ellas y contemplando un hermoso abanico español, no se percató de que alguien la miraba.

Capítulo 7

7

Al otro extremo

(Holding On —The piano Gus)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

—Sir William, toda la mercancía que he traído para aquellos escoceses que tanto le desagradan no se la puedo ofrecer a usted. Tiene que entender qué negocios son negocios y que a esto me dedico.

—Por favor, Sir Ainsworth, escúcheme —entre cerró los ojos mañosamente—. Esa gente con quién pretende hacer trato no son personas de fiar y le puedo asegurar que no recibirá tal pago por lo ofrecido. Pero si me lo ofrece a mí, le aseguro que obtendrá una mayor ganancia.

—Veo que se preocupa por mí y lo que pueda pasar con mis vienes, caballero. Y le puedo asegurar que no hay nada que temer porque todo lo tengo bajo control. —expresó claro—. Aunque debo añadir, que la próxima semana recibiré un cargamento que traerá consigo una gran variedad de productos y que estoy seguro serán de su interés. Además de los artículos que requiere por su puesto.

—No puedo esperar demasiado por ellos, Sir Ainsworth. ¡Porque los necesito ahora!

—Entonces, Sir Williams —Echó su cuerpo hacia atrás y entrelazó los dedos sobre el asiento—. Me temo que no podemos hacer negocios, ya que le he dado mi palabra a los escoceses y yo, jamás rompo una promesa. Pero si le interesa —agregó—, sé que mi hermano podrá brindar todos aquellos productos que tanto le urgen… De hecho —reveló seguro—, podrá verlo el día de hoy.

—¡No, no! ¡De ninguna manera, Sir Ainsworth! —aseguró aquel hombre con un poco de inquietud y en sobre salto—. Está bien —afirmó enseguida—, esperaré una semana más.

—¿Qué es lo que pasa, caballero? ¿Teme hacer negocios con él?

—¡No, no, para nada! exclamó sin rodeos—. Lo que pasa, es que no me agrada hacer tratos con su hermano… Él es… cómo podré decirlo… ¡Ah!, muy desesperado.

Ainsworth devolvió la sonrisa.

—Quizá se refiera a que no es tan paciente como lo soy yo, y que es sumamente impropio al momento de solicitar su capital. Se refiere a eso, ¿no es así?

—A usted no se le va ninguna, ¿verdad, Sir Ainsworth? —rio el hombre.

—Me temo que no —respondió mientras sonreía—, sabe usted que siempre veo por mis intereses y sé de antemano que usted es un hombre de palabra y que sabrá liquidarme cuando llegue el momento. Por tal motivo me atrevo a esperar… Tarde o temprano todos necesitamos ayuda. ¡Hoy usted, mañana por mí!

—Me temo que usted ha sido sumamente generoso con nosotros y me ha ayudado más de lo que yo le puedo ofrecer, Sir Ainsworth. Y se lo agradezco.

—No tiene qué agradecer, Sir Williams —se irguió sobre su asiento—. Y si no tiene nada más que decir, daré por hecho nuestro convenio. Ahora, discúlpeme, pero tengo negocios qué atender.

—Por supuesto, no le quitaré más su tiempo. Le aseguro que esperaré pacientemente.

—Con su permiso...

Al instante Ainsworth se elevó de su asiento porque no mentía en que tenía negocios qué atender. Ya que estaban aguardando por él otras personas para ver lo de sus embarcaciones y el hombre deseaba estar a tiempo.

Sir Ainsworth era hombre de negocios. Toda su vida la había dedicado a la comercialización de productos. Contaba con una flota de barcos que le redituaba bastante dinero y que al morir su Padre le dejó como parte de una jugosa herencia. Además de algunas tierras de Bournemouth que alquilaba para algunos acaudalados y gente de alta estima. Era un caballero que más que nada le fascinaba el mar y, por tal motivo, toda su vida se la había dedicado a surcar los mares; de norte a sur y del poniente al occidente.

Esa tarde el caballero, montó su carruaje para dirigirse al centro de Londres y poder concretar aquel jugoso trato. A orillas del rio Tamesí y dentro de un club de caballeros aguardaban por él cinco hombres e incluido su hermano. Ambos hermanos eran hombres de negocios, pero Sir Ainsworth sobresalía con audacia para concretarlos. El hermano menor había conocido al comandante Brenguth. Cuando aquel hombre importante preguntó por el muelle si había algún mercader disponible que ofreciera su servicio para transportar en un solo tiraje su lote de caballos, comida y armamento para su regimiento. El chico con distinción no tardó en acercarse para ofrecer su servicio. Y aunque no poseía las embarcaciones necesarias para tal hazaña, sabía que su hermano podría ser capaz de cerrar el trato, pues contaba con una flota de barcos y dos de ellos permanecían aún anclados en el rio. Así que se lo hizo saber de inmediato y por tal motivo se vio en la necesidad de formalizar una alianza.

Ainsworth estaba de camino y con rumbo al punto de encuentro en donde se debía de concretar aquel negocio. En su cabeza no albergaba más datos que la de los negocios por hacer; pensaba en el navío que tenía surcando el mar con dirección a china, contaba el tiempo para poder ver sus barcos retornar de América, y en el par de navíos que estaba construyendo y que pretendía vender a la corona. Era evidente la gran cantidad de tratos que había realizado a lo largo de su corta y ajetreada vida.

Mirando con tranquilidad a través de la ventana del carruaje, logró visualizar a la gente que andaba por la calle: niños comiendo una golosina, jóvenes conquistando alguna dama, hombres dialogando con algún conocido, y los comercios; llenos de gente con hombres y mujeres que deseaban adquirir algún artículo que cubriera su necesidad. Era pasado de medio día cuando cerró los ojos decidido para pensar en lo que debía de realizar en los próximos meses. Sabía que si conseguía aquel trato tendría más dinero para ampliar sus tierras en América y comprar aquella villa campestre de Italia que le había llamado la atención.

Estaba concentrado en sus menesteres cuando de repente, y de la nada, el carruaje detuvo la marcha. No creyó que estuviese tan cerca de su destino así que entre abrió los ojos para echar un vistazo por la ventana. A la brevedad, se percató de que su carruaje se había detenido y solo para ceder el paso a un par de señoritas que indecisas deseaban cruzar la avenida. Las damas habían logrado llamar la atención del cochero que no hizo otra cosa más que detener el carruaje en medio de la calle. Una de ellas portaba un vestido sencillo color marrón y de mangas largas que le llegaban por debajo de la muñeca. Se cubría con una capa del mismo tono

y sonreía feliz al cochero en agradecimiento por haberse detenido para cederle el paso. La siguiente dama, era más alta. Llevaba puesto un vestido esmeralda y cubierta con un pelerine de encaje a tono que cubría completamente sus pechos. Portaba un sombrero que la atajaba del sol y que ocultaba a la vez su rostro con la mayor discreción. Esta joven mantenía la vista en sentido contrario y vigilaba el otro extremo de la calle.

Ainsworth con una sonrisa advirtió cómo la más pequeña en un arrebato tiró del brazo de su acompañante y esta se desequilibró. En cuanto la dama sintió el tirón giró su rostro para encarar a la chica, le obsequió una sonrisa y al cochero que había sido tan amable de ceder el paso.

No podía creer el hombre lo que estaba contemplando… Aquella dama poseía una mirada tan hermosa y con un tono de color de ojos casi extraños que cautivó su atención en cuanto esta giró. Repentinamente el par de damas cruzó por la avenida presurosas y Ainsworth dejó de distinguir sus siluetas. No lo dudó y dirigió la mirada hacia el otro lado para seguir advirtiendo. Descubrió al instante cuando ambas mujeres yacían sobre la cera y sonriéndose una a la otra. Él, no dejaba de admirar y maravillarse con aquella mujer, e incluso cambió de posición para continuar embelesado. Cuando su vista dejó de percibir la silueta de aquella chica en la esquina, volvió en sí.

En ese instante el carruaje continuó su marcha y todo volvió a la normalidad. Se quedó pensando por unos segundos mientras este transitó. No sabía si dejar pasar la oportunidad de saber quién era aquella chica o continuar con su trayecto. Sin embargo, y después de meditar ligeramente, se atrevió articular.

—¡Artur! —expresó fuertemente—. ¡Detén el coche!

El cochero escuchó atento la orden y al instante se orilló. Y mientras lo hacía, el hombre en su interior cavilaba.

—Espera aquí —Finalmente se decidió.

Con determinación descendió de él y se encaminó en dirección a donde había perdido de vista la silueta de aquellas dos damas. Caminó de largo por tres cuadras, mas no dio con ellas. Entonces decidió cruzar la calle para echar un vistazo en la siguiente avenida, aunque no tuvo éxito. En cada mujer con vestido esmeralda que descubría viraba ilusionado para verificar si era aquella misma dama que momentos antes le había robado el aliento. Al no ser ella, siguió con su andar y buscó a detalle entre la multitud. Desilusionado por no dar con ella, giró sus pasos con dirección donde había aparcado su carruaje y se cuestionó: "¿Dónde se había

metido…? ¿Habrá doblado en dirección contraria?”

Había perdido toda esperanza en hallarla cuando de repente, y al girar el rostro y mirar hacia el otro extremo de la cera la descubrió. La chica posaba su vista a través de un escaparate y soltando pasión por la piel. El hombre la contempló atónito y lleno de sentimientos encontrados que jamás imaginó tener. Se había quedado sin aliento y por un instante su corazón se detuvo. Con esperanza aguardó pacientemente a que la dama realizara algún movimiento involuntario para volver apreciar su rostro y maravillarse con él. Sin embargo, la joven se mantenía firme. Después de cruzar algunas palabras con su acompañante ambas damas decidieron seguir con su andar.

Sir Ainsworth la siguió desde el otro extremo de la cera y esperando pacientemente una oportunidad gloriosa que le permitiera repetir el acto. Fue en ese momento que decidió cruzar la calle para aproximarse a ella y deleitar su pupila.

Al hallarse a unos cuantos metros de la chica, la miró a detalle. Comenzó a grabar su imagen en la mente cuando apreció su silueta esbelta que mostraba su buena figura. Quiso saber con exactitud de qué color era su cabello, pero solo logró descubrir unos cuantos risos negros que sobresalían sobre su enorme bonete y que enmarcaban su angelical rostro. Notó también aquellas cejas delineadas y oscuras en el momento en el que giró su cara a la izquierda para mirar algo que había llamado su atención. De repente, la chica del vestido marrón se percató de las observaciones de Ainsworth. Él giró el rostro para no ser descubierto, pero en cuanto volvió la mirada ambas damas ya se habían marchado. Las mujeres comenzaron con su andar a paso suave y Ainsworth las siguió no muy de cerca para no ser descubierto. Sin embargo, la chica bajita volvió la mirada y lo descubrió. Esta hizo un gesto a su acompañante para dar aviso de lo que había descubierto y que seguramente no sería nada bueno. La dama de vestido esmeralda se detuvo instantáneamente y miró sobre su hombro para tratar de percibirlo, aunque claro, no llegó a tener suerte. Así que continuó con su andar y apretó el paso. Ainsworth se dio cuenta de ello y la siguió todavía un poco más a la distancia y manteniendo el paso. Cuando el par de damas cruzó la siguiente calle lo hicieron tan vertiginosamente que en un abrir y cerrar de ojos se introdujeron en una tienda.

Ainsworth cruzó la calle y miró a través del escaparate sin lograr visualizarla. Entonces decidió mantenerse a la espera y aguardar. Cuando transcurrió más de media hora y las chicas seguían adentro, decidió ingresar para hablar con ella. Se dijo a sí mismo que solo preguntaría su nombre, y si la chica cuestionaba su atrevimiento, él respondería con sinceridad que jamás había visto en toda su vida a una mujer tan hermosa y distinguida como lo era ella. Sí, estaba decidido. Entraría y hablaría con la dama… Finalmente y después de acomodarse la chaqueta y alinearse el

sombrero tomó valor y se introdujo con valentía.

En cuanto pisó la tienda descubrió un par de señoras ya entradas en años y que se mantenían remendando un par de vestidos. Al fondo había un escaparate con un par de señoritas que acomodaban lienzos y pasaban el trapo por unas gavetas. Entre unas cajas se hallaban tres niños pequeños que se mantenían entretenido con unos carretes que habían hallado no muy lejos de ahí.

El hombre no halló a las hermosas damas con la mirada así que se paseó por el local. Entonces, la mujer que se mantenía descansando sobre un banquito pequeño se apresuró a indagar.

—Dígame, señor —afinó la voz—. ¿En qué puedo ayudarle?

Todas las mujeres dejaron sus deberes y posaron la mirada en aquel hombre.

—Busco —expresó Ainsworth—… un par de señoritas que ingresaron en esta tienda, y que son… primas mías.

Se sorprendió él mismo de las mentiras que salían de su boca porque sabía perfectamente que se darían cuenta de tal engaño y que no creerían en sus palabrerías. Sin embargo, todas guardaron silencio y se miraban la una a la otra muy desatinadas. No fue hasta que una de ella se atrevió revelar.

—Aquí, señor —declaró la más joven de todas—, solo nos encontramos nosotras.

Ainsworth giró para encarar aquella mujer.

—Sé perfectamente que se encuentran aquí, señorita. Porque yo mismo miré cómo ingresaban en este establecimiento para buscar algo… No trate de ocultarlo.

—De ninguna manera me atrevería a hacerlo, caballero —sujetó sus manos—. Pero aquí solo nos hallamos nosotras cuatro y los niños que son mis sobrinos.

Ainsworth la miró con reproche porque imaginó que la estaba ocultando. Sin inquietarse continuó con su búsqueda y escudriñó todos los rincones del establecimiento para dar con ella. Y mientras lo hacía, otra mujer se condujo a él y expresó con timidez.

—Señor…, hace un momento dos damas entraron en la tienda, pero ya se

han ido.

Ainsworth giró.

—¿Qué ha dicho? — acercándose a ella.

—¡Sí, señor! ¡Se han marchado! —tomó fuerzas y valor para revelar—. Las damas inquirieron si había otra salida en el establecimiento aparte de la principal ya que deseaban partir cuanto antes pues habían mencionado que un extraño las venía siguiendo. Así que le mostré la salida trasera y ellas la tomaron.

Señaló hacia ella. Al fondo de la tienda, entre unos cajones de ropa y royos de tela se divisaba una puerta de madera. Ainsworth se condujo. Cuando tomó el picaporte y lo giró esta soltó un rechinido y se abrió. La atravesó y miró de lado a lado. Se dio cuenta de que esta daba precisamente a la calle posterior del local y se rio de sí mismo. No podía creer cómo se le habían escapado.

—A sus primas —la empleada llamó su atención—... ¿no les agradó su compañía, señor?

El caballero giró sobre sus talones y le mostró una sonrisa encantadora mientras se acomodaba el sombrero.

—¡Me temo que no, señorita! —expresó airoso—. ¡Pero ya verán cuando le dé aviso a mí tío!

Con cortesía la joven se despidió de él e ingresó en la tienda, mientras que Ainsworth emprendió la marcha para dar con ellas… Finalmente, después de buscar por largo tiempo decidió retornar a su carruaje para encaminarse a su cita. Pero antes de hacerlo, se hizo la promesa de regresar más tarde para continuar con su búsqueda, pero esta vez, revisaría la puerta trasera de cualquier local.

Capítulo 8

8

El primer baile

(Solitary Hill- Brian Crain)

(Aurora- Florian Bur)

(The Second Waltz — André Rieu) 2 rep.

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

La joven Irene aguardaba impaciente el arribo de Joanna ya que tendría que llegar ese mismo día y estaba ansiosa por verla. Hacía un poco más de una semana había enviado una nota a la villa *Blackstone* en dónde informaba que esperaría por ella con la familia Aldugheri. Ella a su vez le respondió que en breve estaría en su presencia y en cuanto su padre retornara de Paris.

Se hallaba Irene inquieta a la espera en el saloncito de estar cuando se escuchó aparcar un carruaje. La chica sin esperar su anuncio salió a su encuentro.

—¡Querida Joanna! —reveló finalmente en cuanto la vio cruzar el umbral—. ¡Qué gusto me da de volver a verte!

—El gusto es mío, Irene —respondió la prima—. No creí en verdad que hablabas en serio y debo agregar que por un momento pensé que me estabas timando. Pero ahora veo que no es así.

—Te dije que hablaba en serio y tú mejor que nadie sabes que no miento —cogió su mano—. ¡Oh, Joanna, no sabes lo nerviosa que me siento…! ¡Hace tanto tiempo que no asisto a lugares concurridos que tengo miedo

de ser el hazmerreír de la gente!

—No te preocupes, mujer, que eso no sucederá porque yo estaré ahí para ayudarte. A decir verdad —Se acercó a su oído y cuchicheó—, espero que ambas nos divirtamos esta noche y no dudo que conozcamos a un buen hombre.

Irene le sonrió mientras la encaminaba hacia el salón.

—Pero cuéntame —ya instalada en su sitio—. ¿Tienes todo listo? Recuerda que la primera impresión es la más importante y que no debe restarse importancia.

La joven sonrió.

—Mi madre ha hecho todos los preparativos para el evento y de eso no tienes por qué inquietarte. ¿Pero dime, cómo están tus padres? ¿Han decidido acompañarte?

—Me temo que no —Reveló sin inquietud—. Han salido de viaje y se encuentran en este momento en Francia. A decir verdad, no creo que retornen pronto, pero antes de partir mencioné en una carta que pretendía acompañarte y no creo que se opongan. Pues saben lo mucho que te aprecio.

—¿Entonces, en dónde te estarás alojando?

—En casa de los Turner —reveló—, ya que así siempre ha sido. Como mi tío acaba de salir de viaje por negocios siempre esperan que le haga compañía a la tía Beatriz. Por lo cual espero no te moleste.

—Por supuesto que no. No me molesta.

—Entonces —cogió sus manos—, que no se diga más. Te acompañaré a todos los bailes y reuniones sociales a la que decidas asistir, ¿te parece bien?

—Estupendo, Joanna, siempre y cuando lo cumplas.

Joanna asintió con la cabeza y enseguida ambas se abrazaron. La chica no esperó y le reveló todo lo que había hecho en esos últimos días. Ya por la tarde bebieron un poco de té en el jardín y en compañía de Shannon y de la tía Rebecca. Shannon agradeció su compañía porque Sabía que ella era una pieza fundamental para que Irene se desenvolviera con gracia. Con el volar de las horas y de los minutos titilantes Joanna se despidió de todas y se encaminó a la puerta.

—Me temo que es momento de partir, querida, ya que tengo que prepararme para el evento de esta noche y quiero estar más que presentable. ¿Está bien si te veo allá?

—Por supuesto, Joanna. Te veré allá.

Con ternura la abrazó fuertemente y se despidió de ella con un beso en la mejilla. Joanna ascendió en su carruaje y se despidió de ella a lo lejos. Irene en cuanto dejó de percibir el coche ingresó en la villa y se encaminó a su alcoba para leer un poco antes de alistarse para el evento. Poco tiempo después Maiwen entró en la habitación para informarle que todo estaba dispuesto para iniciar con el preparativo. Enseguida Irene apartó el libro del rostro y lo colocó sobre una mesita que se hallaba a su costado. Se quitó la ropa, se acercó a la bañera y se sumergió en ella. Al salir de la tina Maiwen le colocó un poco de perfume en el cuello y el cual le había proporcionado la Señora Shannon para el evento. Irene había recordado su aroma ya que era la misma fragancia que había usado el día de su presentación y que simplemente dejó de utilizar porque le traía malos recuerdos.

La noche había caído ya y Shannon gritó impaciente desde el vestíbulo.

—¡Irene, es tarde! ¡Baja por favor!

—¡Tranquila, hermana! —Agregó Rebecca—. Todavía tenemos tiempo y llegaremos a buena hora a la celebración… ¿Acaso crees que ella no se encuentra nerviosa por asistir? ¡Por favor, ya no la inquietes más con tus gritos!

—¡Porque tú no la conoces, Rebecca! —Refutó la madre—. Si por ella fuera, en este preciso instante se rompería un tobillo para no asistir. La conozco tan bien que sé de lo que sería capaz —se abanicó el rostro para esparcir esos malos pensamientos de su mente—. Habrá muchos candidatos esta noche y me encantaría que fuera capaz de elegir alguno.

—¡Oh, querida hermana, no cambias!, ¿verdad?

En ese preciso instante una mujer radiante descendió con elegancia por las escaleras. El personal de servicio la contempló atónito cuando comenzó a deslizarse por cada peldaño para pasar de largo.

—¿Nos vamos, madre? —Se apresuró a manifestar la joven y muy cerca de ambas mientras enarcaba una ceja y marchaba con dirección al carruaje. Su madre y su tía se quedaron pasmadas y mirándose atónitas la una a la otra. Después de un breve momento y sumergidas en su escepticismo marcharon tras ella.

La joven no pronunció palabra alguna durante el trayecto, pese a ello, miró por la ventana en todo momento. Rebecca llena de regocijo hizo la observación a su hermana de que Irene encontraría un pretendiente esa misma noche, ya que no había visto en varios años a mujer tan hermosa como lo era su sobrina.

Al llegar, Shannon y Rebecca descendieron con prontitud. En cuanto percibió la madre que su hija no la seguía volvió la mirada.

—¡Por el amor de Dios! —Se encaminó nuevamente al carruaje—. ¡Irene, baja de una vez!

Irene se hallaba en el interior del mismo. Tenía los ojos cerrados y se mantenía próxima a una esquina. En el mismo instante en el que su madre manifestó su pesar, la chica tomó aire profundamente y exhaló sin volver su rostro.

—¡Querida! —Se había acercado la tía Rebecca para apoyar—. ¡Baja por favor! Todo estará bien… no tienes por qué inquietarte tanto. Ya verás que será breve nuestra estancia y en poco tiempo retornaremos todas a casa.

Irene miró a su tía y le sonrió. Enseguida se incorporó de su asiento y se condujo a ella.

Al descender descubrió con temor su alrededor. Había bastante gente concurrida así que se colocó al costado de su madre y no se apartó de su lado. Ambas hermanas saludaron en una sola voz a los anfitriones y quienes habían puesto su total atención en la joven dama.

—Señor y señora Miller —Finalmente reveló Shannon cuando descubrió que posaban su vista con sorpresa en su bella hija—. Les presento a mí hija, Irene. —Al instante Shannon la exhibió orgullosa y la joven dio un paso al frente. La chica reveló una sonrisa tímida en su bello rostro y expresó:

—Señor y Señora Miller, qué placer es para mí el que me hayan invitado. —He hizo una inclinación.

El señor y la señora Miller junto con su hija Elizabeth se quedaron pasmados al descubrir con cuanta elegancia se dirigía a ellos.

—Por el contrario, querida —Contestó Leroy antes de que su mujer revelara alguna palabra contradictoria—. Es un gusto para mí el poder verla al fin… Espero que se divierta esta noche.

—Gracias por sus buenos deseos, señor Miller, porque eso mismo

pretendo hacer.

En el instante en el que Shannon cruzó algunas palabras con el señor Leroy, la señora Miller contemplaba a detalle el atuendo que lucía Irene. Se quedó impresionada en cuanto admiró lo bien que lucía en él. El vestido era de satín blanco, con acabados dorados en forma de rosas incrustada por toda la falda. El escote no era tan profundo, pero hacia lucir su hermoso busto. Llevaba puesto un collar de oro con perlas de diferentes tamaños y los aretes que portaba eran a juego. En el cabello traía pequeños adornos en la misma combinación que brillaban con la luz incandescente del recibidor.

En un momento de la recepción todos guardaron silencio y mirándose los unos a otros como expresando incomodidad. Entonces Irene se apresuró a despedir.

—Si me disculpan —se inclinó—… Buscaré en el salón a una persona que estoy segura que estará aguardando por mí.

—¡Pasa, querida! —Contestó finalmente Leroy—. Y espero que se divierta.

Sin aguardar las tres damas se apresuraron a ingresar en el salón y se perdieron entre la multitud.

Georgia después de su partida y mirando a su esposo comentó:

—¡Cielos! ¡Qué bueno que nuestra hija se encuentra ya prometida! —y se abanicó—. No quisiera estar en los zapatos de cualquier chica casadera que se encuentre hoy aquí porque con tremenda exquisitez de mujer, les será difícil hallar marido esta noche.

Elizabeth asentó con la cabeza y Leroy hizo lo mismo. No dijeron nada más sobre el tema y se dedicaron a recibir a los demás invitados.

Irene ingresó dudosa en el salón principal y buscó con la mirada a su prima Joanna, pero al parecer aún no había arribado. Entonces tomó la decisión de no apartarse del lado de su madre por temor a los caballeros que la veían desde lejos. Sinceramente se sentía intimidada con tantas miradas puestas en ella y por tal motivo decidió dirigir la mirada en las jóvenes parejas que se descubrían danzando en el salón contiguo. Varias familias se fueron aproximando a ellas para intentar conocer a la chica hermosa que mantenía embobados a la mayoría de los jóvenes casaderos. Rebecca la presentó con mucho orgullo a las más importantes familias, y por un fugaz instante se sintió el centro de atención de la celebración. Mientras tanto, algunos caballeros muy seguros de sí se presentaron con amabilidad. Advirtieron que Sir Aldugheri tenía la intención de mostrar a su sobrina y ellos estaban deseosos en conocerla. Ni Rebecca ni Shannon se opusieron a sus deseos porque más que nada deseaban que la joven

saliera del anonimato.

Con el pasar del tiempo los jóvenes poco a poco fueron solicitando permiso para que le otorgara su primer baile, pero ella a todos les decía que no.

Tiempo después se distinguió por el gran salón la silueta de una chica hermosa y que sin lugar a dudas era la mismísima Joanna. Había hallado con la mirada a la querida Irene y se rio para sí porque sabía que no la estaba pasando nada bien puesto que su semblante revelaba todo lo contrario.

—Disculpen caballeros —Declaró airosa Joanna—. Temo que tendré que llevarme a la señorita. Así que… con su permiso —Irene mostró una gran sonrisa cuando Joanna la cogió por el brazo y se condujo con ella a otra parte.

Shannon agradeció el gesto de su sobrina y dejó que la llevara consigo. Esa noche, la madre no estaba para hacer de chaperón de su hija así que se alejó con Rebecca para saludar a algunos conocidos.

—¡Querida primai —Puntuó Joanna—. ¡Mira nada más ese hermoso rostro! ¡Te ves tan nerviosa que todo el mundo no dudaría en sospechar que esta es tu primera temporada! —mostró una sonrisa sutil y agregó antes de que Irene decidiera esconderse en alguna otra habitación—. Pero ven —movió el rostro para revelar una dirección—. Vayamos a tomar algo en aquel salón, ¿te parece bien?

—¡Me encantaría!

La cogió del brazo y la apartó de aquel lugar. Ambas damas se condujeron en dirección a donde se hallaba una mesa de bebidas y tomaron un par de copas que contenían un poco de vino. Sin esperar la llevó a los labios y se encaminaron a otro sitio.

—Pero cuéntame —cuestionó Joanna—, ¿te ha agradado alguno? Hay buenos candidatos por aquí y no dudo que hallas elegido alguno.

Irene con una mirada desatinada advirtió su pensar.

—¿No crees que es muy pronto para que yo afirme algo, Joanna? De hecho, no tengo más de media hora aguardando por ti. ¡Aquí, no conozco a nadie!

—Ni yo —agregó la prima—, pero no te preocupes porque siempre aparece un rostro conocido.

Con sutileza la dirigió a otro salón con menor concurrencia para que no se sintiera tan intimidada.

—Y dime —prosiguió—, ¿cómo está tu tío?

—Bien. Supongo.

—¡Ah, mira! ¡Qué bien! Y tu tía Rebecca, ¿asistió esta noche?

—Por supuesto —elevó una ceja—. Está con mi madre en el salón contiguo y charlando con un par de personas que seguramente desean saber qué hacen por aquí —No apartó su mirada de ella—. ¿Pero a qué viene esta charla sin sentido, Joanna? No acostumbro escuchar de tus labios palabras tan ajenas de ti.

—Esto, mi querida prima —sonrió airosa—.... Es matar el tiempo hábilmente —Irene estaba confundida—. Simplemente te dejo apreciar por los caballeros que hoy se encuentran aquí y que no apartan su vista de ti.

—¡Qué! —exclamó incrédula—. ¡Me estás ofreciendo!

—Yo no lo diría así —sonrió—. Más bien… que se cautiven con tu belleza y que se estremezcan con tu hermosa figura.

Irene enarcó una ceja ante tal aseveración. Estaba sorprendida por la artimaña que había hecho su prima y que al parecer había dado innumerables frutos, ya que un par de hombres le coqueteaban desde lejos y le sonreían y hablaban entre sí.

—Ya me estoy arrepintiendo de haberte invitado —Agregó Irene mientras aquellos tres caballeros se venían aproximando.

—Señorita —Uno de ellos no dudó en hablar.—. ¿Me permite su primer baile?

Irene tragó saliva con lentitud, y mientras contemplaba aquellos ojos azules se atrevió a revelar.

—Disculpe, caballero —indicó mientras el joven ofrecía su brazo—. Pero ya está reservado mi primer baile a otro hombre.

—Con gusto esperaré la segunda pieza sino es que hay otro candidato que ya lo haya solicitado.

—Claro que no, aún no hay otro. Y encantada bailaré con usted en cuanto se presente el caballero.

Joanna la miró incrédula porque no sabía que ya tenía reservado su primer baile.

—¡Y eso! —cuestionó Joanna mientras el joven se alejaba—. ¿En qué momento aconteció tal hecho, Irene? Acaso… ¿Conozco al caballero?

Irene giró y susurrándole al oído reveló:

—En verdad, no existe tal persona.

—¿Cómo?

—Sí —se giró para ocultar su rostro de los demás—. La verdad, no sabía qué hacer y fue lo primero que se me vino a la mente.

Joanna rio con sutileza y meneando la cabeza con total incredulidad expresó.

—¿Cómo es posible que inventes algo así? ¿Sabes que tarde o temprano tendrás que bailar con algún caballero, verdad…? ¿Qué piensas hacer cuando eso ocurra?

—¡No lo sé! —alzó los hombros y marchó a otro lado mientras su prima la seguía—. He estado pensando que el primer hombre que me agrade a la vista será con el que inicie el baile. Aunque sé de ante mano que eso no sucederá pronto. ¿No te parece acertada mi decisión?

—Por mí está bien —aunque no lo creyó.

No paraban de sonreírse mientras andaban por el salón, y con el paso de los minutos las propuestas iban en aumento; Joanna había recibido varias invitaciones, sin embargo, había manifestado a los caballeros que hasta que su prima no lo hiciera ella no iniciaría con el suyo, pues, no pretendía dejarla sola ya que sabía perfectamente que se pondría más ansiosa de lo que estaba y no quería que sucediera eso.

En aquel momento Alfred se acercó para saludar e Irene lo descubrió a la distancia. Joanna había sido la causante de aquello ya que Alfred le reveló que deseaba acompañarla y como el chico había insistido demasiado no tuvo más remedio que hacerlo.

—Es bueno volver a verla, señorita Irene —Expresó finalmente el joven.

—Lo mismo digo, Sir Hunter —reveló con la mayor sinceridad—. Me es muy grato ver una cara conocida por aquí, ¿sabe?

—¿Me permite esta pieza?

—Me disculpo, Sir Hunter, pero ya está reservado para otra persona. Y si usted aún lo desea será después del sexto.

—¡Claro que sí, señorita Irene! Con gusto esperaré mi turno.

Joanna pensó que tal vez danzaría con su amigo, pero fue tremenda su decepción al ver que lo rechazaba de igual manera que a los demás. Se impacientó cuando un joven que le agradó a la vista la invitó a bailar y ella se había negado. En verdad, ella tenía ganas de iniciar con su baile más sin en cambio tendría que esperar pacientemente a que Irene tomara la iniciativa.

Capítulo 9

9

¿Qué te sucede?

(A Heavy Heart- Anthony Greninger)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Un joven apuesto llegó tarde a la celebración. De inmediato buscó a los anfitriones de la velada y lo saludó con cortesía. Sin aguardar a más, se disculpó con ellos ya que deseaba charlar cómodamente con un invitado que al parecer se encontraba dentro del recinto.

Con paso firme se encaminó directo a la terraza principal en dónde Sir Miller había indicado que se hallaba aquel hombre. Buscó entre varios hombres al comandante Brenguth y finalmente lo halló entre un grupo de soldados. Lo saludó y charlaron cortamente.

Había dado solo con él para informar qué el día de mañana lo vería en las oficinas del puerto y no en su villa tal cual como habían acordado. El comandante agradeció que se tomara esa molestia y enseguida lo invitó a beber con su grupo, sin embargo, Ainsworth se negó hábilmente. Advirtió cordialmente que estaban aguardando por él en el salón principal y se despidió sereno e ingresó al interior de la casa. Cogió una bebida que le ofreció un mesero y miró en el interior del salón para ver si percibía alguien conocido. A pesar de ello, no descubrió a nadie que reconociera a simple vista ya que los anfitriones venían de fuera y por tal motivo ninguna cara le resultaba familiar.

De repente escuchó a lo lejos risitas y susurros de un grupo de señoritas que no apartaban su vista de él. Con galantería reveló una pequeña sonrisa en el rostro ya que sabía perfectamente que las damas tenían ganas de que alguien la sacara a bailar y que lo habían elegido como candidato. Pero él no deseaba hacerlo por el momento así que marchó a otra parte. No fue hasta que ingresó en el gran salón su primer oficial

Peter y lo descubrió a la distancia.

—¡Querido muchacho! —un hombre pasado en años, de porte elegante, cabello grisáceo, nariz respingada y de mirada rendida se aproximó a él—. ¡Qué gusto me da!

—Pensé que no llegarías a tiempo. —manifestó Ainsworth con tal formalidad que cuando saludó hizo una corta reverencia.

—La verdad, me tenían entretenidos unos amigos cercanos... —agregó mientras soltaba un golpe—. ¿Recuerdas a Phaterson?

—Sí —rectificó Ainsworth mientras rotaba el hombro—, si lo recuerdo —dándole otro sorbo a la bebida—. Si no me equivoco, es aquel tipo que nos vendió bebidas adulteradas hace un par de años, ¿no es así?

—Efectivamente —sonrió—. Me alegra que lo recuerdes... Ahora el hombre quiere hacer transacciones con nosotros ofreciéndonos tabaco.

Ainsworth se sorprendió de lo que escuchaba. ¿Acaso no sabía Phaterson que él poseía plantaciones de tabaco en América y que no le hacía falta tal trato?

—Me temo que no podemos hacer negociaciones con él, amigo mío. —manifestó con descontento—. Pero tal vez mi hermano desee hacerlo y es probable que requiera su mercancía. De cualquier forma, se lo haré saber.

Peter al instante reveló que algunos marineros habían descargado mercancía en un lugar que no correspondía y que, después de verificarlo él les ordenó regresarla ya que sería descargada en otro puerto. Ainsworth siguió escuchando sus palabras, pero sin poner completamente atención de ello. Este miró cómo se mantenía distante de la conversación y sin más ni más se atrevió a indagar.

—¿Qué te sucede, Ainsworth?

Él volvió el rostro.

—¿Qué me sucede…? ¿A qué te refieres?

—Sí —finalmente agregó—. Me han informado que en estos últimos días no te han visto pisar las oficinas del puerto. Que has reprogramado una gran cantidad de citas con nuestros compradores y que a veces también es difícil hallarte por **Athenaeum Club**. Dime, muchacho…, ¿qué ocurre

contigo?

—Nada… nada en particular —Reveló sin dudar—. Solo que he estado usando ese valioso tiempo para hallar a una chica.

Peter no creía lo que acababa de escuchar. Ainsworth no era de aquellos hombres que dejaban todo por ir tras las faldas de una mujer.

—¿Es una broma…, verdad?

—No —lo dijo seguro—, no estoy bromeando. Hablo en serio.

—¡No puedes hablar así! ¡Pero qué ocurrencia la tuya, hombre! Me dejas anonadado. —incrédulo meneó la cabeza en total desaprobación—. Es increíble que tú a esta altura estés buscando a una mujer.

Él joven volvió el rostro para mostrarle su enfado.

—No es como tú lo imaginas —afirmó mientras fruncía el entrecejo—. Esta chica es muy especial y diferente a cualquier otra que yo haya conocido.

—¿En serio?

—Sí —sonrió—… Tiene una mirada extraordinaria y lo único que quiero de ella es saber su nombre.

Peter hizo una mueca, y lanzando una mirada desdeñosa expresó.

—¡Claro…! ¡Sólo su nombre!

Ainsworth lo miró con desdén mientras terminaba de beber de su copa.

—¡Aún sigo siendo soltero, mi querido amigo…! Y si me disculpas —inclinó el rostro—… iré por otra bebida.

Se despidió de él elevando la copa y se encaminó hacia una mesa de bebidas para coger otra de ellas. Peter salió por una puerta y se condujo con los anfitriones. El joven se encaminó a otra sala en donde no sería molestado por su primer oficial. Estando en aquel sitio echó un vistazo a su alrededor. Con simpatía notó que un grupo de caballeros ansiosos y revoltosos merodeaban a un par de señoritas no muy lejos de ahí. Se intrigó al ver tanto hombre concurrido así que se acercó solo un poco para averiguar de qué se trataba. Al parecer aquellos caballeros aguardaban impacientes su turno para danzar con las excelsas damas y que tenían a más de uno embobado. Entonces buscó una posición más cómoda para saber si la espera valdría la pena y, de ser así, sería uno más en la tan

extensa y laborada fila.

Capítulo 10

10

Me permite

(Smoke gets in your Eyes -Instrumental)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar la lectura.

No movió ni un centímetro de su norme cuerpo cuando posó la mirada en la joven de cabello oscuro. De lejos se veía radiante, así que Ainsworth buscó una posición más cómoda para poder apreciarla a detalle.

En cuanto posó su mirada en sus ojos, se quedó absorto…

Era inconcebible que se topara con aquella chica por la que todas las mañanas preguntaba en el centro de Londres. Y lo más improbable aún… que aquella dama, era sin lugar a dudas la misma mujer hermosa que había visto a orillas del lago.

Excitado contempló su silueta, no creía lo que sus ojos distinguían. Enseguida dejó la copa en la mesa y se condujo a ella.

Irene seguía discutiendo con los caballeros que insistían en sacarla a bailar y que no pretendían apartarse de su lado. En ese momento sintió una mirada penetrante y en cuanto alzó la vista para saber de quién se trataba se percató de él.

Un hombre alto y apuesto se venía aproximando.

Se quedó anonadada al descubrir que era el mismo caballero con el que se había topado cerca del lago… No cabía duda… Era él; el mismo tono de piel, la misma altura, el cabello de puntas doradas sujetado en forma de coleta. Llevaba puesto un traje tipo frac color negro que se moldeaba perfectamente a su escultural cuerpo.

Le venía sonriendo desde lejos porque estaba incrédulo a lo que sus ojos admiraban. Había creído que aquella señorita que había visto en el lago

había sido una alucinación suya ya que la noche anterior había bebido demasiado y la resaca hacía que le doliera la cabeza. Por tal motivo, no podía distinguir lo real de lo irreal. Había imaginado que pudo haberse tratado de una confusión de su parte cuando nuevamente volvió a topar con ella por Londres.

Irene se llenó de nerviosismo. No se atrevió a soltar una palabra y ni siquiera respiró. Él, apartó a los caballeros que la rodeaban y cogiendo su mano con suavidad la llevó a los labios para besar. Lleno de regocijo mantuvo una encantadora sonrisa en su boca pues se sentía extasiado de felicidad por haberla hallado.

—Señorita —se le oyó decir—, ¿me permite?

Irene no lo podía creer. Sus labios enmudecieron en el mismo instante que sujetó su mano. Ainsworth sin tardar, la atrajo suavemente ante sí y la apartó del grupo para encaminarla hacia la pista. En el centro del salón, y con la mirada de los invitados puestos en ellos, tomó posición. Colocó su poderosa mano sobre su delgada espalda y cogiendo la otra con mucha elegancia comenzó a girar. Irene se sentía sumamente feliz, no dejaba de maravillarse con sus inmensos ojos marrones y claro que no podía. Parecía un sueño echo verdad.

Sir Ainsworth mostró su gran habilidad para el baile cuando la hizo girar por toda la pista y con suaves movimientos hechizantes. La chica en sus brazos se sentía ligera, sentía que todo confabulaba a su alrededor e imaginó que todo estaba prefabricado para ella. Los concurrentes miraban extasiados cómo la pareja concordaba en cada uno de sus movimientos.

Ainsworth miró fijamente sus encantadores ojos y mantuvo serenidad. De inmediato escudriñó cada parte de su rostro con mucho detenimiento para hallar el más pequeño detalle y que pretendía guardar para siempre en su memoria. Irene se percató de su acto, y acto seguido soltó una risita. Él, sin dudar, hizo lo mismo. Antes de terminar la pieza la giró tres veces, la cogió por el talle y la inclinó un poco. Esta vez, lanzó una mirada acechadora, anhelando tocar sus labios con su propia boca para poder perderse en ella... Irene lo hubiese permitido si así fuera, sin embargo, el caballero la elevó, agradeció la pieza y la encaminó a su compañera. Al depositarla en su grupo le besó nuevamente la mano, le dirigió una mirada de satisfacción y le sonrió por última vez. Dio tres pasos suaves hacia atrás e hizo una corta reverencia para después girar y perderse entre la multitud.

Irene seguía extasiada de felicidad y llevándose la mano al pecho sintió cómo su corazón palpitaba. Alcanzó a distinguir a lo lejos como se alejaba sereno y en el instante en la que los demás caballeros que tenía a su alrededor comenzaban a solicitar su pieza. En cantada bailó con cada uno

de ellos, pero siempre llevando a su mente el recuerdo del primero.

Transcurrieron las horas y todos y cada uno de ellos danzaron con la dama. Joanna hacía lo mismo con cada hombre que le solicitaba un baile. Mientras danzaba miró de reojo a su prima y notó lo feliz y radiante que se hallaba. Sabía que se la estaba pasando más que bien.

Al llegar a casa después de medianoche, Irene evocó su primer baile. Qué joven tan apuesto había conocido…, y mejor aún, que lo había vuelto a ver a pesar de la distancia. Le intrigó que no le solicitara otra pieza más y recordó cómo lo había buscado de reojo por todos los salones sin poder hallarlo en ninguno de ellos.

Se acostó en su cama algodonosa con la única ilusión de toparse con él en las próximas veladas. Solo esperaba haberle causado una buena impresión para que a la larga pudiese cortejarla. Se reía de sus propios pensamientos insanos, sabía perfectamente que se estaba precipitando. Sentía cosquillas en el alma de solo pensar en eso. Tal vez era muy impetuoso de su parte imaginar de esa manera cuando aún no conocía ni su nombre, pero estaba dispuesta averiguarlo si es que lo volviese advertir.

Se durmió con la idea de que esta vez, había encontrado al joven adecuado y que, haría todo lo que fuera necesario para conquistarle.

Capítulo 11

11

Jovial

(L´Invierno Winter Largo-Antonio vivaldi)

(Anticipation- Secret Garden)3 rep.

Presione la imagen para escucha la música y ambientar su lectura.

Irene despertó esa mañana con una gran sonrisa en los labios. Se duchó como de costumbre y bajó para almorzar con la familia. Shannon aguardaba por ella en el comedor principal y junto con su hermana Rebecca. Habían notado lo bien que se la había pasado en la velada anterior y no paraban de cotillear sobre ello. Irene muy feliz se presentó, se posó jovial en el marco del salón y revelando a la vez su encantadora sonrisa.

—¡Querida —la tía Rebecca la descubrió—, pasa, toma asiento por favor! —No apartó en ningún momento la mirada mientras la joven se acercaba y tomaba asiento—. Dime… ¿cómo te fue en la velada? ¿Te divertiste?

—¡Demasiado, tía, gracias por preguntar!

—¡Qué bien, querida!, me alegro tanto por ti. Entonces… debo imaginar que asistirás a los próximos bailes, ¿verdad?

—Sin lugar a duda.

Su madre notó lo contenta que se hallaba y se atrevió a indagar.

—¿Te importaría si solicito a tu prima que en adelante sea ella la que te acompañe en séquito con su tía Beatriz?. Ya que preferiría visitar algunos parientes que no he tenido el gusto de ver en un par de años. Pero si

deseas que sea yo, con gusto iré contigo.

—No te preocupes, madre —reveló—, con la compañía de Joanna y su tía Beatriz bastará. Quiero evitarte esa gran molestia.

—¡Oh, no, hija mía, para nada! Nunca será una molestia y lo sabes… —cogió su mano— ¡Me alegra tanto que te hayas divertido!, ¿sabes que me quitas un gran peso de encima?

—Lo sé… —sonrió.

—Entonces, come algo que te hará falta.

Irene almorzó tranquila y al terminar salió al jardín que se descubría en la parte posterior de la casa. Se dio cuenta de que no había espacios abiertos como para salir a cabalgar y no en la forma en la que estaba acostumbrada. Así que decidió leer un poco… Tomó pues uno de los libros de la biblioteca de la tía Rebeca y se sentó en una banquita de madera que se hallaba debajo de un árbol. Ahí, dio comienzo con su lectura. Minutos más tarde se aproximó Maiwen para ofrecer un poco de refresco e Irene lo aceptó y esperó. En cuanto se lo colocó entre sus manos la cuestionó con respecto a la velada de anoche. Irene le manifestó todo con respecto al joven que la había sacado a bailar, no le mencionó que ya lo había visto por los alrededores de Basingstoke, pero sí todo lo demás.

—¡Oh, Maiwen!, ¡si tú supieras, qué bien danzaba! ¡Podría hacerme sentir que estaba en el mismísimo cielo!

—¡Tan impresionada te dejó!

—¡No solo eso, me dejó atónita! Eso es raro en mí, ¿no te parece? ¿Crees que signifique algo?

—Puede ser... —se alegró.

Se sonrojó cuando lo describió físicamente. Maiwen se emocionaba junto con ella y cogía sus manos con alegría.

—¿Cuándo será tu próximo baile? —No dudó en cuestionar.

—Será el próximo fin de semana.

—¿Y estás preparada?

—¡Más que lista!

Para el siguiente fin de semana Joanna llegó en séquito con la tía Beatriz a *Winehause*. Como siempre Irene lucía espectacular y ella se lo hizo saber. Abordaron el coche y se dirigieron a la mansión en donde se llevaría a cabo la celebración. Irene esperaba tener suerte para toparse con él ahí, y aunque se sentía inquieta y deseosa intentó no revelarlo en su rostro. Posiblemente no se presentaría, pero albergaba alguna esperanza en su corazón.

Al llegar a la mansión se apresuraron a ingresar en el salón principal. Ilusionada lo buscó con la mirada, sin embargo, no lo halló. Entonces decidió pasearse por toda la casa para ver si lo advertía por alguna otra habitación, pero no tuvo suerte. Cuando había transcurrido ya más de media hora ella, aún no había dado inicio con su baile, pues estaba reservando su primera pieza para él. Dejó que su prima comenzara con el suyo ya que en el carruaje se lo había mencionado. Le había hecho saber que no deseaba que la esperara si ella tenía el deseo de bailar y si contaba con candidatos para hacerlo mucho mejor.

Joanna después de un rato y al descubrir que Irene seguía aguardando impaciente se aproximó a ella para hacerle saber que al término de la pieza la acompañaría a dar una vuelta más por el salón para ver si lo advertían. Irene sonrió y aceptó con gusto.

Mientras Joanna se hallaba danzando Irene conversaba con Sir Hunter que había llegado no hace más de quince minutos. Sabía que si no se presentaba el caballero él sería elegido para su primer baile.

—Señorita Irene —se escuchó una voz ronca—. ¡Qué sorpresa!

Irene se giró excitada.

—¡Sir Steel! —Hizo una pequeña inclinación y nuevamente mantuvo la calma.
—Me llegó la noticia que estaría presente en esta velada, y no sabe cuánto se lo agradezco.

Irene sabía que Joanna había sido la causante de tal acto.

—No me agradezca, Sir Steel. Es un gusto para mí el verlo de nuevo.

—¡Me permite esta pieza, señorita?

—Disculpa, amigo —Refutó Alfred—, pero tendrás que aguardar porque el segundo baile es para mí, y como veo, tendrás que esperar hasta que

llegue tu turno.

—¿Pero, cómo? ¿Acaso ya están reservados?

—Así es. —agregó orgullosos—. Deberías de haber llegado con anticipación para tener la suerte que he cogido yo.

—¡Eso ya lo veremos…!

Irene miraba cómo los amigos de Joanna discutían entre sí para saber quién sería el primero en danzar con ella, y mientras esto sucedía, ella estaba perdiendo toda esperanza, pues el hombre a quien estaba aguardando aún no se presentaba. En el momento en el que contemplaba ese par de caballeros venía a su mente la imagen de aquel hombre. De repente y de la nada sintió que alguien cogía su antebrazo con suavidad y giró para ver de quién se trataba. Efectivamente era él… Sir Ainsworth reveló su gran sonrisa y acto seguido le besó la mano. La acercó a la pista con sutileza y mientras lo hacía, habló para pedir su consentimiento de danzar con ella. Irene sonrió y aceptó con gusto. Se dijo así misma que aquel hombre era muy atrevido al tomar la iniciativa. Supuso que jamás le habían dicho que no y ella tampoco lo haría. Mientras bailaban, nuevamente Irene sintió cosquillas en el pecho. Pensó que tal vez era la propia emoción de volverlo a ver, o quizá se debía a que podía sentir el calor de su mano posarse sobre su espalda lo que provocaba en ella aquella sensación.

Guardaron silencio mientras danzaban y solo para disfrutar la compañía uno del otro. Al terminar la pieza el joven la retornó con su grupo y nuevamente hizo una reverencia para después apartarse de su lado.

Minutos más tarde Irene lo descubrió junto a un grupo de caballeros ya mayores cuando se mantenía en los brazos de Hunter. Cuando terminó de bailar giró para ver si aún se percibía en el salón y se percató de que ya no estaba donde lo había visualizado por última vez.

Volaron las horas e Irene danzó toda la noche, pero solo una pieza con aquel caballero. Al término de la velada Irene reveló a su prima que estaba contenta de haberlo visto, pero, por la emoción no conversó con él. Joanna mencionó que el día de mañana abría otro baile y sería posible verlo ahí. Irene se emocionó y esperó impacientemente.

La siguiente noche cuando ingresó en el salón de baile con su prima, se percató de que había muchísimos hombres y pocas doncellas presentes. En cuanto los caballeros advirtieron sus figuras se apresuraron a pedir una pieza. Irene sonrió amablemente a cada uno de ellos e indicó que apetecía

primero tomar una bebida y que, al término, comenzaría con el baile.

En cuanto se aproximó a la mesa de bebidas e intentó llevarse la copa a los labios para dar el primer sorbo al líquido rosado, sintió cómo nuevamente alguien cogía su mano. Irene imaginó quién sería y en cuanto miró su rostro extendió su copa alegre para que su prima la cogiera mientras ella se alejaba con el caballero.

Ainsworth le besó lentamente su mano y poco a poco la encaminó al salón principal. Deseaba más que nada danzar con ella y dio el primer paso, sin embargo, Irene se mantuvo quieta y no movió ni un músculo. Él la miró incrédulo mientras ambos se mantenían inmóviles en el centro de la pista cuando las demás parejas habían comenzado a danzar.

—Disculpe mi atrevimiento —llamó su atención—. ¿Pero… cuál es su nombre?

Ainsworth sonrió. Sabía perfectamente quién era ella ya que había hecho indagaciones la noche anterior…

<<—Disculpen caballeros —llamó la atención a un par de hombres—, ¿conocen a la dama con la que momentos antes dancé? Noté que nos observaban.

Uno de ellos se animó a responder.

—Mmmm… Me parece que es hija del Señor Black.

—Sí, es ella —Respondió otro—. La señorita Irene Black. Hace poco más de dos años que no la veía por aquí, y es un milagro que se dé a notar.

—¿Está usted seguro? —cuestionó Ainsworth incrédulo—. ¿No la estará confundiendo?

—¡Oh, no, caballero, de ninguna manera! —Aseguró el hombre—. Esa chica es inconfundible… Si no mal recuerdo —entrecerró los ojos— la última vez que la vi fue en su presentación allá en Basingstoke y hace un par de primaveras porque no suele darse a notar en público. Aunque claro, en ocasiones sale de cacería con su padre y otras más se le ve acompañada de su hermano Julius o de algún escolta que al parecer le ayuda a evitar el contacto con otros hombres —reveló—. Hace tiempo mi hijo trató de cortejarla sabe, pero ella lo rechazó sin mirarlo, aunque debo añadir que mi hijo es muy atractivo como para ser rechazado de esa manera.

—Es una joven muy reservada —enfatizó el amigo antes de que su compañero variara de tema y revelara su inquietud—. Jamás le he conocido pretendiente alguno o quizá sea que la señorita ya se animó a buscar marido. ¡El que se case con ella será muy afortunado!, ¿no le parece?

Ambos caballeros se alegraron entre sí y continuaron con su charla, mientras que Ainsworth se despidió de ellos amablemente. Con discreción se marchó del lugar y por la mañana había mandado averiguar todo sobre ella. Nunca reveló su nombre y por tal motivo y sin titubear respondió.>>

—Perdone mi torpeza, señorita —Hizo una inclinación—. Yo soy Sir Ainsworth, ¿desea bailar conmigo?

Irene sonrió y fue ella quien dio el primer paso. Danzaron elegantemente como era la costumbre del caballero y en cuanto terminó Sir Hunter se acercó para pedir la siguiente pieza. Irene aceptó con gusto y se quedó en la pista esperando la siguiente tonada.

Ainsworth maravillado la contempló desde lejos, sin embargo, en cuanto advirtió la presencia de una dama salió discretamente del salón y entre el barullo de la multitud. Una puerta que daba al jardín posterior de la casa fue su llave de escape. Pero antes de salir, la observó detenidamente y se llenó de ella. Se molestó consigo mismo por no poder decirle adiós, pero no podía esperar más si aquella chica se había hecho presente lo notara. En la oscuridad de la noche su silueta se perdió mientras aquella joven dama lo buscaba. Poco tiempo después Irene escudriñó por todo el salón, pero jamás lo llego a ver. Al menos sabía cuál era su nombre y eso, fue lo único que la animó.

Capítulo 12

12

No puede ser verdad

(Salut d´amour —Daniel Hope)2 rep.

(The promise - Secret Garden)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Con mucho entusiasmo Joanna y en compañía de la bella Irene se condujeron ansiosas a su próximo baile. Se hallaban deslumbrantes para la velada que ningún hombre dudaría en mirarlas; Joanna portaba un hermoso vestido plateado que acentuaba su pecho, mientras que Irene llevaba puesto un vestido dorado con pequeñas decoraciones en un tono rojizo sobre el escote bajo. Sabía que con un atuendo así, no dudaría Sir Ainsworth en saber que le interesaba.

En cuanto descendió del carruaje lo descubrió, sintió emoción al contemplarlo de pie en la entrada principal y con una inmensa sonrisa en los labiosa e Ireneximo encuentro y sombargo,ros. Irene sin dudar se encaminó. El joven de inmediato hizo una reverencia y le besó la mano como era su costumbre. Después, la instaló en su brazo y la llevó consigo al salón principal. Con impaciencia comenzaron a danzar. Irene se perdía entre sus ojos que revelaban a su vez su inmensa alegría. Aunque ella aguardaba que el joven hablara no salió palabra alguna mientras danzaban. Así que se atrevió a indagar.

—Y dígame, Sir Ainsworth. —mostró una sonrisa— ¿De dónde es?

Ainsworth la miró sorprendido y guardó silencio porque no deseaba atender sus dudas, sin embargo, se atrevió a decir:

—Señorita. No soy de aquí y ni de allá, y no tengo un lugar específico al cual poder dirigirme. Mas permítame declarar que llevo poco tiempo residiendo aquí y es debido a los negocios que me atañen.

—Eso quiere decir que no es de aquí.

—Así lo parece.

—Entonces —nuevamente indagó—. ¿En donde nació?

No deseaba revelar de dónde era ya que estaba seguro que averiguaría todo sobre él y no pretendía que fuese de su conocimiento. No obstante, no podía mentir.

—Nací en Bournemouth.

Fue lo único que logró articular debido a que la canción había terminado. Con suavidad la condujo a su compañera y le agradeció la pieza. Esta se perdió en sus ojos cuando escuchó atenta su petición.

—¿Me concede en un momento más otra pieza?

—¡Por supuesto!

Irene bailó con otro caballero esperando poder volver hacerlo con él. En cuanto terminó el joven se aproximó en ipso facto sin esperar a que la dama saliera de la pista, y nuevamente elevó su mano y danzó con ella. Esta vez permanecieron callados disfrutando de la compañía y de la música que los inspiraba. Al término de la pieza agradeció su compañía y cuestionó.

—¿Le gustaría beber algo?

—Claro —afirmó ansiosa—. Me encantaría.

Ainsworth feliz elevó la mano y mandó llamar al instante a uno de los meseros que portaba bebidas en una charola. Cogió un par de copas y le ofreció una a su acompañante.

—Pruebe esto y os aseguro que no se arrepentirá.

Irene extendió la mano y la cogió. La llevó a los labios para darle un primer sorbo y se percató de que verdaderamente era delicioso.

—¡Exquisito! —exclamó la chica—. ¿Cómo lo supo?

—Soy su proveedor de bebidas —refirió orgulloso—. La he traído desde Grecia en una de mis embarcaciones que llegó justamente este fin de semana.

—Interesante —agregó—… ¡Debí imaginar!

Ainsworth le sonrió antes de comenzar a beber de su copa mientras Irene lo miraba encantada. La joven supuso que aquel hombre era mercante o quizá algún capitán naval que había surcado los mares ya que su piel se descubría espléndidamente bronceada.

—Irene —llamó Joanna—, iré a tomar aire fresco. ¿Te gustaría acompañarme?

Ella no deseaba escoltarla porque sabía que si se apartaba de su lado lo perdería de vista y tal vez no lo volvería a ver durante toda la velada.

—Por el momento no, querida prima, tal vez más adelante.

Joanna le sonrió y se despidió de ambos, dio media vuelta y se marchó. Irene volvió la mirada y lo descubrió tan gallardo que nuevamente sintió un cosquilleo en el alma. El hombre nuevamente la invitó a danzar y ella aceptó encantada.

Se hallaba en la pista de baile tan alegre y tan jovial que su alegría no cabía en su propio pecho. Tenía todo lo que en ese momento anhelaba. De repente, una señora alta y delgada ingresó en la fiesta. Era la Señora Miller que venía acompañada con su hija Elizabeth. Miraban con altanería y de reojo por el gran salón para hallar a una persona que estaban seguras estaría presente en la velada. Fue tremenda la sorpresa cuando lo descubrieron en el centro de la pista y danzando con bastante gracia. El hombre sonreía incansable y giraba a la joven con pasión sobre toda la pista. Fue en ese momento que Elizabeth, atónita, volvió la mirada a su madre. Ambas se quedaron boquiabiertas ya que el hombre que buscaban se hallaba en brazos de la propia Irene.

—¡Madre! —Elizabeth enarcó una ceja con desesperación—. ¡Mira!

—Sí, cariño. Lo he notado —palpó su mano—… Tranquila… Yo lo arreglo.

Georgia poco a poco se fue encaminando y cuando el último sonido armonioso dejó de sonar se aproximó con su hija al centro de la pista.

—Sir Ainsworth —se le escuchó decir—. ¡Qué gusto de verlo nuevamente!

Ainsworth giró y su sonrisa se desvaneció. Nunca imaginó toparse con ellas por ahí. Aun así, hizo una reverencia solemne sin mostrar su inquietud.

—¿Podría sacarme a bailar, Sir Ainsworth? — Elizabeth se aventuró a solicitar.

—Con todo gusto, señorita.

Irene agradeció la pieza y se apartó de su lado para situarse junto a una ventana. En cuanto sonó la música el joven cogió a Elizabeth por el talle y giró con ella. Georgia miraba orgullosa a la joven pareja y en cuanto su mirada topó con la silueta de Irene se condujo a ella.

—Señorita Black. —Expresó pomposa.

—Señora Miller.

Irene no apartaba su mirada del encantador caballero, ya que esperaba con ansias a que concluyera su baile para charlar otro poco y danzar con él.

—¡No creé que bailan divino! —Exclamó Georgia.

—En efecto —rectificó Irene—. ¡Lo hace maravillosamente!

Georgia miró airosa a su hija y al hombre con quien disfrutaba del baile.

—¿No sabía que conocía al Vizconde? —Reveló por fin.

Irene giró el rostro.

—Perdón… ¿A quién se refiere?

—¡Claro, querida! —elevó una ceja—. Hablo de Alexandre Ainsworth… El prometido de mi hija Elizabeth, el hombre con el que está danzando ahora mismo.

Irene enmudeció y volvió la mirada a la pista.

—Están prometidos desde su nacimiento —declaró airosa—. Mi hija Elizabeth está fascinada con él y esperamos que pronto sea anunciado su compromiso, ya que Alexandre nos ha hecho saber que aguardará un tiempo más y hasta que se concrete cierto negocio que lo mantiene apartado de su deber. Pero en cuanto termine con las negociaciones se casarán de inmediato.

Irene se sintió derrumbada, era algo que jamás creyó escuchar. El joven a quien ella pretendía estaba ya prometido a alguien más. En ese instante su mundo se le vino abajo. Trajo a su mente viejos recuerdos y eso la derrumbó. La misma historia que había ocurrido hace tiempo se estaba

volviendo a repetir.

Alexandre miró cómo Georgia charlaba con Irene y supuso lo que le podría estar revelando. Aunque quería evitar ese diálogo entre ambas mujeres sabía que eso sería inevitable. Contempló por un instante el rostro de la joven dama y lo notó inexpresivo.

Irene estaba a punto de llorar, pero antes de que brotaran las primeras lágrimas de sus verdes y cristalinos ojos se despidió de ella.

—Discúlpeme, señora Miller… Pero… no me siento nada bien, con su permiso…

—Adelante, querida —Sabía que lo que había revelado la apartaría de él—. Ve con cuidado y saluda de mi parte a la señora Black.

Irene abandonó su lugar y se apartó de su lado. Cruzó el gran salón y entre el bullicio de gente se condujo desolada. Al pasar por el pasillo principal se tropezó con su prima Joanna que en cuanto la vio no dudó en cuestionar.

—¡Irene! ¿A dónde vas?

Irene volvió su rostro abatido y cubierto de lágrimas que estaban brotando incesantemente de sus hermosos ojos.

—Debo regresar a Winehause.. No puedo permanecer más tiempo aquí.

—¿Qué has dicho? —preguntó desconcertada.

—¡Lo siento, Joanna!

Salió presurosa del lugar y montó su carruaje. No se dio ni cuenta de que su prima venía tras de ella cuando este partió.

Dentro del carruaje, Irene comenzó a llorar. Se cubrió la boca con ambas manos porque se negaba a creer que le estaba volviendo a ocurrir la misma historia. Al llegar, subió por la escalinata y entró velozmente por la puerta para dirigirse a su alcoba. Sin embargo, por el vestíbulo se topó con Maiwen quien aguardaba pacientemente por ella y escuchar de sus labios lo que había acontecido en su velada.

—¡Señorita Irene! —exclamó asustada—. ¿Qué sucede?

Irene pasó de largo, no sin antes dejarle apreciar su rostro abatido y cubierto de lágrimas. Con decisión montó escaleras arriba y se dirigió a su alcoba, y ahí, sin temor de nada continuó llorando. Maiwen sorprendida se introdujo en la habitación para ver qué le sucedía a su dama. Pero Irene

guardó silencio cuando se cubrió su rostro con un pañuelo. En ese preciso instante irrumpió Joanna. Había tomado otro carruaje cuando Irene partió desolada, se percató de que algo había salido mal y por tal motivo no dudó en dirigirse.

—¡Irene! —exclamó—. ¿qué sucede, querida? ¿Qué ocurrió?

Irene se postró en cama sollozando con todas sus fuerzas cuando Joanna la inquirió. No lo dudó la joven y elevó su bello rostro abatido para mirarla de frente. Se conmovió al verla tan triste y la abrazó de inmediato. Maiwen, que se hallaba con ellas la miró desde lejos angustiada. Joanna volvió la mirada a la doncella y le pidió de favor que le trajese una taza de té para tranquilizar a su dama. Maiwen afirmó con la cabeza y enseguida marchó de la habitación. En cuanto subió con taza en mano se la ofreció. Irene seguía sollozando en el momento en que le dio el primer sorbo.

—¡Ya…! ¡Dime! —Joanna sutilmente indagó—. ¿Qué sucedió? ¿Es por Ainsworth…? ¿Te hizo algo…?

Irene tomó fuerza para elevar el rostro y mostrar su cara.

—Ainsworth —Reveló finalmente— Es el prometido de Elizabeth… y se van a casar pronto.

Nuevamente se echó a llorar. Joanna la abrazó con pesadumbre y consoló a su prima. Sabía cuánto le gustaba aquel hombre ya que esa noche había revelado que pretendía hacer todo lo que fuera necesario para seducir al caballero e impulsar a que manifestara sus sentimientos hacia ella. Ahora, sabía que eso no sería posible.

—¡Deja de llorar! —Exclamó Joanna— No vale la pena desperdiciar una lágrima más por él. Hay, muchos caballeros esperando por ti y no sirve de nada que te acongojes por ese canalla.

Pero Irene seguía llorando. No había palabras en el mundo que consolaran su abatido y roto corazón.

—¿Por qué no se elegir bien…? —Declaró—. ¿Por qué me vuelve a ocurrir esto?

Joanna se sorprendió con aquella aseveración. Y frunciendo el entrecejo la cuestionó.

—¿A qué te refieres con volverte a ocurrir?

Irene remembró que no le había mencionado nada de lo que le había acontecido en su vida amorosa y por tanto no estaba enterada del asunto. Así que nuevamente se echó a llorar. Joanna prefirió guardar silencio para

volverse su paño de lágrimas. Deseaba que se desahogara de todas sus penas y basaría su corazón de tanto dolor. No la cuestionó más. permaneció a su lado hasta que Irene finalmente se cansó y cayó en sueño.

Capítulo 13

13

Parece que fue ayer

(Poeme- Secret Garden violín y piano)

(Sortie- Secret Garden Violín y piano) 4 rep.

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su letura.

Esa mañana Irene se alzó desde el alba. Al abrir los ojos con pesadumbre descubrió al instante reposar tranquila en una silla a su dama y junto a su cama. Imaginó que se había quedado en vela toda la noche y por tal motivo no quiso despertarla. Sin esperar, se instaló la bata y se dirigió hacia la ventana para mirar a través de ella. Contempló indolente la calle y a la servidumbre que desde muy temprano se mantenían en sus labores cotidianas. Giró su bello rostro hacia la derecha y descubrió el vestido que había portado la noche anterior, y que tristemente, reposaba sobre el banquillo rosado. Se acercó a él, palpó los bordados y el encaje suave que simulaba un camino de rosas. Ese detalle ingenuo trajo a su memoria el recuerdo de Joseph...

<<Joseph Evanson era un hombre apuesto que había conocido hace un par de años atrás en casa de la familia Pemberton. Vecina suya y amiga de su querida madre. Estaban celebrando el cumpleaños número quince de su hija Megan cuando Irene lo miró por primera vez.

Se hallaba en el comedor degustando una rebanada de pastel cuando Joseph se acercó.

—¡Está delicioso!, ¿no le parece? —Una voz grave resonó.

Irene alzó la mirada y lo descubrió. Aquella persona era un hombre que no revelaba ser mayor de veinte cuatro años; alto, fuerte y de tez blanca, ojos obscuros, cabello rubio y sumamente varonil. Llevaba puesto un pantalón marrón, botas negras, camisa de ceda blanca, corbata lazo y una chaqueta tipo frac color azul marino. A simple vista parecía un hombre opulento y de buen porte.

—Delicioso. —Respondió.

—¿Me permite…? —señalando una silla.

Irene lo miró. Esos ojos casi negros reflejaban paz y confianza, y por tal motivo aceptó que la acompañara. Joseph tomó asiento y charló abiertamente. Le informó de dónde era y qué hacía ahí. Mencionó que fue invitado por Trevor; hijo de los Pemberton y amigo suyo para la festividad de su hermana ya que el joven deseaba que lo escoltara durante toda la celebración. Sin embargo, este se fue tras de una dama y a él lo dejó divagando. Irene escuchó atenta cada palabra que salía de su boca, y en vista de que ella guardaba silencio Joseph se atrevió a indagar.

—¿Usted, juega ajedrez?

—Sí —respondió secamente—, sí lo hago.

—¿Desearía jugar una partida conmigo?

Irene posó su mirada en él. No atinaba qué era lo que quería con ello, sin embargo, una pequeña sonrisa de su parte le indicó que no había nada que temer así que aceptó su oferta.

—Por supuesto.

Joseph al instante la elevó de su asiento y la encaminó hacia el salón de estudio.

Sobre el escritorio se hallaba el tablero de ajedrez con una partida ya iniciada. Joseph no lo dudó y nuevamente acomodó las piezas e instaló a Irene en una silla para iniciar con la partida. Esa misma tarde varios duelos se llevaron a cabo sobre el tablero e Irene lo venció en cada uno de ellos. Joseph animoso, insistió que le diera la revancha así que Irene lo invitó hacerlo en su domicilio.

Fue el fin de semana siguiente cuando Joseph se presentó antes que el sol se posara en su sitio más alto del cielo. La joven lo recibió gustosa y esa misma tarde caminaron por el jardín. Estando en aquel lugar y bajo el sol de la tarde el joven no dudó en declarar sus verdaderas intenciones y

pidió verla de nuevo. Irene aceptó gustosa.

En la visita posterior, Joseph la acompañó a cabalgar. En cuanto la ayudó montar le hizo saber lo bien que lucía con su traje rojo e Irene se ruborizo. Después de andar por los parajes por un largo tiempo hizo descender de su caballo para posarla bajo la sombra de un árbol. Nuevamente la miró con fascinación, y mientras rosaba su suave mejilla se atrevió a preguntar.

—Señorita Black, ¿ya fue hecha su presentación ante la sociedad?

Irene lo negó haciendo un gento con la cabeza, pues su madre le había hecho saber que esto se llevaría a cabo en cuanto cumpliera dieciocho años, y eso, sucedería dentro de seis meses.

—¡Es una lástima! —Manifestó el hombre.

—¿Por qué lo dice? —Preguntó sorprendida.

—Porque me encantaría sacarla a bailar en su presentación, y en vista de que será dentro de seis meses temo que no podré asistir.

—¡No podrá!

—No, no podré —apartó la mirada—. Tengo asuntos importantes que atender.

Irene se entristeció por las palabras que salían de su boca y esa misma noche habló con su madre para hacerle saber que deseaba hacer su presentación lo antes posible. Shannon afirmó gustosa. Preparó todo para el evento y en menos de un mes todo estaba dispuesto. Joseph dejó de visitarla en ese tiempo ya que le había informado que tendría que retornar a Bentworth para arreglar algunos asuntos familiares que habían quedado pendientes. Irene aguardó fervientemente todo ese tiempo.

La presentación se realizó en Basingstoke, así lo quiso Irene porque lo sugirió Joseph. El joven la persuadió de que era mejor llevarla a cabo en su ciudad natal que tener una presentación ostentosa en la ciudad de Londres como era habitual. Los padres de Irene no se opusieron ya que su villa era lo bastante grande y hermosa como para albergar a una infinidad de invitados.

Ese día Joseph se presentó jubiloso y con un ramo de rosas rojas entre sus fuertes manos que encantada Irene aceptó. Al instante la condujo al jardín y cuando se perdieron entre la maleza le plantó un beso entre sus finos labios… Irene se sintió conmocionada, tres besos fueron suficientes de su parte para sentirse amada. Cuando terminó de procurarle el último, ambos embozaron una sonrisa y aguardaron felices para retornar. Ahí,

dentro del salón de gala bailó con ella toda la noche.

El siguiente fin de semana Joseph hizo su aparición. En cuanto le avisaron de su arribo la joven no tardó en atenderlo, enseguida este le saludó y la invitó a cabalgar. Ella, con mucho entusiasmo aceptó. Se dirigió a su alcoba para colocarse el traje rojo de montar que tanto le había agradado a su enamorado. Se alejó de la villa a su lado y sin su chaperón.

La pareja cabalgó por largas horas y a un ritmo casi lento. Irene posó la mirada en su enamorado y notó frialdad, sabía que algo ocurría en él.

—¿Qué sucede, Joseph? — se atrevió a indagar.

Él volvió la mirada y guardó silencio.

—Querida Irene, —finalmente tomó valor y se dirigió a ella—, tengo algo muy importante que decirte, pero no puedo hacerlo ya que tengo asuntos importantes por atender. ¿Podríamos vernos el día de mañana…?

Irene rebeló una sonrisa. Imaginó que el día de mañana solicitaría su mano en matrimonio y por tal motivo se atrevió a mostrar su alegría. Le hizo saber que con todo gusto aguardaría por él.

Ese día sus padres habían salido temprano, ya que los habían invitado a desayunar el tío Robert y por tal motivo no andarían por ahí.

Irene se hallaba en el recibidor esperando pacientemente el arribo del caballero cuando de repente llamaron a la puerta. Supuso que se trataba de Joseph, así que se alineó el vestido, se acomodó el cabello y se mantuvo serena. Sin embargo, la persona que se anunció no era precisamente él.

—La señorita Beckham —se escuchó de voz de un mayordomo.

Una joven ingresó impaciente al salón. Era una mujer muy hermosa, portaba un vestido azul cielo con encaje blanco, un sombrero claro que dejaba ver su cabello dorado. En cuanto a sus ojos, eran de un tono azul profundo.

Irene la miró, aunque no sabía de quién se trataba fue amable con ella y le ofreció asiento. De inmediato la joven descansó y suspiró después de ello.

—Disculpe, señorita, —Irene comenzó la charla—. ¿quién es usted?

La joven tímidamente declaró.

—Yo soy Angelina Beckham… Y soy la prometida de Joseph.

Fue perturbador lo que escuchó.

—¡Perdón! ¿Qué acaba usted de decir?

—Que yo soy Angelina, la prometida de Joseph —se acercó a ella—… Sé que no sabe quién soy yo, pero si me lo permite os diré.

Irene atónita afirmó con la cabeza.

—Verá —continuó—, conocí a Joseph hace seis meses en mí presentación allá en Londres. Me estuvo cortejando por tres meses más y una noche me pidió que me casara con él, a lo cual y con mucha alegría accedí... Sin embargo, hace una semana mandó una carta para retirar su propuesta de matrimonio. En ella revelaba sin remordimiento que había conocido a otra dama y que ya no deseaba desposarse conmigo —Comenzó a llorar—. El día de ayer me ha informado que se trata de usted y es por tal motivo que he venido a suplicarle a que decline su propuesta de matrimonio, pues sé que vendrá el día de hoy para hacerlo.

—¿Ha dicho usted Joseph? —nuevamente inquirió incrédula.

—Sí… El mismo.

Angelina se acercó a ella y con los ojos cubiertos de lágrimas cogió su mano.

—¡Por favor…! —exclamó—. ¡No deje a mí hijo sin su padre!

—¿Su hijo? —articuló atónita.

—Sí… Verá —llevó un pañuelo a la cara para enjuagar sus lágrimas—. Antes de que todo esto pasara Joseph fue de visita. Dijo que me amaba y que no veía la hora de hacerme su mujer, y yo sin dudarlo me entregué a él. Ahora estoy embarazada y tengo poco más de un mes. Cuando me di cuenta de mi estado fui a visitarlo para informarle que teníamos que casarnos de inmediato. Sin embargo, sus familiares me comunicaron que no se hallaba en Bentworth sino de visita en casa de su amigo Trevor, y es por lo que decidí partir de inmediato... Hace dos días hablé con él. Le informé de mi estado y me ha manifestado que ya no desea nada conmigo. Ayer, nuevamente supliqué, pero me ha confesado que no pretende casarse conmigo puesto que es a usted a quien ama —secó sus lágrimas y con desesperación se dirigió a ella—. ¡He venido a implorar…! ¡Por favor!, decline su propuesta de matrimonio —le tembló los labios—. Si mis padres se enteran de lo que he cometido, me matarán —Nuevamente se echó a llorar e Irene no lo dudó y se acercó a ella para

dar consuelo. En ese momento el mayordomo anunció su llegada.

—El joven Joseph, señorita.

Ambas mujeres posaron su vista en aquel hombre que venía entrando.

—¡Angelina! —Declaró Joseph con sobresalto. Estaba tan sorprendido de su presencia que no pudo articular alguna otra palabra. Y en ese silencio tortuoso se contemplaron los tres, larga y tendidamente.

—Joseph —Irene se apresuró a declarar—, ha venido Angelina para informarme que se van a casar pronto —tragó saliva—. La chica se encuentra sumamente afligida por su situación puesto que había imaginado que el día de hoy pedirías mi mano en matrimonio —Y volvió la mirada a Angelina—. Querida Angelina, estás muy equivocada. Joseph y yo solo somos buenos amigos y sé que se casará contigo tan pronto como sea posible… ¿no es así, Joseph?

Joseph enmudeció. Irene no tardó demasiado y consoló Angelina. Después, la invitó a beber té y la condujo a otro saloncito. Al transcurrir los minutos Angelina se sintió aliviada y no tardó en despedirse de ella. Agradeció la atención recibida y montó su carruaje. Irene se despidió de ambos en la puerta y con una gran sonrisa en los labios. Joseph, después de trepar a Angelina en el carruaje regresó para dialogar con ella en privado.

—Irene —quiso coger su mano—. Déjame explicarte.

Irene se apartó.

—No hay nada que explicar, Joseph —Mostrando siempre una sonrisa en los labios puesto que Angelina los observaba desde lejos—. Eres un patán y no quiero volver a verte en mi vida. Te suplico que no vuelvas a regresar por aquí.

Hizo una inclinación con cortesía y con la mano en el aire se despidió a lo lejos de Angelina. Joseph se apartó tristemente de Irene y montó su carruaje en compañía de la dama.

En cuanto cerró la puerta, se apresuró a ascender por las escaleras y se encerró en su habitación para tirarse a llorar. Con el paso de los meses se enteró que Joseph había contraído matrimonio con Angelina una semana después de su último encuentro. En cuanto llegó la noticia a sus oídos, recordó el tiempo que habían pasado juntos y la amargura la invadió. Se le veía pasear muy triste por la villa y fue precisamente por esas fechas que tomó la decisión de nunca más asistir a los bailes ni saber nada con respeto a los hombres. Se encerró en sus libros y prefirió hacer caminata y montar a caballo que buscar marido. Creyó que podría borrar el

recuerdo de Joseph si se apartaba del mundo y así lo hizo por más de dos años.>>

Maiwen despertó y abrió los ojos para buscar a su doncella sobre la cama. Cuando no la halló en el lecho se incorporó de súbito y fue en su búsqueda. Corrió al comedor para ver si la visualizaba ahí, sin embargo, no tuvo suerte. Escudriñó en la cocina, en el salón principal, en el recibidor y en el salón de estar sin poder hallarla. Entonces cuestionó a una criada que pasaba por ahí y la joven extrañada agregó que la señorita Irene se hallaba en el patio posterior. Maiwen se encaminó al lugar y la descubrió en aquel sitio, de pie, tranquila y mirando hacia la copa de un árbol.

—¡Señorita Irene! —llamó su atención.

Irene giró el rostro y en cuanto descubrió que era Maiwen volvió a tomar la misma posición.

—Señorita Irene —llamó nuevamente—, ¿desea que le traiga un poco de té?

—Sí, Maiwen. Gracias.

Irene sin mirarla respondió.

Maiwen fue a la cocina y preparó una taza. Cuando regresó con ella se dio cuenta de que ya no se hallaba sola, puesto que su prima Joanna estaba a su lado y ambas se mantenían descansando en la banquita de madera. Maiwen se acercó para depositar la taza entre sus manos y se hizo a un lado. Con mucha discreción la contempló desde lejos y notó su amargura.

—Sé porque estás aquí. —manifestó Irene con tristeza.

—Por ti, y lo sabes. —Contestó Joanna.

—¿Sabes por qué me siento tan abatida?

—No…, pero si me cuentas te juro que escucharé atenta.

Irene suspiró largo antes de empezar. Maiwen pensó en retirarse porque quería dejarlas a solas. Sabía que era algo muy personal que ella no debía escuchar, sin embargo, Irene la detuvo.

—Quédate, Maiwen. Quiero que escuches.

Temerosa, Maiwen se aproximó. Tomó un banquito y lo colocó enfrente de ambas, quería escuchar atenta todo lo que tendría que revelar su dama. Irene comenzó su relato describiendo dónde había conocido a Joseph, lo que pasaron juntos y cómo había adelantado su presentación para darle gusto. Les platicó de su primer beso en el jardín y hasta el instante en el que se presentó Angelina para informarle lo de su embarazo. En cómo terminaron las cosas para los tres y en la forma en la que se enteró del matrimonio de ambos. Reveló el motivo por la que dejó de asistir a los eventos sociales y en la manera en la que se topó nuevamente con él hace un poco más de un año. Esa noche Joseph declaró que aún seguía amándola incansablemente y que anhelaba estar a su lado. Irene se negó rotundamente y reveló segura que ella no era mujer con la que se podría compartir la cama. Así que se marchó y por tal motivo no volvió asistir a los eventos de Londres.

Ahora le sucedía lo mismo con Alexandre. Comenzó a atar cavos y alcanzó a entenderlo todo; sabía que no era prudente permanecer a su lado si la noticia del matrimonio de Alexandre estaba en boca de todos.

—¡Soy una estúpida! —se le escuchó decir—. ¡Cómo no me di cuenta! —y sin dudar se echó llorar. Joanna y Maiwen no lo dudaron y se abrazaron a ella para ofrecer consuelo. Cuando Irene se vio más relajada Joanna habló.

—Es mejor saberlo tarde que nunca, querida. Ya no llores… Te prometo que te presentaré algunos caballeros que no estén comprometidos para que no te vuelva ocurrir. Ven —y cogió su mano—, vallamos a comer algo delicioso. Recuerda que; "Barriga llena, corazón contento" Irene soltó una risita mientras que Joanna y Maiwen hicieron lo mismo. Ella se enjuagó las lágrimas, y cogiendo su mano se encaminaron hacia el comedor para saciar el hambre.

Poco tiempo después Joanna se atrevió a revelar.

—Irene, mañana habrá una cena en casa de una querida amiga, y estoy segura que será muy divertida, ¿te gustaría acompañarme?

Irene bajó la mirada porque no quería responder, así que Joanna elevó su rostro e insistió.

—¡Por favor, prima, acompáñame! —dio un par de palmaditas en su mano—. Te prometo que todo estará bien. ¿Quieres…?

Irene la miró. Se dio cuenta de que su prima quería ayudarla y sabía que no podría negarse a ella. Joanna había sido tan buena en esos últimos días que creyó prudente no defraudarla.

—Está bien, te acompañaré.

Capítulo 14

14

Nuevamente

(Hope-Dyathon)

(Andante Cantable—Brian Crain)2 rep.

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

La noche cayó sin demora alguna y Joanna se reunió con su prima Irene. Esa noche pretendía llevarla consigo para hacerla olvidar todo lo sobrevenido con Ainsworth hacía ya dos veladas. En casa de su mejor amiga Stephanie, se llevaría a cabo una grandiosa cena con baile y asistirían un gran número de jóvenes aristocráticos de los alrededores. Joanna no perdió las esperanzas de hallar algún candidato en aquel sitio para ella y su querida prima y no estaba de más presentarle alguno.

—Habrá muchos caballeros —reveló Joanna—, mucha comida, mucha aristocracia, mucha comida, muchos amigos, mucha comida…

Irene se alegraba por todo aquello que su amada prima revelaba, así que agregó.

—¡Ah!, que no se te olvide que habrá mucha comida.

—¡Exacto! ¿Cómo lo sabes?

—Lo presentí.

Ambas jóvenes se echaron a reír y durante todo el trayecto. Joanna había logrado hacerla reír, jamás lo hubiese imaginado. Y viéndola así, recordó que cuando tenía quince años y en una celebración familiar se topó con ella por el comedor. Le cuestionó por qué había decidido asistir si le había informado de que no lo haría. Ella con la mayor naturalidad contestó:

<<Por la comida, mucha comida>>.

No pasó mucho tiempo cuando entre risas y cotilleo llegaron finalmente a su destino.

Al ingresar en el recibidor Joanna se encaminó a su querida amiga Stephanie que se hallaba dando la bienvenida a los primeros invitados. Con cordialidad y emoción se acercó, la abrazó, y le hizo saber lo feliz que se sentía por haberla invitado. Sin esperar a que indagara en su acompañante se apresuró a presentar a su pariente.

—Stephanie —acercó a la chica—, ella es mi Prima, Irene.

Stephanie la contempló a detalle y se sorprendió de lo hermosa que lucía. Irene con la mayor de la cortesía se inclinó, mostro una deslumbrante sonrisa y se dirigió a ella.

—Es un gusto conocerte, Stephanie.

—Al contrario —agregó la amiga—, para mí es un gran placer conocerte al fin. Sabes, tu prima me ha hablado mucho de ti... ¡Cosas buenas, eh! ¡Cosas buenas!

Irene notó que ambas chicas compartían la misma alegría y para ella era indudable que no fueran amigas, así que se atrevió a responder.

—Espero que así fuese, si no, se las verá conmigo. Sabe que a golpes no me gana.

Stephanie se llevó la mano a la boca mostrando su gran asombro, no era algo que esperaba escuchar.

—¡Eso mismo me ha dicho —reveló por fin—, pero yo nunca le creí! ¡Qué sorpresa…! —sonrió—. Pero, adelante, pasen. No se queden ahí. En breve servirán la cena y han llegado justo a tiempo.

Dentro del salón principal se hallaban la mayor parte de los invitados esperando fervientemente el banquete. Joanna no tardó y cogió una copa de vino que le ofreció un mesero. Irene con alegría hizo lo mismo, ambas se alejaron y buscaron una ventana para refrescarse, puesto que, hacía muchísimo calor debido a la gran multitud que se había congregado. Cinco minutos más tarde se aproximó Stephanie y se disculpó muy amablemente con ellas. Mencionó que la cena se retrasaría debido a que aguardaban el arribo de una persona y gran amigo de la familia. Joanna le hizo saber que no había ningún problema y que esperarían.

Ambas mujeres reposaron en un sofá muy cómodo. Al instante, tres caballeros que se advertían a la distancia se aproximaron y se anunciaron

ante ellas. Dijeron que eran amigos de Stephanie y revelaron que después de la cena se daría comienzo con el baile, y que los tres estaban interesados en danzar con ellas. Joanna aceptó con gusto, sin embargo, Irene guardó silencio. Los tres caballeros se apartaron gustosos y aguardaron pacientemente el momento. En un santiamén se encaminó el señor Vincent.

—Señorita Black —se dirigió a Joanna haciendo una pequeña reverencia—, que gusto de verla nuevamente por aquí… ¿Cómo se encuentra mi amigo Robert?

—Bien —respondió con gentileza—, gracias por preguntar, Sir Williams. Mi padre no pudo venir esta noche, pero manda sus saludos y espera que no se moleste por ello.

—Para nada, querida niña, es grato tenerla aquí —sonrió—. ¿Y dígame, quien es la dama que la acompaña? —poniendo atención en la joven.

—Es mi prima, la señorita Irene Black.

—¡Oh…, otro Black! —Hizo otra reverencia—. Encantado de conocerla señorita, y siéntase como en su casa.

—Gracias, Sir Williams —reveló Irene—. Igualmente, encantada de conocerlo.

—Disculpen ustedes el retraso, joven damas, pero tengo que esperar un amigo mío que quedó de venir esta anoche y no podemos comenzar sin él.

—¡Oh, no se preocupe, Sir Williams! —Contestó Joanna—. Stephanie nos lo ha hecho saber y no nos molestará esperar un poco más.

—¡Excelente! Señorita Black, ¡excelente…! —se alegró—. Y dígame…, ¿ya probó nuestros vinos?¡Están, exquisitos!

—Por supuesto, Sir Williams y me han encantado. De hecho, tomaremos otra copa más, ¿no es así, querida Irene? —Miró a su prima.

—Absolutamente. —Afirmó la joven.

—¿De dónde los ha traído? —Indagó Joanna.

—Me los ha hecho llegar un amigo mío desde Malta... y, a decir verdad, es la persona por quién estoy esperando.

Irene recordó lo que Ainsworth le había mencionado en aquella velada, aunque no creyó que se tratara de la misma persona. En Londres había

una gran cantidad de hombres que se dedicaba al comercio y supo que no habría esa posibilidad.

—Agradezca de mi parte a su amigo, Sir William, porque tiene un excelente gusto con los vinos.

—Por supuesto, señorita Black, se lo haré saber… Y discúlpenme —agregó—, pero, tengo que atender a mis otros invitados y con su permiso iré hacerlo.

—Adelante, Sir Williams. —Ambas lo dijeron al mismo tiempo y mientras hacían una inclinación. Enseguida el señor William se apartó de ellas y se aproximó a la concurrencia.

Mientras aguardaban, ambas chicas se toparon con un caballero que las saludó con estilo. Joanna fue la que habló pues al parecer se sintió atraída por aquel hombre. Irene que no quería hacer un mal tercio reveló a su prima si le podría indicar dónde se hallaba el salón de música.

—Permítame un segundo, Sir Jobs —dijo Joanna—, en un momento regreso con usted.

—¡Oh, no!, no se preocupe, señorita Black, con gusto iré con ustedes.

No es necesario que me escoltes, Joanna —reveló Irene antes de que el caballero se encaminara—. Seguramente sabré hallarlo.

—¿Estas segura?

—Absolutamente —sonrió—, Por favor continúen con su charla.

Irene se apartó de ellos y se condujo a una doncella. Le preguntó si le podría indicar dónde se hallaba el salón de música y la joven la condujo hasta ahí. Irene agradeció la molestia y se introdujo en el salón con los demás espectadores. Escuchó atenta a una señorita cantar cuando esta tocaba el piano. Después de escuchar la cuarta pieza retornó con su prima. Se dirigía a ella cuando de repente lo alcanzó a ver…

Sir Ainsworth había arribado. Era inconfundible su presencia ya que no podía pasar desapercibido. Su altura de más de uno ochenta y su porte elegante lo delataba. Sir Williams lo estaba presentando con sus invitados cuando Irene se ocultó tras un pilar. Nuevamente su corazón latió vertiginoso. Debía de ser una alucinación de su parte así que se aventuró a mirar de reojo… No, no era ninguna alucinación, era él. Sin perderlo de vista Irene advirtió cómo dialogaba con algunos invitados sin distinción alguna. Esta vez llevaba puesto un pantalón azul marino con camisa blanca y con una chaqueta frac a tono. Se veía tan encantador en su traje

que Irene se estremeció.

Sin aguardar volvió sus pasos y pidió a una doncella que le indicara dónde se hallaba la puerta de servicio. La mujer la miró incrédula y señaló dónde se hallaba esta. Antes de cruzar la puerta, Irene mandó entregar una nota a su prima. Salió por la parte trasera de la casa y tomando un carruaje se condujo directamente a su hogar. En cuanto llegó a la villa Maiwen la recibió. Ella le informó lo del arribo de Sir Ainsworth. Se sentía apenada con su prima por dejarla ahí, pero sabía que la comprendería en cuanto lo descubriera.

En el momento en el que Joanna se percató de la presencia de Ainsworth corrió en su búsqueda. Fue en ese momento que recibió la nota de manos de la criada y la leyó.

Al terminar de leer su nota se sintió aliviada, supo de inmediato que Irene lo había advertido antes de que él a ella y por tal motivo se había marchado sin despedir. En cuanto metió la nota en su pecho y dio media vuelta un muro enorme de músculos con ropaje se atravesó en su camino. Echó un ojo al rostro de aquella persona y se sorprendió del tipo. Se trataba de Sir Ainsworth quién con asombro la miraba.

—¡Sir Ainsworth…! —expresó atónita—. ¡Qué sorpresa!

—¡Señorita Black! —Haciendo una corta reverencia—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Yo? Pues, soy invitada de los Williams —lo dijo con estupor—. La señorita William me convocó, ¿no lo sabía?

—Su prima Irene, ¿ha venido con usted?

Cuestionó de inmediato sin poner atención en sus palabras.

—Sí… ¡No, no…! ¡No ha venido! —reveló.

Alexandre la miró incrédulo. De inmediato echó un vistazo por el salón y después se despidió de ella. Con entusiasmo se apresuró a buscarla por los demás salones y al no hallarla preguntó a un par de caballeros. Los hombres indicaron que sí habían visto a una chica con aquella característica en la habitación contigua, pero de no ser así, sería probable hallarla en algún otro sitio.

Alexandre supo de inmediato que no sería así porque de haberlo hecho ya habría dado con ella. No fue hasta que una doncella le indicó que una hermosa dama se había retirado por la puerta trasera de la casa. Alexandre incrédulo sonrió. Sabía que era ella. Trajo a su mente su rostro e imaginó cómo se había dado fuga… Nuevamente aquella chica se le había escapado.

Capítulo 15

15

La fuga

(Reflection — Secret Garden)

(Breath Of Joy — Artem Yegorov)

(A Simple Life — Brian Crain) 3 rep.

(Song From A Secret Garden — Secret Garden)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar tu lectura.

El sol descansaba cada día sobre *Winehause* e Irene no salía de ahí. Se posaba todas las mañanas en una banquita muy cómoda que se percibía debajo de un hermoso árbol. Ahí, reposaba tranquila para retomar su lectura sin inquietud alguna.

Maiwen le hacía compañía de vez en cuando; se acomodaba en una silla serena que había hallado en una esquina del jardín y que había instalado frente a una mesita rodeada de varios rosales. Ahí, se ponía a bordar... Por las tardes retornaba Joanna quien le detallaba los hechos más sobresalientes del día. Claro que no se le pudo olvidar mencionar su encuentro con Sir Ainsworth en la cena de los Williams describiendo a detalle; En cómo la había buscado por toda la casa y lo molesto que se mostró al no hallarla. En cómo cuestionó a los invitados y de cómo no permaneció lo suficiente. Irene manifestó poco interés, sin embargo, en su interior la emoción florecía.

La mañana siguiente se hallaba como era habitual en ella, leyendo en el jardín. Estaba muy enfocada en la trama del libro cuando salió apresuradamente su dama y se dirigió a ella.

—¡Señorita Irene, tiene que venir ya! ¡Rápido! —Cogiéndola por el antebrazo.

—¿Qué sucede, Maiwen?, —inquirió—, ¿por qué la prisa?

—Necesita ver algo señorita, ¡Apresúrese!

Sin vacilar la introdujo en la villa, ascendió por las escaleras y la metió en la habitación contigua, para después acercarla a la ventana.

—Mire usted, por ahí. —Señalando hacia la calle. En frente de la residencia Aldigheri se mantenía un carruaje muy elegante. Irene no lo reconoció y no pareció algo fuera de lo normal. Por las calles se lograba visualizar a diario, carruajes que se estacionaban para esperar habitualmente algún pasajero.

—¡Es… un… carruaje…! —Se manifestó burlonamente. Maiwen respiró profundo y meneó la cabeza cuando no se dio cuenta de la gravedad del asunto.

—Ese carruaje tiene días estando ahí.

Irene no se sorprendió y siguió mirando. Ella no se había percatado de su presencia pues le era tan intranscendente si se pasaba ahí un día o una semana. Pero al notar Maiwen el poco interés continuó hablando.

—El jardinero me ha informado que está estacionado desde hace dos días. Y eso no es todo, señorita…, me he enterado de que es el carruaje de Sir Ainsworth.

Irene la miró estupefacta, no podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Sir Ainsworth, la estaba acechando? Eso ya era demasiado.

—Y eso no termina ahí —continuó—. Venga conmigo.

La cogió nuevamente del brazo para llevarla a otra habitación que tenía una vista hacia el jardín posterior.

—Mire usted… Por ahí—. Señalando nuevamente en dirección a la calle.

Irene percibió otro carruaje idéntico como el que se avistaba en la parte frontal. Se asustó, dio dos pasos hacia atrás y se cubrió la boca. Era inconcebible que Alexandre hiciera tal cosa.

—¿Ahora entiende el problema, señorita? —Preguntó Maiwen.

La joven se sentó en una silla pues no lo podía creer, estaba estupefacta… Todas las mañanas se sentaba en la banca del jardín posterior de la casa para leer, y nunca se dio cuenta de su presencia. Se elevó de su asiento, miró nuevamente por la ventana y lo alcanzó a ver… Se percibía fuera de su carruaje observando en dirección a donde ella se hallaba. Ainsworth la

descubrió en cuanto la chica asomó su bello rostro por la ventana. Tenía una mirada penetrante, pero a la vez de excitación. Irene lo notó en cuanto se quitó el sombrero y reveló su rostro. Alexandre deseaba que se percatara de su presencia y que no lo confundiera con alguna otra persona más.

—¡Oh, Por Dios! —Irene dio un grito de asombro, se llevó la mano al pecho y percibió cómo su corazón comenzaba a latir avivadamente. Comprendió que se había percatado de su presencia en cuanto esta se asomó. Irene se apartó de la ventana y entonces Maiwen se asomó por ella.

—¿Es él? —preguntó con asombro la dama—. ¿Es… Sir Ainsworth?

—Así es —Reveló sorprendida.

—¿Qué piensas hacer, Irene?

—¡No lo sé!... Déjame pensar…

Se paseó por la habitación para tratar de pensar en lo que debería de hacer. Esa mañana, su madre, Gabrielle y la tía Rebecca no se hallaban en casa, pues habían salido de visita con la abuela Anna y no regresarían hasta el día de mañana. Se encontraba desprotegida. Qué podría hacer estando sola… Entonces recordó a su prima Joanna y comenzó a maquilar un plan. Y este plan, sería sumamente drástico.

—Muy bien, Maiwen —La posó sobre la cama—. Escúchame. Irás por Joanna y le comunicarás nuestra situación, ¿entiendes?

—Sí, entiendo.

Maiwen cogió su sombrero y salió presurosa de la habitación, tomó un carruaje y se aventuró a la calle. Cuando el coche salió, los hombres de Ainsworth se apresuraron a detenerlo, miraron en su interior y contemplaron a la mujer que se hallaba adentro. Otro par, se colocaron en la parte frontal y solo para no dejarlo partir. En un instante se aproximó Alexandre, abrió la puerta del carruaje y miró en su interior. Debió de haber imaginado que se trataba de Irene, pero al no hallarla posó su mirada nuevamente en las ventanas. Puso atención en cada una de ellas, mas no alcanzó a percibirla. Así que regresó su mirada a la ocupante, le dirigió unas cuantas palabras y obligó a Maiwen a bajar de él. Esta retornó rápidamente y subió por las escaleras para concurrir con la dama. Entró en la habitación y halló a Irene, la cual, había visto todo.

—Señorita, —se apresuró a informar—: El caballero desea dialogar con usted y me ha exigido que se lo haga saber de inmediato. Ha detenido el carruaje y su gente ha puesto muy nervioso al cochero... ¿Ahora qué

hacemos?

Irene se quedó cavilando por un instante… enseguida, se cubrió la boca y una idea surgió en su mente.

—Está bien. Ahora pon mucha atención —reveló—. Dile al cochero que regrese y luego marcharás a pie por Joanna, pero en un par de cuadras más tomarás un coche que te lleve directo a ella, ¿entiendes? Le dirás que venga y regresarán de la misma forma en la que te he indicado. ¿Has comprendido?

—Sí, sí señorita.

—¡Ah!. Y dile que traiga consigo un sombrero y que se detenga en la entrada principal para que Ainsworth se dé cuenta de que es ella. También, hazle saber que lleve zapatos altos… —Y agregó—. En cuanto a Sir Ainsworth, le dirás que no me siento bien, pero con gusto lo atenderé el día de mañana si así lo desea, ¿entendido?

Maiwen asentó con la cabeza y se condujo a la salda. Ahí, afuera, estaba esperando Sir Ainsworth su añorada respuesta. El caballero escuchó atento lo que la doncella tenía que decir. Esta al finalizar hizo una inclinación para despedirse y a continuación se dirigió al cochero e informó que retornara a casa. Los hombres de Ainsworth y él mismo, distinguieron cómo la joven se echó andar por la cera para después perderse entre la muchedumbre.

Dos horas transcurrieron fugazmente desde que Maiwen partió. De repente, la silueta de un par de mujeres se descubrió por la cera. Joanna venía andando en ella y a su costado Maiwen. La prima llevaba puesto un enorme bonete azul y se detuvo frente la casa para mirar el carruaje que seguía estacionado en la acera de enfrente. Luego, ingresó en la villa y buscó a Irene con la mirada. La percibió en el comedor muy tranquila y degustando a la vez una deliciosa manzana.

—¡Oh, Irene…! —Exclamó—. ¿Qué ha sucedido? ¿Es cierto todo lo que me ha manifestado tu dama?

—Absolutamente. —refirió tranquila—. Y me temo que no pretende marcharse el caballero.

—¿Cómo lo sabes?

—Ven, acompáñame.

Irene la encaminó a la parte superior de la casa en donde se hallaba su habitación. Le mostró cada carruaje situado en las salidas y de cómo no

pretendían moverse.

—¡Eso es inaudito! —afirmó—. ¿Qué piensas hacer…? ¿Tienes ya algún plan?

—Ya lo tengo —aseveró—. Pero necesito de tu ayuda.

—Claro que sí, en lo que te pueda ayudar, querida, cuenta conmigo.

Irene se sentó en la cama con suavidad, Joanna no tardó he hizo lo mismo. Mientras que Maiwen las miró desde otra silla que se hallaba enfrente de ambas.

—Sé que no pretende marchar porque de haberlo hecho se hubiese ido en cuanto le di aviso de que lo recibiría el día de mañana… Imagino que presintió que deseaba escapar en cuanto él hubiese partido, cosa que planeaba hacer. Ahora, no me queda de otra que pasar a mí segundo plan.

—¿Y cuál es ese?

—Intercambiaremos papeles.

—¿Cómo?

—Sí, mira…. En un momento más partiré de aquí usando tu ropa. Mientras que tú permanecerás aquí y mañana recibirás al caballero para darle la noticia.

—¿Crees que funcione? Sino nos parecemos mucho.

—¡Funcionará…! O eso espero. De todas formas, marcharé en cuanto oscurezca para que no me reconozca. Usaré tu sombrero y espero que no se dé cuenta del engaño.

—¿Y si se retira antes de anochecer?

—Entonces marcharemos a casa de tu tía Beatriz y dormiremos allá, mientras que Maiwen lo atenderá el día de mañana para darle la noticia.

Maiwen se sorprendió de lo que estaba escuchando, pero aceptó hacerlo con gusto. Sabía que tenía que ayudarla en todo lo que necesitaba su doncella si quería que se librara de aquel tipo.

Volaron los minutos, después las horas y nunca se movió el carruaje. Ni el de enfrente, ni el de atrás. Entonces Irene comenzó a llevar acabo su

plan. Se colocó la ropa de Joanna y todas se percataron de que podría funcionar. Casi tenían la misma figura. Al terminar Irene se colocó el sombrero y se miró al espejo, esperaba que el caballero no callera en cuenta de tal engaño.

Estaba lista. Suspiró antes de salir y sus compañeras le desearon buena suerte. Cruzó el pasillo, abrió la puerta principal y se aventuró a la calle. Miró que aún seguía el carruaje estacionado y en completa obscuridad. Entonces comenzó a dar pasos por la cera. Su corazón latió con intensidad pues se hallaba muy excitada. Se cuestionó: *<<¿Qué sucederá si se da cuenta de que no soy Joanna? ¿Trataría de persuadirme para hablar con él? ¿qué me diría?>>* Y siguió andando a paso suave. Cuando cruzó la primera calle se sintió tranquila. Finalmente, en la siguiente cuadra tomó un carruaje que la llevó directamente a casa de la tía Beatriz.

Al momento de aparcar en la residencia saludó a la tía de Joanna, le informó que su sobrina se encontraba bien y que le había hecho un enorme favor al prestarle su ropa para salir encubierto. La tía comprendió que la estaba ayudando en algo que le pareció muy romántico.

—Querida, eres bienvenida en esta casa. —reveló—. Y me es grato escuchar de que mi sobrina está apoyando a su prima favorita en lo que al parecer es un lio amoroso. —le sonrió—. ¿Deseas acompañarme a cenar?

—Con todo gusto, Señora Beatriz —afirmó después de ello—. La verdad, es que no he comido nada pesado en todo el día.

—Entonces, adelante, querida. —Y la encaminó al comedor.

Al terminar la cena Beatriz la llevó consigo a una de las habitaciones del ala oeste. En la puerta del mismo Irene se despidió de ella amablemente y se acostó. Puesto que el día de mañana saldría de Londres para dirigirse a Basingstoke porque ya no deseaba pasar más tiempo ahí.

Por la mañana Sir Ainsworth llamó muy ilusionado. Un sirviente lo dejó pasar, otro más lo encaminó al salón principal y otro más hizo la presentación. Alexandre se sentía conmocionado y no sabía cómo iba a obrar Irene en cuanto lo viera. Se cuestionó: ¿Cuál sería la manera correcta de declarar sus sentimientos? Desde el día de ayer y después de haber recibido la noticia de que lo atendería esa mañana, comenzó a maquilar las palabras en su mente para expresar su sentir. Su corazón comprendía perfectamente que era la mujer adecuada para él, sin embargo, sabía que tenía que desposar a otra y no podía faltar a esa promesa. Pero si la dama lo persuadía de no hacerlo…, él, con todo gusto aceptaría las represalias de sus actos y la haría su mujer. En ese momento comprendió que su destino estaba marcado por las palabras que

diría aquella dama.

Al ingresar en el salón halló a Joanna descansando en el centro de un sillón muy exquisito. Entonces echó un vistazo a su alrededor para buscar a Irene, pero no la localizo.

—Señorita Joanna. —he hizo una genuflexión.

—Buen día, Sir Ainsworth.

—Buen día —y apartó nuevamente la vista de ella—. Y… ¿En dónde se encuentra la señorita Irene? Tengo una cita con ella, sabe —sonrió.

Johana tomó posición y declaró segura.

—Mi prima Irene no se encuentra aquí.

Ainsworth sonrió.

—Eso no es posible. No he visto salir a la señorita Black y creo que la está escondiendo de mí.

—No miento, Sir Ainsworth. Si gusta, puede comprobarlo usted mismo. Adelante, le doy permiso de registrar la casa.

Ainsworth la miró incrédulo, sin embargo, al notar que hablaba enserio pidió permiso para verificar

—Si me lo permite…

—Adelante… Con confianza.

Ainsworth se apartó de ella e inició la búsqueda; Buscó en la cocina, en el comedor y en los pasillos. Miró por el jardín de atrás, pero sin llegar a tener suerte. Entró a la casa para buscar en los demás salones, incluso en el estudio del señor Gabrielle. Así que subió por las escaleras para registrar cada habitación… No encontró a nadie, salvo a la señorita Maiwen quien también informó lo mismo. Cuando descendió por las escaleras se acercó a Joanna y aseveró en un tono algo elevado.

—¡En donde está!

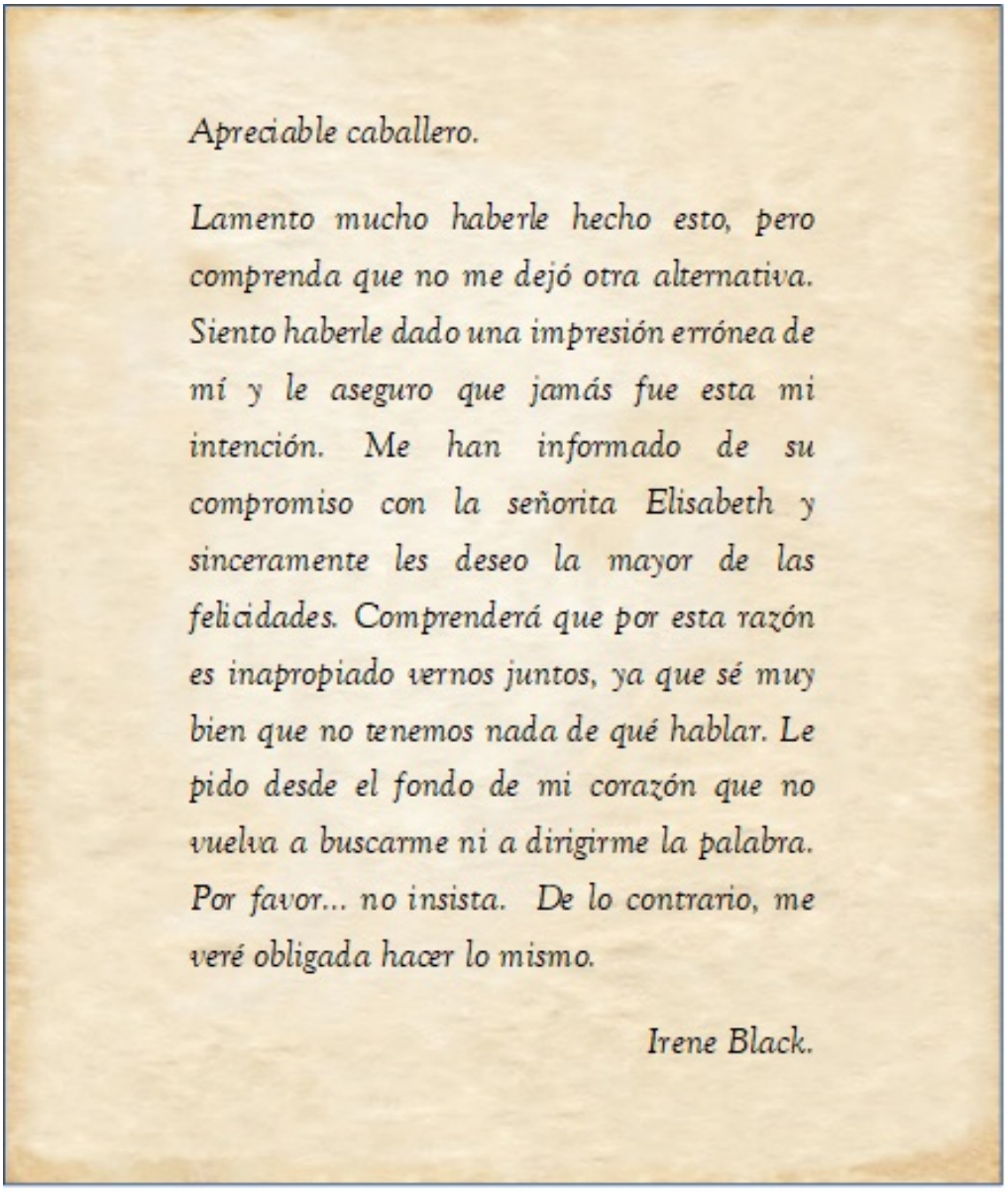
—Ya le he informado que ha partido —lo dijo segura.

—Eso no es posible. La única persona que salió de esta casa fue Us...

Como un flechazo llegó a su mente la respuesta. Alexandre comprendió lo que había ocurrido, la manera tan vil en la que fue timado. Al ver a

Joanna reposada en aquel sillón y no a su querida dama comprendió que la persona que salió de la residencia esa noche había sido la propia Irene. Supuso que habían intercambiado ropas para no ser descubierta y comenzó a reír para sí. Se llevó una mano a la cabeza tratando de peinar su cabello y de reacomodar sus ideas. Se molestó consigo mismo cuando se vio timado con tanta habilidad. Estaba a punto de despedirse de Joanna cuando esta se dirigió a él.

—No se inquiete, Sir Ainsworth. Mi prima ha dejado esto para usted —Se elevó de su asiento y le entregó una nota. En cuanto el hombre la palpó en sus manos no lo dudó y quebró el sello para comenzar a leer.



Apreciable caballero.

Lamento mucho haberle hecho esto, pero comprenda que no me dejó otra alternativa. Siento haberle dado una impresión errónea de mí y le aseguro que jamás fue esta mi intención. Me han informado de su compromiso con la señorita Elisabeth y sinceramente les deseo la mayor de las felicidades. Comprenderá que por esta razón es inapropiado vernos juntos, ya que sé muy bien que no tenemos nada de qué hablar. Le pido desde el fondo de mi corazón que no vuelva a buscarme ni a dirigirme la palabra. Por favor... no insista. De lo contrario, me veré obligada hacer lo mismo.

Irene Black.

Alexandre guardó silencio. Y con nota en mano miró a la dama. Reveló un profundo dolor en su mirar, pero Joanna no se atrevió a consolar. Su corazón más que destrozado lo tenía herido. Inhalando hondo agradeció la

atención recibida y marchó.

Al salir, se quedó inmóvil de frente al carruaje. Por la frustración y el coraje que hervía en su sangre golpeó la puerta de este con todas sus fuerzas para ser librado de su mal. Los ocupantes de ella descendieron vertiginosamente y en cuanto miraron el gran agujero que se percibía en él, y contemplar a su amo frente al mismo, comprendieron que había sido su obra.

Con tristeza y sintiendo la ironía de la vida, Alexandre decidió conducirse hacia el otro vehículo. Subió muy cabizbajo y marchó del lugar. Maiwen y Joanna que miraban a través de la ventana descubrieron cómo se hallaba de molesto el caballero cuando golpeó el vehículo. Al final, dejaron de divisar el carruaje cuando este dobló en una esquina.

Capítulo 16

16

De promesas y verdades

(Broken-Florian Bur)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

En una lujosa casa de Westminster se hallaba Alexandre pensativo. Peter, amigo y protector del hombre, se condujo al sitio para poder hallar a su hombre. Lo localizó en su estudio, muy cabizbajo y reposando con pesadumbre en un sillón muy fino. En una de sus manos portaba un vaso de whisky, mantenía los pies sobre el escritorio y su mirada se perdía en un estante llena de libros. Peter lo miró incrédulo.

—¡Pero, Alexandre! —se expresó atónito. Jamás lo había descubierto así—. ¿Qué te sucede…? ¿Dónde te habías metido, muchacho?

Alexandre tenía un par de días de no haberse presentado en las oficinas del puerto a pesar de ser llamado incesantemente. Enseguida posó su mirada en él, pero la volvió de inmediato al vaso cuando no tuvo nada qué decir. Peter se acercó para encontrar una respuesta, sin embargo, el caballero guardó un rotundo silencio. En ese momento le retiró la bebida de las manos y al no sentirla en ella dirigió su mirada.

—¡Dime, hijo…! —Cuestionó nuevamente cuando tuvo su completa atención—. ¿Qué te sucede?

Alexandre casi perdido en su embriaguez, y percibiendo aquella silueta borrosa de frente tomó aire y respondió:

—¡Sucede que me voy a casar! —Lo dijo con desaire, al instante se incorporó de su asiento para coger la carta que le había entregado Joanna esa turbia mañana—. No lo tenía muy consiente en mi mente, pero hoy lo he comprendido todo.

—¿A qué te refieres? —Peter elevó una ceja incrédulamente—. Te recuerdo que visitaste a la familia Miller para conocer a tu prometida una semana antes de lo acordado. Es más, dialogaste con su padre para hacer

los acuerdos necesarios y han brindado por ello… ¿A caso lo has olvidado?

Alexandre recordó aquel día pues Peter lo había escoltado aquella tarde para conocer a su futura mujer...

<<Cuando estaban próximos a llegar a la villa Miller, hizo detener el carruaje sobre el paraje ya que había resuelto caminar un poco antes de presentarse ante sus futuros familiares. Decidió resolverlo de esa manera puesto que aún su cabeza palpitaba por la resaca de la noche anterior, y no pretendía presentarse así ante ellos y mucho menos ante su futura mujer. Descubriendo un pequeño lago a lo lejos se encaminó hacia él para lavar su cara y refrescar sus pensamientos, pero estando inclinado y sintiéndose mareado prefirió descansar. Nunca imaginó despertar con una mujer frente a él y menos que fuera tan sublime.>>

—No, no lo he olvidado —Aseveró en el momento de depositar la nota en el escritorio—. Como tampoco puedo olvidar aquella mujer tan hermosa que me cautivó en cuanto la vi.

Peter comprendió que no se trataba de Elizabeth.

—¿Te refieres a la chica que mencionaste la otra noche?, la que con esmero estabas buscando por todo Londres… ¿Es ella acaso?

—Efectivamente —afirmó seguro.

Con incertidumbre se elevó de su asiento y se condujo hacia una mesa de bebidas para poder servirse un trago. En silencio se sirvió luego se encaminó hacia una ventana y posó la vista al exterior. Con un dolor latente en el alma reveló:

—Dancé con ella en varias ocasiones… Aunque me negué a tener estos sentimientos quisquillosos no pude evitarlo porque algo brotó de mi alma que me impulsó a seguir frecuentándola. La primera vez que dancé con ella —sonrió para sí—, me dije que no era correcto, que no estaba bien, que debía negarme a este sentimiento tortuoso y por tal motivo resolví marchar. Había decidido olvidarla, pero nuevamente me topé con ella… ¡Dios, se veía excelsa!, que no pude evitarlo y nuevamente me aventuré hacerlo… Después de ese encuentro quise saber todo con respecto a ella; quién era, donde vivía y qué hacía en aquel lugar. —Dio un pequeño sorbo a su trago y guardó silencio—. Quisiera negar lo que aconteció después —declaró—. En la última velada apareció Elizabeth con su madre y lo echaron todo a perder. Al parecer fui muy obvio con mis sentimientos frente a la dama puesto que su madre no perdió el tiempo y se aventuró a envenenarla. Imagino que lo hizo con la única intención de informar lo de mi compromiso con su hija —le dio otro sorbo a la bebida—. Desde

aquella noche la chica ha estado evitándome.

—Si tanto te atrae la joven —inquirió Peter—, ¿por qué no declinas la oferta de matrimonio de los Miller y declaras tus sentimientos a aquella dama?

Alexandre lo miró absorto porque él ya lo había pensado.

—Sabes que no puedo hacerlo. —refutó mientras volvía la mirada al fondo del vaso.

—¿Por qué no? —Peter indagó sabiendo la respuesta.

—A pesar de haber fallecido mi padre un año antes que naciera Elizabeth, ¿lo recuerdas?

—Sí, sí lo recuerdo.

—Pues bien, hizo que jurara antes de morir que tendría que casarme con la hija del señor Leroy en cuanto esta tuviera la edad… Y yo, no puedo faltar a esa promesa.

—¡Pero muchacho! —replicó Peter—. Tu padre no está aquí, eso fue hace bastante tiempo y cuando tú apenas eras un niño. Créeme que él te hubiese entendido perfectamente. Si la joven te acepta tal promesa no valdría.

—¡Acaso me has escuchado! —exclamó irritado—. ¡La señorita no me ha aceptado! —Señalando la nota con desesperación.

Peter dirigió la mirada a ella y la cogió. En cuanto terminó de leer su contenido indagó.

—¿Entonces qué pretendes hacer?

Alexandre se quedó pensando por un largo momento.

—Continuar con lo acordado… Casarme con Elisabeth —llevó el vaso a la frente para que este fuera el único pensamiento alegre—. Había resuelto llevarla conmigo después de la boda para que me acompañase en mis próximos viajes, pero al parecer ella ha resuelto vivir aquí pues no pretende seguirme… —Retiró el vaso y lo miró—. Me temo que será un matrimonio de conveniencia y no protestaré al respecto. No es una mujer con la que desee despertar todas las mañanas… No me agrada en lo absoluto —Resopló en el mismo instante que recargó un brazo sobre el marco de la ventana—. El único consuelo que me quedará…, será el mar.

Dio el último sorbo y después de mirar el vaso lo lanzó con rabia hacia una pared. Peter miró cómo este se estrellaba y tiraba de tajo un cuadro. En cuanto Alexandre, este regresó al sillón y se sentó en él. Ya se percibía mareado cuando echó la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos.

—He pasado todo este tiempo siendo soltero esperando a que tuviese la edad adecuada Elizabeth para postergar mi matrimonio el mayor tiempo posible. Y ahora mírame… en cuanto encuentro una señorita agradable no la puedo tomar porque ya estoy prometido a otra. ¡Qué irónica es la vida!, ¿no te parece?

Peter no objetó su pregunta y sin embargo lanzó otras.

—¿Y qué harás con la chica? ¿Renunciarás a ella?

Alexandre abrió los ojos y lo buscó con la mirada. Lo halló en el mismo sitio donde lo había visualizado por última vez.

—No haré nada al respecto.

Peter meneó la cabeza en total desaprobación. Sabía lo fastidiado que se hallaba su protegido.

—¡Hay muchacho…! —declaró con amargura—. ¡Cómo lo ciento!

Le procuró una palmada en el hombro y se despidió de él mientras Alexandre intentaba no pensar. Salió con paso lento del recinto para encaminarse a las oficinas del puerto, sabía que en su estado no se presentaría por allá en varios días.

Capítulo 17

1**7**

Conmoción

(Sometimes When It Rains-Secret Garden)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Irene sin remordimiento alguno retornó a Basingstoke poco antes de mediodía. Su padre no se hallaba en el recinto puesto que tenía días de haber salido del pueblo y solo para concretar un par de negocios. Tres días antes de su perfecta huida, su madre había hecho mención de que su padre no acudiría a ellas debido a un percance que se había suscitado con algunos negocios. Julius, su hermano, en cuanto retornó de su viaje lo acompañó para resolver aquellos problemas.

Yasmine reveló una sonrisa en el rostro en el momento que la vio descender del carruaje. Con alegría se condujo a ella para preguntar cómo le había ido en su temporada. Irene sólo dijo que bien.

—¡Entonces ya tienes pretendientes! —inquirió ilusionada—, ¿vendrán a cortejarte?

—Puede que sí —dijo sin optimismo—. Aún no lo sé y sinceramente no llevo prisa.

Yasmine notó su tono de voz apático, entonces imaginó que no hubo alguno que le interesara.

—¡Ay, hermana! —replicó—. ¡Me apena tanto escucharlo!

—¡Ay, Yasmine —respondió—, te acongojas por nada…! Deja que el tiempo tome su curso.

Yasmine no indagó en ello y se dedicó realizar sus propias actividades. Kalie se hallaba en el salón de lectura y jugando a la vez con las hijas de Amy. No reparó en la presencia de su hermana que había cruzado el umbral con paso sigiloso para poder sorprenderla. Con alegría cubrió sus ojos y esta no tardó en coger sus manos para girar y mostrarle su alegría. Sin tardar preguntó por su madre e Irene reveló que la vería pronto, que aún seguía en Londres y que no tardaría en volver a ellas.

Fue tal cual como lo había predicho, para ese fin de semana, llegó acompañada de Maiwen y con la cara más larga que jamás se halla visto. Al ser recibida por su servidumbre y entregar su sombrero preguntó por el paradero de Irene. Tranquilamente un mayordomo reveló que había arribado hace un par de días y que esta se hallaba reposando en su habitación. Shannon mostró su disgusto en el rostro y se condujo sin reparo hacia la alcoba… Cuando se enteró la madre de que su hija había tenido la brillante idea de salir de Winehouse para volver a Basingstoke y sin avisar, se molestó. Sabía que haría algo así.

Irrumpió en la alcoba y la halló recostada en un diván que había hecho colocar cerca de la ventana. En cuanto la miró de pie en el umbral, se asombró, porque sabía que la iba amonestar. Con la vista baja, escuchó cada reprimenda de su madre, no obstante, quiso defenderse, pero prefirió guardar silencio y esperar a que Shannon se desahogara. Después dio media vuelta Shannon y se retiró. Irene ya más tranquila respiró hondo y continuó con su lectura.

Dos minutos más tarde se presentó su dama e Irene indagó en lo que había sucedido aquel día. Maiwen reveló todo lo ocurrido; en la forma en la que se había presentado Ainsworth en la villa y en la manera en la que la buscó, en lo molesto que se mostró al no hallarla y hasta el instante en el que Joanna le entregó la nota. Irene escuchó todo, pero no expresó sentimiento alguno.

Los días transcurrían en total continuidad, y mucha correspondencia había arribado con los Black. Shannon y por primera vez en su vida se sintió feliz, pues creyó que por fin vería comprometida a su hija o al menos eso imaginó. Irene no opinaba lo mismo, más sin en cambio aceptó la visita de los primeros caballeros, y aunque no le interesó ninguno, dialogaba con ellos para que su madre no estuviera tan enfadada. Con el pasar de los días uno a uno marchaba en cuanto Irene declinaba su propuesta. Sin embargo, otros aguardaban pacientemente a que la señorita recapacitara y aceptara su invitación, pero Irene hacía caso omiso de ellos y dejó que retornaran a pesar de su advertencia.

Una tarde soleada, decidió salir a montar. Acostumbraba a hacerlo por las mañanas, sin embargo, resolvió hacerlo esa misma tarde puesto que no

quería encarar al último pretendiente. Maiwen sin perder el tiempo le instaló su traje de montura favorito, que era un hermoso traje azul intenso de mangas largas y de tela aterciopelada. Por primera vez se colocó un sombrero sobre su cabeza y se miró al espejo. Incrédula alcanzó a descubrir su belleza. Enseguida sacó del cajón una mascarilla de pestañas que había adquirido en Londres cuando paseaba por la ciudad en busca del abanico de Amy. Se instaló un poco y eso realzó aún más su mirar, entonces decidió instalar un labial de tono rojo sobre sus apasionados labios y se sorprendió del resultado porque el espejo había reflejado a otra persona.

Montó su caballo preferido y lo hizo trotar hasta llegar a su destino. Al arribar, palpó el relieve de su árbol preferido con la que lo había marcado, colocó una manta debajo de él y se sentó bajo su sombra. Comenzó con su lectura ya que no deseaba terminarlo en su habitación, pues su destino era ser concluido ahí.

No transcurrió más de media hora cuando, estando muy concentrada en su trama, y sumergida en la apasionante historia de amor, no se percató de la presencia de otro ser. Se trataba de un corcel que con una pata batía la tierra enérgicamente para llamar su atención. Irene miró al animal que se descubría a no más de cuatro metros de distancia. Cuando posó la mirada en su jinete, incrédula y sin imaginarlo descubrió la silueta de Alexandre. Este la miraba fija y tiernamente a la vez que le ofrecía una sonrisa. Irene se sorprendió y bajó la vista, hizo como si no lo hubiese visto y continuó con su lectura.

Nuevamente su corazón latía con frenesí, y un remolino de emociones se produjo en su interior. Irene no sabía qué sucedía con ella, y sin mirar, escuchó cómo este descendía de su caballo y se plantaba frente a ella. Irene hizo como si no estuviera, pues se mantenía bien aferrada a su libro. Entonces Alexandre se colocó en cuclillas, posó su antebrazo sobre la rodilla y la contempló amplia y decididamente. Irene echó un vistazo de reojo y descubrió su pantalón, ya que no podía mirar su rostro debido a que su propio sombrero se lo impedía.

Su latido iba en aumento, y un cosquilleo emergió de su ser, pues no sabía cómo obrar. Se cuestionó: <<¿Y si me dirijo a él? ¿Debería cuestionarle qué hace aquí, o debería de poner un alto total a su insistencia por buscarme?>> No podía ser capaz de articular palabra alguna, y tampoco Alexandre osó expresar sus sentimientos, sólo se dedicó a contemplarla con ternura. Enseguida se incorporó, y en cuanto lo hizo, Irene sintió la necesidad urgente de mirar. Levantó pues su rostro y lo contempló…

Ahí estaba… El hombre de sus sueños. Sublime. Inalcanzable. Intocable. Sus miradas se cruzaron por largo tiempo y un deseo de hablar emergió de su ser. Alexandre también controlaba el impulso de dirigirse a ella,

pero al recordar la carta en donde informaba que no lo hiciera lo frenó.

Estaba a punto de armarse de valor y cuestionar su presencia cuando resonó la voz de una mujer.

—¿Quién es, Sir Ainsworth?

Elizabeth venía montada en un corcel moteado. En cuanto descubrió a Irene a la distancia se disgustó y su molestia se reveló en su rostro.

—¡Ah!, ¡Eres tú… Irene! —Haciendo una mueca.

Irene dejó de advertir a Alexandre para dirigir su mirada a ella.

—Señorita Elisabeth, ¡Qué sorpresa! ¿Qué hace usted aquí?

Elizabeth elevó el mentón y se mostró orgullosa.

—Acaso no es obvio —elevó una ceja—… He salido de paseo con mi prometido, el vizconde de Bournemouth, Sir Alexandre Ainsworth. Ya lo conoce, ¿no es así?

Irene volvió la mirada. Él, sin esperar más se aproximó a ella.

—Permítame, señorita. —ayudó a incorporarse. Y cogiendo su mano con afecto, y antes de soltarla se la llevó a la boca para besar.

—Es un gran honor presentarme con usted al fin.

Irene lo miró con ternura. Se veía sumamente gallardo con su sombrero de copa. Llevaba puesto una camisa blanca, chaleco negro, chaqueta-frac color marrón con unos pantalones en un tono beige... La luz de la tarde hacía brillar las puntas doradas de su cabello que se dejaban descubrir por debajo de aquel sombrero.

—El honor es todo mío, Sir Ainsworth.

Antes de perder la cordura Irene alejó su mano de entre las suyas y se dirigió nuevamente a ella para darle la espalda.

—¿Qué hace tan alejada de sus tierras, señorita Elizabeth? No sabía que le agradaba cabalgar.

—¡No!, no acostumbro hacerlo. Pero como mi prometido me invitó no supe decir que no —Hubo un corto silencio—. Sir Ainsworth deseaba saber de quién era ese caballo—. Y lo señaló.

Irene volvió la mirada. El joven debería de saber perfectamente que era suyo, ya que lo tendría que haber recordado cuando la conoció por primera vez en el lago. Sin embargo, se aventuró a decir.

—Es mío, Sir Ainsworth. Mi padre me lo obsequió el día de mi cumpleaños.

A Alexandre se le iluminó el rostro en cuanto escuchó esas breves y melodiosas palabras, y con una alegría expresó.

—¡Me he dado cuenta de ello, señorita! —revelando su grandiosa sonrisa—. Sabe que posee un hermoso ejemplar, ¿verdad?

Irene arqueó una ceja, ¿acaso la creía una ignorante?

—Créame que lo sé, caballero.

En cuanto terminó Irene la frase Elizabeth se apresuró a retirar a su prometido del lugar, pues veía que era sumamente arriesgado mantenerlo en su presencia.

—Me temo que tenemos que partir, señorita Irene —sonrió—. Pronto espero volver a verla.

Irene sabía perfectamente a qué se refería, ya que Shannon no paraba de echarle en cara que la hija de los Miller se casaría pronto con el vizconde de Bournemouth mientras ella osaba esperar.

Y lanzándole una mirada fulminante a su prometido se dirigió a él.

—¡¿Nos vamos, Alexandre?! —Lo dijo en un tono de voz elevado para que apartara su vista de la dama.

Alexandre se acercó aún más y le cogió su mano. Era algo que no podía evitar pues poseía la urgente necesidad de sentirla entre sus labios. Sin querer soltarla la besó y prosiguió a despedirse.

—Hasta luego, señorita Black. Fue todo un placer el volverle a ver.

Irene se sonrojó porque eso mismo había sentido ella, pero tomó cordura y rápidamente retiró su mano de entre sus labios. Se inclinó y le ofreció una breve sonrisa.

—Hasta luego, Sir Ainsworth.

—¿Nos vamos, Alexandre? —replicó la prometida.

Este, se apresuró a montar mientras que Irene retornaba a su sitio. Miró cómo Sir Ainsworth se condujo a ella con el caballo e hizo una reverencia solemne inclinando la cabeza para después dirigirse a su prometida. Notó que Irene no apartaba la vista de él. Entonces le sonrió, y acto seguido hizo elevar al animal en dos patas para salir a todo galope. Elizabeth trató de alcanzarlo, pero no pudo. En un instante Irene se incorporó y asomó el rostro en dirección a dónde se habían conducido, alcanzando a percibir a la pareja a lo lejos. Alexandre había hecho detener al animal para esperar a su prometida. Pero la verdad, solo lo hizo para advertir a la chica desde lejos. Irene no se movió y siguió de pie debajo del árbol sin apartar la mirada y hasta que se perdió de vista cuando este se introdujo en el bosque.

En cuanto se posó en la manta, comenzó a llorar en silencio… Las lágrimas comenzaron a caer una a una sobre las páginas del libro. En cuanto contempló la primera gota sobre la hoja de papel, se preguntó así misma si alguna vez ella hallaría un hombre como él. Dudaba que así lo fuera ya que a simple vista parecía el perfecto caballero que toda mujer deseaba tener. Enjuagó sus lágrimas y continuó con su lectura.

Dejó pasar un par de días para regresar a su lugar preferido, pues deseaba retomar su lección en aquel sitio. Así que cogió su caballo y partió de inmediato.

Estaba casi a punto de llegar a su sitio cuando visualizó un corcel atado cerca de su árbol preferido. Enseguida desmontó para acercarse a pie y ver de quién se trataba. Se aproximó silenciosamente, hallando sobre la hierba fresca el cuerpo tendido de Alexandre. Irene lo miró con calma; tenía los ojos cerrados, las piernas cruzadas y las manos por debajo de la nuca. No lo molestó y dejó que descansara. Se retiró, así como había llegado, silenciosamente. Montó su caballo y a paso suave se alejó. En cuanto se encontró en su habitación supo de inmediato que no podría regresar a su sitio preferido debido a que él siguiese frecuentando el lugar esperando toparse con ella. Así que se vio a la necesidad de determinar otro paraje para poder continuar con su lectura.

Y en efecto, así fue. Cada día Alexandre retornaba al sitio para dialogar con ella en secreto y charlar sin intromisión. Pero ella… jamás regresó. Eso lo entristeció en demasía. Y mirando la frase que poseía el árbol se acercó a él para palpar su relieve. Mientras la tocaba, comprendió que esa chica jamás regresaría. Así que montó su caballo y se alejó del lugar para no volver.

Capítulo 18

18

Una oportunidad

(Nocturne op9 No2-Chopin)2 rep

(Dreams and Memories — Brian Crain)

(Leaves on the Water — Brian Crain)2 rep

(Song for Rome — Brian Crain)

Presione la imagen para escuchar su música y ambientar su lectura.

Elizabeth había revelado a su prometido que deseaba vivir en Basingstoke y cerca de sus padres. También, hizo mención de la existencia de una hermosa propiedad en venta en aquella zona y sin dudarlo se la mostró. La perfecta casa de Hampshire pertenecía a un vizconde que solicitaba una cuantiosa suma de dinero por ella y por tal motivo aún no se había efectuado tal venta. Pero a Sir Ainsworth no le importó y la adquirió a pesar de todo. Había accedido solamente porque se localizaba a un par de millas y en el mismo poblado en el que residían los Black.

Esa mañana Anthony Hamilton llegó de visita.

Alexandre había hecho llegar la invitación a su boda y de inmediato el joven se puso en camino. Como ya no tenía negocios pendientes qué atender quiso darse un tiempo y conocer las nuevas tierras que había adquirido.

Anthony era su hermano menor, hijo de Will Hamilton y su madre Agatha, tenía apenas diecinueve años, aunque siempre aparentó tener mayor edad. Desde los doce, Alexandre se lo llevaba con sigo en cualquiera de sus travesías y le enseñaba todo lo que había aprendido de Peter con respecto al mar. En ocasiones cuando Alexandre se hallaba cerrando algún trato con algún caballero, él, pasaba el tiempo con alguna encantadora dama. Creía que era más satisfactorio estar entre las piernas de una atractiva mujer que discutiendo un trato con algún mercante amargado. No fue hasta que cumplió dieciocho años cuando su padre le otorgó su

primer navío.

Anthony físicamente era muy distinto con respecto a su hermano; medía no más de uno setenta y cinco, diecisiete centímetros menos que él. De tez blanca, cabello largo y rubio, ojos azules y con una mirada que penetraba a cualquiera. Aunque no era muy corpulento con respecto a su hermano, el mar estaba haciendo su trabajo proporcionándole una buena figura. Además, hablaba con gran elocuencia y naturalidad elogiando a más de una. Con un cuerpo así, y una lengua tan sutil, cualquier dama caía rendido a sus pies.

En cuanto arribó un sirviente le dio la bienvenida. Este no tardó en informar que deseaba inquirir con él y Phil, el mayordomo personal de Alexandre lo condujo hasta su estudio.

Ainsworth se mantenía revisando unos documentos en compañía de unos caballeros cuando éste ingresó y lo saludó muy animado.

—¡Hola, Ainsworthi ¿Cómo has estado?

Alexandre lo miró desde su sitio, y de cómo se venía aproximando a él con paso firme. Sin esperar se elevó de su asiento y se condujo a él para darle la bienvenida. Tenía un par de meses cuando lo vio por última vez en Londres.

—¡Qué sorpresa verte por aquí, hermano! —Dándole una palmada en la espalda—. No creí que llegarías tan pronto.

—Pues ya ves, —Contestó animado—. Me llegó tu invitación y no quise perder el tiempo para ser el primero en felicitar. Y ahora, eme aquí. —lo abrazó nuevamente—. ¡No sabes el gusto que me da el saber que te casarás pronto! Aunque claro, mi madre creyó que jamás sucedería y quizá se deba a que nunca le presentaste ninguna dama.

Alexandre sonrió, en cuanto escuchó aquellas palabras despidió a los caballeros que tenía su lado y lo sujetó por el cuello para llevarlo consigo hacia el salón principal.

—Y dime, Anthony, ¿cómo van tus negocios?

—Bastante bien, hermano —reveló orgulloso—. "El andante" está en este momento en aguas abiertas y con rumbo fijo a América. No lo volveré a ver sino hasta dentro de tres meses... Y en vista de que no tengo nada más que hacer, me vi a la necesidad de venir a acompañarte a lo que será la espera de tu funeral.

—¿Crees que necesito compañía? —sonrió.

—Es evidente, hermano, que te falta algo de diversión antes de encadenarte a una mujer. O qué… ¿acaso no recuerdas que soy un experto en el amor?

Alexandre soltó una risotada porque sabía lo hábil que era con las mujeres, pero no tanto con los negocios.

—No, no se me ha olvidado. Sé de dónde has adquirido tu vasta experiencia. Recuerdo Aquella señorita de Watford que me quitaste. —¡Hermano…! ¡Esa mujer se me echó a los brazos! ¡Qué querías que hiciera! —¡A sí! Y qué me dices de la dama de París. —¿Cuál de todas? —¿Es en serio? —Meneó la cabeza al creerlo capaz de arrebatarle cualquier aventura amorosa que hubiese tenido—. Hablemos de Nicolle… Dime, ¿por qué la tomaste? —¡Ay, hermano!, me había enterado de que besaba muy bien y quise probar. —¿Y qué me dices de Odette? —¡Por favor…! Esa mujer era tan mujerzuela que cualquier hombre que se le atravesaba se la llevaba la cama. Me imagino que tú también te la cogiste. —Claro que lo hice, pero no hablaré al respecto… eso no te exonera de Shopie, la dama que vivía en Ámsterdam… Dime, ¿por qué me la arrebataste?

—¡No, mi hermano, jamás te la arrebaté! ¡Ella quería estar conmigo…! Además…, sabía perfectamente que sería una aventura más para ti y por tal motivo quise ayudar.

—Aventuras o no, no tendrías por qué entrometerte en mis conquistas amorosas, eso no es de caballeros. Pero ya no deseo recordar viejos tiempos. Y dime, ¿has visto a mí madre?

—No, la verdad es que no, pero sé que espera tu invitación… Sí lo harás, ¿verdad?

—Por supuesto que lo he hecho. He enviado la carta junto con otras. Sé que ya la ha recibido puesto que me ha remitido y declara que espera con ansías verme casado, o al menos eso indicó.

Anthony lo escuchó atento mientras indagaba por la estancia en busca de un vaso para comenzar a beber. Alexandre lo notó y mandó traer al instante un vino de su mejor reserva. En cuanto terminó de ingerir la última gota le agradeció el gesto con una palmada en la espalda.

—¿Y cómo es la señorita? —preguntó sin reserva.

Alexandre lo miró sorprendido pues se mantenía bebiendo de su copa cuando recordó el día en el que le ofreció un trago a Irene. Eso fue lo que

lo desubicó de la charla.

—¿Cuál señorita?

Anthony se extrañó de que no distinguiera de quién hablaba.

—Me refiero a tu futura esposa. ¡O qué! ¿Hay otra?

—¡No, para nada — se echó a reír—, sólo hay una…! Elizabeth.

El joven no lo cuestionó con respecto a otras, pero sí con respecto a su futura esposa.

—Y dime, Alexandre…, ¿ya te la cogiste?

—No, no lo he hecho —frunció el entrecejo al sentirse desatinado por su comentario—. Sabes que ella no es como las mujeres que frecuentas a diario.

—¡Ay, hermano…! —se echó a reír—, ¡Todas las mujeres son iguales! ¡Todas desean lo mismo!

—¿En serio? ¿Y qué desean las mujeres…? Explícame… ¡Oh, hombre de vasta experiencia!

—Que les demuestren afecto claro. Que las abracen y que le hablen al oído, todas esas cursilerías que las mantienen al borde del deseo. Dime, ¿acaso lo has hecho?

Alexandre posó la vista en su copa y guardó silencio. Eso era algo que deseaba hacer, pero no con ella, no con esa mujer petulante y que siempre le había parecido tan desagradable.

—Y dime —Prosiguió—… ¿Cuándo me la presentarás?

—Hoy mismo si lo deseas. —declaró sin rodeos—. Saldré en un par de horas para charlar con sus padres ya que han quedado algunos asuntos pendientes por atender.

—Entonces, que no se diga más, iré contigo.

—Que así sea.

Dos horas más tarde salieron de Hampshire y se encaminaron con los Miller. En el instante en el que el pretendiente presentó a su hermano, estos lo saludaron afectuosamente. Se sorprendieron del poco parecido

físico, y de la poca información con respecto al caballero ya que nunca antes les había mencionado que mantenía una estrecha relación. Aunque claro, sabían que Agatha había contraído matrimonio una semana después de haber enterrado Allen, y también, estaban al corriente de que había dado a luz a otro hijo cuando fueron a presentar a su hija para reafirmar el acuerdo. Conjeturaron que no mantenía una estrecha relación cuando jamás les habló de él. Pero al verlo ahí presente, y ante ellos, se percataron de su grandísimo error.

Anthony se mostraba alegre, carismático y jovial, muy distinto con respecto Alexandre que siempre que los visitaba se apreciaba serio y algo irritado. Elizabeth se sonrojó en cuanto Anthony le besó la mano y le guiñó un ojo. Él, no apartó la vista de la chica, le sonreía con indiscreción y le susurraba cosas al oído que la estremecían. La joven se sentía tan alagada de su parte que creyó que su belleza lo había cautivado… A diferencia de Irene tenía el cabello rojizo, sus ojos eran de un tono gris y su boca era pequeña pero carnosa. Además, poseía grandes pechos que se complacía en lucir al llevar grandes escotes pronunciados.

Alexandre los contempló desde lejos, sin embargo, no se inquietó por lo que hacía su hermano cuando jugueteaba con su mano. Esa tarde, había concurrido con ellos y con la única intención de informar que estaría ausente toda una semana pero que retornaría a tiempo para la celebración. Los Miller no se opusieron, pues se hallaban tan complacidos por los detalles que hacía para la boda puesto que Alexandre estaba lanzando la casa por la ventana complaciendo todos los gustos y extravagancias de la prometida y la madre. No habiendo nada más que decir se despidió de ellos. En cuanto se apartó de Elizabeth para encaminarse hacia su carruaje Anthony lo detuvo.

—¿Qué te pasa, Alexandre? Qué… ¡No piensas darle ni un besito de despedida!

Alexandre lo miró incrédulo, enseguida rodó los ojos sobre sus cuencas y tomando aire dio media vuelta para retornar con la dama. Reveló al instante su encantadora sonrisa y le plantó un beso profundo en aquellos carnosos labios. Al momento de hacerlo no sintió nada, sin embargo, la joven se quedó anonadada cuando sintió aquella pación que de él brotaba. Cuando finalizó palpó sus labios y lo miró partir.

—¡Satisfecho! —reveló Alexandre.

Anthony no lo creía. Al parecer, no le atraía aquella dama.

—El único satisfecho aquí deberías de ser tú, ¿no te parece?

Y marcharon.

Esa noche su hermano se quedó con él. Al parecer pretendía quedarse en Hampshire y hasta que se llevara a cabo la ceremonia. Así que le pidió alojamiento y Alexandre no se opuso pues tenía demasiadas cosas que hacer en Londres antes de contraer matrimonio, que creyó conveniente dejarlo a cargo para que pudiera recibir a los primeros invitados si el no llegaba a tiempo.

—Entonces te dejo, Anthony, cualquier cosa que requieras puedes solicitarlo a mi mayordomo. Phil pondrá a tu disposición todo lo que precises.

—Descuida, hermano, sabré apañármelas.

Por la mañana Alexandre partió y pasó cinco días resolviendo algunos negocios en Londres, y aunque esperaba tardar un poco más le indicaron que su embarcación había llegado antes de lo planeado, y que en su ausencia Peter había hecho los primeros movimientos. Eso apresuró su estancia así que regresó antes de lo improvisto.

Al llegar a Hampshire, miró aparcado el carruaje de los Miller a un costado de la villa. Halló a la señora Abbie, la dama de compañía de su prometida conversando con el cochero sin inquietud alguna. Imaginó que la joven se hallaba en el interior de la casa y aguardando por él. Al momento en el que Abbie notó su presencia se mostró sorprendida. Alexandre la miró y la saludó desde lejos. Sin inquietud se dirigió al salón principal.

—¿Dónde se encuentra la señorita Elizabeth? —cuestionó a Phil cuando no la halló en el sitio.

—En su estudio, señor.

Alexandre frunció el entrecejo y lo miró incrédulo. ¿Qué hacía Elizabeth en su estudio? Se dirigió hacia allá. Abbie, que vigilaba sus pasos ingresó al recibidor... sabía que su chica se había metido en problemas.

Ainsworth abrió la puerta sin temor. De repente, y sin imaginar, halló a Elizabeth sobre el escritorio y abierta de piernas frente a su apasionado hermano. La tenía en una posición demasiado comprometedora que dejó Alexandre atónito; Elizabeth llevaba el vestido desajustado y ya no portaba medias ni corsé, su falda junto con las enaguas las mantenía enrollada por encima de la cintura. Mientras que el amante, solo llevaba

puesto el pantalón a media pierna y atrayéndola por su cadera.

—¡Anthony! —Llamó.

Anthony giró el rostro y se sorprendió al ver que su hermano estaba ahí de pie. No esperaba su arribo sino hasta el día de mañana tal cual como había indicado en una nota. En cuanto Elizabeth escuchó su voz, soltó un grito y se escondió tras el escritorio.

—¡Hermano! ¡No es lo que parece! —afirmó.

—¡Por Dios, Anthony! ¿Es en serio…? ¡En mi propia casa!

Anthony temeroso comenzó a remontar sus pantalones mientras Alexandre le dirigía esta corta amenaza. Enseguida cogió la camisa que se hallaba en el suelo y comenzó a instalarla. Alexandre sin decir más dio media vuelta y marchó.

—¡Abbie! —Llamó por el corredor.

La doncella escuchó atenta su llamado y de inmediato se puso a su servicio, hizo una inclinación temerosa y oyó su aseveración.

—Ayude a vestir a Elizabeth. ¡De inmediato!

Abbie obedeció la orden. Se encaminó hacia el estudio y halló a la joven detrás del escritorio demasiado avergonzada y procurando alizar sus ropas. Detrás de ella venía Alexandre que miraba cómo esta se conducía a ella. Entonces giró el rostro para encarar a su hermano que se apresuraba a vestir. No esperó a que terminara así que se aproximó a él; lo cogió del brazo todavía mal vestido y lo encaminó hacia la puerta principal.

—¡Márchate, Anthony! —y lo lanzó hacia su caballo—. ¡No quiero verte por aquí!

Anthony lo miró incrédulo… Sabía qué cuando Alexandre se enfurecía era una persona irreconocible, pero al parecer este no era el caso, esto era diferente, este, simplemente se percibía molesto y algo malhumorado. Aunque claro, no quiso saber qué tan enojado se hallaba y ni pensaba averiguarlo, así que montó su caballo y se marchó. Alexandre miró cómo partía y en cuanto dejó de visualizarlo por el camino ingresó en la mansión y se dirigió a su estudio.

Ahí estaba Elizabeth, asustada, vestida y junto a su dama. Enseguida se aproximó, le lanzó una mirada inquisidora y le dejó ver su total desprecio. Con un movimiento brusco la cogió del brazo y la sacó del recinto para montarla en el carruaje. En el instante en el que tomó asiento Elizabeth, Abbie ingresó y se sentó a su lado. Ainsworth se posó de frente y dio la

orden para que el carruaje se pusiera en marcha.

Al llegar, bajó del carruaje y la llevó consigo. Ella comenzó a oponerse, sin embargo, no lo logró. En cuanto ingresó en la residencia buscó con la mirada al señor Miller. Este se hallaba en el salón de estar y conversando con los primeros invitados que habían arribado.

—¡Señor Miller! —Llamó su atención—. ¡Necesito hablar con usted…

Miller puso atención en su yerno y descubrió cómo mantenía del brazo a su amada hija.

—¡Pero, qué ocurre, Sir Ainsworth!

—A solas, señor Miller.

Miller echó un vistazo a sus invitados que permanecían en la estancia y cuchicheaban entre sí. Entonces se condujo a su yerno y lo encaminó hacia su despacho. Georgia fue tras él.

Ya en el estudio le hizo saber la situación tan embarazosa en la que había hallado a su revoltosa hija y en brazos de su terrible hermano. Después, y con una seguridad inmensa expresó.

—Debe usted entender que ahora no puedo aceptarla como mi mujer, pues es imperdonable lo que ha hecho en mi propio hogar… Por tal motivo, me veo en la necesidad de cancelar la boda. Y con su permiso me retiro ya que no tengo nada más qué hacer aquí. —salió presuroso del recinto.

En la entrada principal, se hallaba Kirk, el encargado de su establo, y con uno de sus caballos ensillado y listo para partir.

Al montar su corazón se sintió libre y latía con demasiada intensidad. Con una alegría en el alma se encaminó a la residencia de los Black pues no deseaba esperar ni un minuto más para charlar con Irene y declarar su sentir.

En el instante en el que descendió de su caballo un mayordomo lo atendió y no tardó en solicitar audiencia para conversar con la dama. El empleado dio aviso a otro hombre mientras él lo encaminaba al salón recibidor. Alexandre esperó alegremente en el sitio. Se sentía muy excitado de poder informar lo de la cancelación de su boda ya que deseaba cuanto antes iniciar el cortejo con ella.

Los minutos volaron y estaba más que impaciente por hallarse a su lado. Pero, al contemplar a la mujer que ingresaba en la estancia no era

precisamente su dama supo de inmediato que Irene no lo recibiría.

—La señorita Irene no desea verlo, señor —reveló Maiwen—. Se encuentra indispuesta. Por favor, haga el favor de retirarse.

Alexandre deseó encararse con ella, sin embargo, al ver que no lo atendería, no lo dudó y dejó una nota.

Mi querida Irene

Me es grato informar que he roto mi compromiso con la señorita Elizabeth, y quisiera decirle que en la única mujer en la que logro pensar es en usted. Por favor, sea tan amable de atenderme lo antes posible.

Sir Ainsworth

Alexandre se retiró. Había tantas cosas por hacer al cancelar la boda que creyó prudente no esperar más y realizarlas ese mismo día, pues esperaba retornar el día de mañana y con la única esperanza de dialogar con ella.

Desde la ventana Irene lo vio partir. Sabía que tenía algo que decir, sin embargo, estaba renuente a escuchar lo que saldría de su boca. En ese instante Maiwen ingresó en la habitación y le entregó la nota, acto seguido la arrojó al fuego y miró cómo se consumía poco a poco. Sabía que si miraba su contenido podría ablandársele su corazón y ceder a sus caprichos. Imaginó que tal vez en su desesperación le pediría que fuese su amante, ya que era de su conocimiento que muchos matrimonios aristocráticos poseían tantas amantes como podían mantener. Y eso, no estaba dispuesta hacer a pesar de lo mucho que le atraía.

Esa misma tarde mandó preparar un carruaje para salir cuanto antes. Escribió dos notas; una dirigida a sus padres; en donde informaba de su estadía con el abuelo Freddie y la siguiente, para Sir Ainsworth. Y así, sin más ni más partió.

A la mañana siguiente y desde el amanecer se presentó el caballero con el mayor entusiasmo. Maiwen fue la encargada de recibirlo y de informar de que Irene no se hallaba en su hogar.

—¿A dónde ha ido?

—No sabría indicarle, señor. Ya que nunca lo mencionó.

—¡Eso no puede ser posible! ¡Tiene que saber dónde se encuentra!

—Le aseguro, señor, que yo no lo sé, sin embargo, ha dejado esta nota para usted —Acto seguido se la entregó… Alexandre estaba renuente a

leerla porque intuía su contenido. Aun así, la curiosidad de saber qué era lo que tendría que declarar lo invadió.

Señor Ainsworth

Por favor, nunca más vuelva a escribirme. Le repito, no deseo saber nada más de usted.

Irene Black

Alexandre quedó anonadado. No podía creer lo dolorosas que podrían ser esas cortas palabras. Su pensamiento se le nubló pues había imaginado que tal vez Irene sentía alguna afinidad por él. Se llevó las manos a la frente y aliñó su cabello dando un gran suspiro a la vez. Después, agradeció la atención recibida y marchó.

Al llegar a su morada ingresó a su estudio y se tiró al sillón.

—¿Puedo ofrecerle algo, señor? —Phil de inmediato ofreció su servicio.

—Por favor, Phil, traedme una botella de whisky.

—Enseguida, señor.

Phil fue a la cava para traer su mejor reserva y le sirvió un poco en un vaso. Estando los dos solos en la habitación, y al ofrecerle el trago se atrevió a indagar.

—¿Qué es lo que le perturba, señor?

Alexandre lo miró adolorido.

—He roto mi compromiso con Elizabeth y brindo por eso —reveló dando el primer sorbo—. Pero en esta ocasión no solo es alegría lo que me embarga, sino también la tristeza, pues la señorita que me ha conquistado ha matado todas mis esperanzas y dudo que algún día desee volver a verme.

Giró para verlo de frente, y elevando la copa en el aire brindó.

—¡Salud por eso!

Phil, cogió un vaso de la charola y lo llenó de Whisky para acompañarlo en su dolor.

—¡Salud, señor!

Esa mañana Alexandre bebió por completo la botella y hasta quedar sumergido en el licor. Phil, en sus quince años de servicio jamás lo había visto comportarse así. En cuanto cayó inconsciente, él, junto con otros dos hombres trasladaron su cuerpo hasta su alcoba y solo para recostarlo en su cama. No despertó hasta la siguiente puesta de sol.

Por la tarde Alexandre se hallaba mucho mejor. Recibió al señor Leroy en su estudio y solicitó el paradero de su hermano pues pretendía hacerlo casar con su hija o retarlo a duelo por el deshonor que había causado a la familia.

—Me temo que jamás aceptará casarse con su hija, señor Miller —declaró Ainsworth sin inquietud alguna—, ya que mi hermano no hizo nada que la joven no haya querido hacer. Y si decide retarlo a duelo debería de pensarlo dos veces, pues Anthony es muy bueno con las armas y estoy seguro que si se enfrenta a él perderá la vida. No creo que sea prudente dejar a la familia Miller sin su protector.

Alexandre estiró el brazo nuevamente. Esperó a que Phil le sirviera otro poco de ese líquido en su vaso y bebió de él. Mirando su contenido se aventuró a decir:

—Le sugiero que mantenga todo esto en secreto, señor Miller, porque será lo mejor. Le prometo que no saldrá de mi boca palabra alguna con respecto a lo ocurrido... Pero si usted insiste…, le daré la dirección de su oficina y en donde seguramente mi hermano se hallará. Estoy seguro que podrá compensarlo generosamente por este terrible inconveniente.

Miller se quedó pasmado por su insolencia y observó cómo Alexandre garabateaba en una hoja. En cuanto terminó de hacerlo le entregó la información y este partió de inmediato.

Como se lo hizo saber, Anthony no pretendía contraer matrimonio con su hija ya que llegó a sus oídos lo cariñosa que era en la cama con cierto grupo de hombres. Sin temor alguno se lo hizo saber al padre y le aseguró que su hija ya no poseía la virtud cuando él la tomó. Miller intentó retarlo a duelo, sin embargo, se enteró que verdaderamente Sir Hamilton jamás fallaba, puesto que dos caballeros habían sido heridos al tratar de defender el honor de alguna dama y otro más había fallecido por causa de su arma. Entonces las palabras de Alexandre retumbaron en su mente y sin esperar más habló con el joven quien generosamente ofreció una cuantiosa suma de dinero por el inconveniente. En cuanto terminó regresó a Basingstoke para dialogar con Ainsworth y suplicar que no mencionara nada de lo ocurrido, pues pretendía casar a su hija con algún otro caballero quien no estuviera al tanto de aquel hecho. Alexandre aceptó y

le dio su palabra.

Antes de salir de viaje y con dirección a las Indias, se despidió de Phil en el muelle e indicándole a la vez que retornara a Bournemouth y aguardara por él ahí. Phil obedeció la orden y le deseó un buen viaje. Acto seguido el mayordomo inició con los preparativos y dejó la villa de Hampshire.

Alexandre dirigió la mirada por última vez al puerto trayendo a su mente la imagen de Irene. Sacó pues de su chaqueta La última nota que le había entregado y en donde la chica había plasmado esas palabras tan dolorosas. La leyó de nuevo y acto seguido dejó que el viento se la arrebatara. Alcanzó a contemplar cómo esta revoloteaba por el aire para después caer fríamente sobre el tranquilo mar. Enseguida y sin que nadie le ordenara, dio media vuelta y comenzó a dar indicaciones a su primer oficial. Pretendía olvidar todo lo ocurrido en Inglaterra. Esperaba que el tiempo, y con ayuda de su querido mar, le fuera posible borrar de su memoria todo recuerdo de aquella dama que lo había cautivado con su mirada, y que, sin importar sus sentimientos lo desairó.

Capítulo 19

19

Secretos

(Dancing by Starligth—Brian Crain) 3 rep.

(Perfect Ed Sheran-The Piano Guys) 2 rep.

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Año nuevo llegó tan rápido a Winchester y con un soplido de aire frío de invierno cubrió de nieve blanca todo el hermoso valle. Los Black decidieron recibirlo en casa del Abuelo Freddie y en donde, Robert y Marcos comparecieron en compañía de sus familias para festejarlo junto con su padre.

Esa mañana Shannon divisó a su marido descansar cerca de la chimenea y leyendo el periódico en un sillón muy fino en el salón principal.

—Querido —llamó desde lejos—, ¿tienes un momento?

—Dime, mujer, ¿qué se te ofrece?

Shannon se instaló cerca de la chimenea.

—Mi hermana Rebecca ha escrito… Me ha informado en su nota que mi madre desea verme y creo prudente partir el día de mañana esperando que no te moleste.

—Para nada, querida. Ve, sé que te estará extrañando, y no me lo perdonará si no te dejo marchar. Por mi parte deseo pasar un tiempo más con Freddie. Y…, si no te molesta, te alcanzaré el siguiente fin de semana por allá.

—Está bien, querido, te veré pronto. Te comento que llevaré conmigo a nuestras hijas.

—Bien, mujer, será mejor así. Porque no creo que les agrade permanecer a mi lado. Pero…, quizá Irene lo desee, debería de informarle para ver si

puedo convencerla de quedarse a mi lado.

En el instante en el que se llevó el trago a la boca su mujer se manifestó en un tono exasperante.

—¡De ninguna manera dejaré aquí a tu hija! Conoces perfectamente que pretendo alejarla de actividades que ponen en riesgo su vida y que la apartan de sus deberes… A mí no me vas a engañar, porque sé que pretendes llevarla con el abuelo de cacería y eso no lo permitiré. ¿Acaso no sabes lo mucho que me molesta que hagas eso?

—¿Qué? —La miró con sorpresa—. ¡Yo…! ¡No mujer…, cómo crees! Es ella la que lo desea y no puedo negarme… tú sabes lo buena que es con las armas.

—Sé que es buena con ello y por tal motivo he decidido llevarla conmigo porque no pretendo que la alejes de lo que es tan necesario en ella. Tú sabes de antemano que debería realizar actividades propias de una dama y no de hombres como lo han venido haciendo.

—De acuerdo, mujer —sonrió—. Me tendré qué conformar con la compañía de Julius.

—Bien querido —se relajó—, me alegro de que comprendas. Entonces… me retiro. Daré aviso a las chicas de que partiremos mañana y con la primera luz del alba.

—De acuerdo, querida.

Shannon se despidió de él con un beso en la mejilla y salió del salón para buscar a sus hijas. Las halló en el jardín muy animadas. En cuanto escuchó de sus labios que irían de visita con la abuela Anna, Yasmine se alegró, se incorporó y se encaminó para preparar su equipaje. Mientras que Irene prefirió aguardar en el jardín y solo para terminar de hacer un muñeco de nieve para la pequeña Kalie. Al enterarse Joanna de su partida decidió acompañarlas, ya que no pretendía quedarse sola en casa.

Esa mañana la señora Black llevó consigo a sus tres hijas y junto con ella a la divertida Joanna. En el trayecto las jóvenes no paraban de reírse y comenzaron a cantar. Shannon se percató de su entusiasmo cuando escuchó la tonada. Al contemplar a su hija mayor notó que se percibía más tranquila y alegre, e imaginó, que tal vez es año la vería casada con algún buen hombre. No expresó su pensar, solo se dedicó a contemplar y a distinguir la felicidad que radiaban sus joviales rostros.

En el momento en el que llegaron a Homforest, Irene se condujo con mucho entusiasmo para saludar a la abuela. Anna la divisó por el gran salón y conduciéndose a ella con una inmensa sonrisa. Sin titubear la

abuela la saludó y le ofreció panecillos de chocolate, de aquellos que tanto le agradaban cuando apenas era una niña. Irene cogió uno de la charola y se lo llevó a la boca. En cuanto terminó de zambullirse el primero la abuela la cuestionó:

—Y dime, Irene —acomodándose en su asiento—. ¿Cuándo piensas casarte?

Irene se atragantó con el bocado cuando escuchó sus palabras.

—¿Acaso no tienes algún pretendiente por ahí…? Porque sería una mentira de tu parte si lo negaras.

—Creo tener algunos —agregó sin inquietud—, pero no son de mi agrado.

—¿Cómo que no son de tu agrado….? ¿ya te has relacionado con ellos o estas aguardando a uno?

La chica guardó silencio e hizo como si no hubiese escuchado aquel comentario. Anna no la cuestionó más. Se había percatado de que su nieta no quería hablar sobre el tema, aunque claro, esperaba que Shannon ventilara sus dudas pues para ella era inconcebible que la más hermosa de sus nietas permaneciera todavía solterona. Se levantó de su asiento y se dirigió al recibidor para darle la bienvenida a su primogénita. Irene se incorporó, sacudió las migajas de su ropa y tomando otro panecillo lo llevó consigo. Halló a la pequeña Kalie descansando junto a su madre y jugando a la vez con un listón entre sus manos. En cuanto la pequeña divisó a su hermana con el panecillo en las manos, dejó de jugar y se encaminó a ella. La pequeña estiró el brazo e Irene se lo ofreció. Kalie se sentó junto a la chimenea mientras que Irene se condujo a una estantería para coger un libro.

La niña escuchaba atenta el relato de boca de su hermana cuando alguien interrumpió.

—¡Aquí estás! —resonó la voz de Joanna en el salón—. ¡Qué bien!

—¿Qué ocurre? —cuestionó Irene.

—Irene, mi amiga Stephanie acaba de invitarme a patinar. ¿Te gustaría acompañarnos?

Irene la contempló por un momento y con una sonrisa en los labios aceptó gustosa. En ese instante su hermana Kalie la cogió del brazo y muy animosa exclamó.

—¡Yo también quiero ir, Irene! ¡Deja que te acompañe!

Irene no se opuso, es más, invitó a Yasmine, pero ella se negó rotundamente argumentando de que en cuanto se cayera ensuciaría su nuevo vestido. Entonces decidió no rogarle a sí que dio aviso a su madre y partieron de inmediato.

Habían arribado a los hermosos jardines de Kensington, en donde hombres, mujeres y niños patinaban con entusiasmo sobre el congelado lago. Kilie se hallaba en el centro de la pista y del brazo de Irene, no perdía la esperanza de aprender a girar sobre un pie. Cada vez que se caía, Irene la impulsaba a levantarse y hacerlo de nuevo. En cambio Joanna y Stephanie descansaban sobre una banca y no muy lejos de ahí. Solo se habían detenido para pedir una taza de café y beber un poco.

—¡No puede ser verdad! —dijo Joanna en voz alta cuando contempló a lo lejos a una mujer.

—¿Qué es lo que no puede ser? —inquirió Stephanie.

—Ves aquella mujer — Joanna incrédula apretó los labios y señaló.

—Sí, sí la veo.

Joanna se elevó de golpe de su asiento y se llevó consigo a Stephanie.

—¡Rápido!¡Tenemos que marchar!

—¿Pero?, ¿cómo?, ¡Si acabamos de llegar! —Repuso Stephanie.

—¡Irene no puede verla! —Afirmó Joanna.

—¿Por qué?

—¡Acaso no lo vez, es la esposa de Sir Ainsworth!

—¿Quién?

—¡Cómo qué quién! ¡Elizabeth! —Tirando de ella.

Stephanie giró el rostro y contempló a la mujer.

—¡Joanna… creo te equivocas! Elizabeth… no es la esposa de Sir Ainsworth.

—¡Oh, Stephanie, claro que lo es…! ¿Acaso no te enteraste que se casaron

el pasado otoño?

—¡Desde luego que no!

—¡Por supuesto que sí!

—Claro que no —reafirmó—. Y lo sé porque nosotros fuimos invitados a la celebración.

—¿Cómo?

—Sí… Fuimos invitados, pero el evento fue cancelado.

—¿Cómo…? ¡Explícate!

Stephanie hizo que le soltara el brazo y la aproximó a otra banquita que se hallaba a su costado.

—Siéntate, porque al parecer esto te interesa… —Continuó hablando mientras la acomodaba—. Hace varios meses fuimos invitados a la celebración ya que mi padre conoce a Sir Ainsworth desde un tiempo a la fecha. Él, muy amablemente nos invitó a su boda con dos meses de anticipación… Pero, antes de llevarse a cabo la unión nos trajo su sirviente la noticia; nos entregó una carta presuroso en donde el caballero se disculpaba brevemente.

—¿Y cuál fue el motivo de cancelación, lo sabes? —Indagó Joanna.

—Ciertamente no lo sé, pero tres días después de habernos hecho llegar su nota mi padre habló con él. Ainsworth explicó brevemente el motivo.... Mencionó que Elizabeth no pretendía contraer matrimonio con él ya que había sido un consorcio arreglado por ambas familias y no deseaba ser su mujer. La chica se lo manifestó una tarde y a pocos días de contraer matrimonio. Él declaró que tampoco deseaba ser su esposo así que llegaron a un acuerdo y ambos decidieron cancelar la boda.

Joanna quedó impactada.

—¡No puede ser verdad…,! ¿Estás segura?

—Me temo que así fue —reafirmó la amiga—… Pero hay otra versión. —Se inclinó un poco para susurrarle tímidamente al oído: —Escuché por ahí que no se habían casado porque Alexandre la halló en brazos de otro hombre… Con su hermano, según parece.

Joanna abrió los ojos como plato revelando a la vez su gran sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Un conocido de mi padre observó cómo dialogaba el señor Miller con el hermano de Ainsworth.

—¡Por Dios, Stephanie! Uno no puede sacar una conjetura así con tan solo ver dialogar al señor Miller con alguien.

—Te dije que fue un rumor yo nunca mencioné que fuera verdad, ¿o sí?

Joanna visualizó a lo lejos a Elizabet e intuyó que podría ser verdad. No había observado por ninguna parte al señor Ainsworth solo al señor y a la señora Miller que se hallaban charlando con algunas personas.

—¡Tengo que decírselo…!

—¿Decirle a quién? —preguntó Stephanie.

—¿Cómo que a quién?... ¡A Irene!

—¡Pero…! ¿Por qué a ella?

Joanna contempló a su amiga, no sabía cómo poder expresar los sentimientos más profundos de su prima.

—Irene gustaba de Sir Ainsworth —reveló finalmente.

Stephanie se sorprendió y la buscó con la mirada.

—¡Ahora entiendo…! —repuso con alegría—. Al parecer, es a ella la que buscaba incesantemente la otra noche en la fiesta Alexandre, ¿no es así?

—Efectivamente.

—¡Huy, amiga!, en cuanto le des la noticia no quisiera estar en tus zapatos.

—¡Claro que estarás…! ¡Pues tú se lo dirás!

—¿Cómo? ¿Y yo por qué?

—Porque no me creerá a mí si se lo digo, así que se lo dirás tú hoy mismo.

Las dos posaron la mirada en Irene por un largo tiempo imaginando lo terrible que sería la noticia para ella. Al transcurrir los minutos se metieron en la pista y se divirtieron con ella un rato. Nunca se toparon

con Elizabeth debido a que esta ya se había marchado.

Se mantenían las cuatro jóvenes en el salón principal y Shannon fue la única que indagó en cómo les había ido. Kalie fue la que habló primero describiendo todo lo que había hecho esa tarde. Mientras que Irene afirmaba con la cabeza desde lejos a todo lo que su pequeña hermana expresaba. Notó cómo Joanna la observaba desde pie de ventana y cuchicheando a la vez con su amiga. Sinceramente no sabía por qué Stephanie había decidido acompañarlas, así que decidió acercarse a ellas para conversar y averiguarlo. En cuanto notaron que se venía acercando, se mostraron perturbadas. Irene frunció el ceño porque sabía que algo andaba mal.

—¿Qué les pasa…? —se instaló frete a ellas—. ¿Sucede algo…?

Joanna y Stephanie se miraron entre sí.

—Irene —una de ellas tomó valor—… Hay algo importante que tienes que saber.

Proclamó Joanna.

—Y… ¿qué cosa es? —las contempló con intriga.

—Ven, vayamos a otro sitio.

Cogió a su prima del brazo y la encaminó hacia su habitación. En el instante en el que se cerró la puerta tras ellas Joanna la hizo sentar en la cama y ella se instaló a su costado. Un silencio se hizo abrumador, entonces Irene expresó.

—¡Ya por favor, que me están asustando…! —miró a ambas—. Díganme… ¿Qué ocurre?

Joanna tomó aire y habló:

—Irene, el día de hoy vi a Elizabeth en la pista de patinaje.

Irene se sorprendió. Sabía que podría haber estado presente Alexandre.

—Y me he enterado de algo que…, sinceramente no sé cómo lo vas a tomar…

—Y… ¿qué cosa es?

Joanna tragó saliva y continuó.

—Stephanie me ha informado que Sir Ainsworth jamás desposó a Elizabeth.

Irene quedó absorta.

—Al parecer Elizabeth lo liberó del compromiso —Dijo Stephanie mientras se acomodaba a su izquierda—. No quiso casarse con él porque no deseaba un matrimonio arreglado.

—¡Eso no puede ser posible! —Reafirmó Irene—. Ella misma me lo insinuó.

—¡También creo que no es posible! —Repuso Stephanie—. Pues hay rumores que circulan en la ciudad que demuestran lo contrario.

—¿Rumores? ¿Qué clase de rumores?

—Sí… Se dice que Sir Ainsworth halló a Elizabeth en brazos de otro hombre y dentro de su propia villa.

Irene se elevó vertiginosamente de la cama y se encaminó hacia la chimenea. Y mirando el fuego ardiente que consumía los pedazos de madera uno a uno recordó aquel fatídico día.

—¿Qué sucede, Irene? —Joanna se incorporó y se acercó a ella—. ¡Ya… Tranquila…! No fue culpa tuya que no se celebrara la boda.

Irene giró y mostró su rostro abatido, y con las primeras lágrimas que habían brotado exclamó atónita.

—¡Es mi culpa!

—¿Por qué lo dices? —Preguntó Stephanie mientras se aproximaba.

—Ahora entiendo por qué Ainsworth fue a verme cuatro días antes de celebrarse su unión —titubeó en declarar —… Él deseaba dialogar conmigo y yo en mi orgullo me negué atenderle —Se cubrió la boca para que no se escuchara su llanto, pues estaba sumamente adolorida. Después, con un dolor profundo en el alma continuó—... Lo peor no fue eso… Quemé la nota que me hizo llegar sin haberla leído.

Se quedó mirando el fuego de la chimenea trayendo a su memoria aquel doloroso recuerdo. Se preguntaba en su interior por qué no había tomado el valor para leerla, por qué tuvo que arrojarla al fuego sin saber qué

declaraba en ella.

Joanna la miró por un instante, eso, jamás se lo había revelado. Se dio cuenta de que había cosas que Irene ocultaba en su interior y que prefería mantenerlas en secreto.

—¡Ya, no llores! —dijo Joanna—... No es momento de reproche, lo hecho, hecho está. Solo esperemos a que regrese pronto para que esto se solucione.

Irene viró el rostro rápidamente.

—¡No lo entiendes…! ¡Él jamás regresará! Pues yo misma se lo indiqué en una nota y en donde expresé con palabras tajantes que dejara de buscarme… y que leyó… precisamente en mi hogar.

Seguían brotando lágrimas sin control de sus ojos cuando expresó estas breves pero dolorosas palabras. Joanna junto con Stephanie se abrazaron a ella quedándose así por un largo tiempo. En cuanto se tranquilizó la joven, descendieron por las escaleras para dirigirse al comedor y cenar con la familia.

Joanna se sentó a la gran mesa y de frente a su querida prima. Contempló con inquietud el semblante que mostraba; tan sereno e inexpresivo cuando esta se dirigió a su madre manteniendo una sonrisa en el rostro. Ella, no podía comprender cómo era capaz de esconder sus sentimientos tan hábil y sutilmente.

Capítulo 20

20

Dos invitaciones.

(Song for Sienna—Brian Crain)

(Moorise—Brian Crain)

(The Cello Song -Bach is back with 7 more cellos- The Piano Guys)2rep.

(Photograph Ed Sherdan —cover Daniel Jan)2rep.

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Los Black se hallaban jubilosos en una pequeña reunión familiar y en donde esa mañana el señor Marcos junto con su hijo habían salido de cacería en compañía de algunos conocidos y familiares.

Shannon, que se hallaba con su hermana Rebecca en el salón principal no reparó en un familiar que había arribado. En el momento que ingresó Joanna al salón azul, y en donde con regularidad se descubría Shannon realizando alguna actividad recreativa no tardó en saludar.

—¡Hola, tía…! ¡Cómo ha estado! —llamó con un tono alegre.

Shannon viró para contemplar a aquel ser qué con tanto cariño se expresaba, y en cuanto notó que era su sobrina repuso muy animada.

—¡Qué gusto es verte nuevamente por aquí, Joanna, pasa!

—¿Y dónde está mi prima Irene?

—Se encuentra con su padre, querida…, de cacería.

—¡Escuché bien…! —expresó airosa y en el mismo instante que se despojaba del bonete—. ¿De cacería?

—Sí, mi niña, has escuchado bien… Se encuentra con su padre y su hermano Julius de cacería.

—¡Estoy que no me lo creo! ¡Quién hubiera imaginado que yo tuviese una prima así!

—Y ni yo me lo creo, cariño, pero qué le puedo hacer.

Suspiró la madre e hizo una mueca.

—Eso significa que no regresará hasta después del mediodía, ¿verdad, tía?

—Así lo parece, querida.

Joanna comenzó a andar por el saloncito y echó un vistazo a detalle al último cuadro que se apreciaba en la pared y que reflejaba la viva imagen de su prima Irene. Al acto descubrió lo atareada que se hallaba Shannon y de inmediato se aventuró a indagar.

—Y dígame, tía…, ¿qué está haciendo? La veo muy apurada.

—¡Oh, querida! —Shannon dejó lo que tenía en manos y se dirigió a ella con emoción—. Mi hermana Rebecca y yo estamos redactando las primeras invitaciones para la celebración de Irene. Recuerda que cumple esta primavera veintiún años, y estas, son las primeras invitaciones que vamos a enviar.

Joanna se quedó cavilando por un momento. Y cruzando el brazo por debajo del busto y llevándose la otra mano al mentón se aventuró a expresar.

—Tía Shannon.

—Dime, querida.

—¿Será posible que me obsequie dos…?

—¿Dos…? —frunció el entrecejo.

—Sí… Ya que deseo invitar a un par de amigos que estoy segura estarán encantados por asistir.

—¡Por supuesto, querida! Indícame quienes son y con gusto se las haré llegar.

—Quisiera hacerlo personalmente, tía, ya que dentro de poco partiré a Londres y no veo la necesidad de enviarlas con algún desconocido cuando puedo hacerlo personalmente.

—Está bien, Joanna. Toma. Aquí tienes.

Joanna se aproximó a ella y las cogió, agradeció el gesto de la tía con una enorme sonrisa y las guardó en su bolso. Acto seguido salió de la estancia y se condujo al jardín ya que aguardaría por Irene ahí.

En aquel lugar la servidumbre le ofreció algo de beber, cosa que no rechazó y agradeció con gusto. Al paso de media hora Irene se acercó con sigilo y la saludó abruptamente.

—Qué gusto me da de volver a verte, Joanna.

—¡Irene! —Giró amedrentada mientras depositaba el vaso de agua fresca sobre la mesa.

—No esperaba tu visita sino hasta el día de la celebración. —reveló la joven.

—Solo pasé a saludarte antes de ir por tu regalo.

—¿Mi regalo?

—Sí, para tu cumpleaños.

—Pero… si no acostumbras obsequiarme nada ese día. Siempre insistes en que yo te acompañe para que elija mi obsequio.

—¡Ah…! Pero en esta ocasión será diferente.

—¿Por qué tendría que ser diferente?

—Porque deseo obsequiarte algo que espero te agrade.

Irene entrecerró los ojos y la miró intrigada.

—Si no me agrada tu presente… te lo devolveré.

Joanna embozó una sonrisa.

—Espero que no sea necesario, porque lo que pretendo obsequiarte difícilmente podré devolver.

Irene siguió especulando, sin embargo, no deseó saber qué sería, pues lamentaría decepcionarse si aquel presente no fuera de su agrado. Joanna no tardó y la cogió del brazo para andar con ella por el jardín. En ese instante Irene recordó que deseaba mostrarle algo y muy entusiasmada

se dirigió a ella.

—¡Ven, Joanna, acompáñame!

—¿A dónde?

—Te llevaré a montar.

—¡Qué…! ¿No te cansas de cabalgar?

—¡Para nada!

Joanna dibujó una sonrisa en los labios y se condujo con ella. Jeff, que se hallaba en el establo preparó un par de caballos y enseguida ambas se pusieron en marcha.

La dirigió a trote suave y en donde se descubría a la lejanía un pequeño lago. En cuanto arribó, ayudó a su prima a desmontar e inmediatamente acercó a los animales para darles de beber.

—Y… ¿qué hacemos aquí? —Cuestionó Joanna.

Por un breve momento Irene guardó silencio. Y cerrando los ojos y sintiendo sobre su rostro el aire fresco del ambiente pronunció.

—Quise mostrarte este lugar.

Joanna lo miró. Hacía tiempo que Irene se lo había enseñado; en una de sus cabalgatas hace ya un poco más de tres años cuando siendo joven salieron todos de paseo.

—¿Qué tiene de especial este sitio?

Irene suspiró profundamente y habló.

—Aquí vi por primera vez a Sir Ainsworth.

—¿Qué has dicho?

—Sí. Aquí lo conocí… En una de mis cabalgatas repentinas y antes de dirigirme a Londres… Lo hallé reposando muy sereno en este sitio. Me imagino que pasó de visita con los Miller para poder conocer a Elizabeth.

—¡En serio…! ¿Y te dijo algo?

—No, no me dijo nada, solo me miró.

—¿Y qué hiciste tú?

—Me eché a correr.

—¿Pero…, por qué hiciste eso, mujer?

—Porque me asustó… Pensé que estaba muerto o algo parecido.

—¿Y por qué lo creíste?

—Porque no se movía cuando me incliné a revisarlo.

—¡Ah…! Quieres decir que lo tenías muy próximo a ti, ¿no?

Irene se sonrojó, y levantando la cabeza con suavidad afirmó.

—Nunca había conocido a un hombre así, Joanna. Cuando nuevamente me topé con él en Londres quedé impactada por su persona. Tal vez por esa razón no puedo olvidarlo y dudo lograr hacerlo algún día… Sé, que nunca hallaré a alguien como él.

Joanna comprendió lo mucho que le atrajo ese caballero, y lo afligida que se sentía por no vislumbrarlo durante tanto tiempo. Es por lo que tenía qué hacer lo que llevaba en mente.

—Irene —declaró Joanna—… Deseaba pedirte un gran favor.

—El que gustes.

—Mis padres saben que venía de visita, pero en vista de que deseo comprarte tu regalo lo antes posible debo marchar. Así que te agradeceré que no le cuentes nada a ellos de este viaje que pretendo hacer, pues tú mejor que nadie sabes cómo son tan severos conmigo y lo difícil que se prestan cuando intento salir sin su compañía.

—¿Quieres que les mienta a mis tíos?

—¡Omitir, Irene, omitir…! Que es diferente.

Irene sonrió ante tal afirmación.

—De acuerdo... Omitiré ese detalle... ¿Deseas compañía?

—No gracias, querida. Deseo ir sola. Es por lo que te pido que tampoco le hagas mención a mis tíos de lo que pretendo hacer, y yo te prometo que retornaré tan pronto como me sea posible.

—¡Aaah…! Ahora entiendo… Está bien, Joanna —sonrió—… No te preocupes. Aunque déjame decirte que es muy intrigante esto que deseas hacer. Solo te pido que tengas mucho cuidado.

—Descuida, Irene, estaré bien.

Joanna la abrazó y enseguida esta la ayudó a montar mientras que Irene trepó ágilmente sobre Ángelus. De inmediato ambos caballos se pusieron en marcha y volvieron a la villa.

Por la mañana Joanna Partió a Londres. En cuanto llegó a la residencia de los Williams la recibieron calurosamente. Stephanie no esperaba su visita, pero se alegró en cuanto la contempló posada en su sillón favorito y mostrando a la vez su inigualable sonrisa.

—Joanna, ¡Qué milagro de verte por acá! —Le dio un beso en la mejilla y la posó nuevamente en el sillón—. No te esperaba.

—He venido a saludarte y entregarte esto. —De inmediato sacó de su bolso la invitación y se la entregó.

—¡Es una invitación! —dijo Stephanie maravillada—. ¿De quién?

—Se acerca el cumpleaños de Irene y deseamos que asistas a la celebración. Sí vendrás, ¿verdad?

—¡Claro que lo haré, no me lo perdería!

—Además, quisiera pedirte un gran favor.

Stephanie le sonrió porque sabía que algo traía entre manos.

—¡Ya me lo imaginaba…! A ver, dime.

Joanna volvió a sonreír y muy amable exhortó.

—¿Podrías decirme dónde vive Sir Ainsworth?

Stephanie la miró con alegría porque intuía que algún día indagaría por él.

—Por supuesto, aunque tendremos que solicitarla a mí padre. ¡Ven! —la elevó del asiento—. Vallamos rápido con él antes de que parta.

Sin aguardar ni un minuto más la cogió de la mano y la encaminó al estudio, pues temía que su padre hubiese marchado y en tal caso tendrían

que salir a su encuentro al puerto.

El señor Williams estaba a punto de partir y casi tropiezan con él.

—¡Padre! —expresó Stephanie con entusiasmo— ¡Qué bueno que aún te encuentres aquí…! ¿Podrías proporcionarnos la dirección de Sir Ainsworth?

—¡Por Dios, hija! Casi tropiezo contigo. ¿Qué es lo que tanto murmuras?

—Mi amiga Joanna desea saber dónde vive Sir Ainsworth, y le he informado que tú lo sabes. ¿Le podrías proporcionar su domicilio por favor?

El señor Williams la miró, notó que Joanna le lanzaba una sonrisa picarona y entonces no le quedó de otra que afirmar.

—Por supuesto, señorita Black. Permítame.

Volvió a su estudio, y buscando sobre el escritorio y entre tantos papeles dio con la información qué tanto deseaban las jóvenes. La anotó en una hoja con gran avidez y se aproximó a ella para obsequiársela.

—Aquí tiene, señorita Black —extendió el brazo—. Y dígame… ¿Qué desea con ella?

—Lo que pretendo hacer, señor Williams… es entregarle una invitación al caballero.

—En tal caso podría hacerlo yo, si me lo permite.

—Se lo agradezco, señor Williams. Pero quisiera hacerlo personalmente.

—En ese caso… me temo que tendrá que aguardar por él, ya que el señor Ainsworth aún no ha tocado puerto.

—¿Cómo? ¿No se encuentra en Londres?

—Me temo que así es, señorita Black — Williams echó un vistazo a las dos damas cuando notó que caían en el asombro—… Al parecer… su navío tuvo un ligero retraso.

—¿Sabe usted cuándo regresará? —Joanna indagó deseosa.

—No lo sé, señorita. Pero… podría ser en un par de días, una semana o incluso un mes… Con él no se sabe exactamente. Sin embargo —hizo un ademan con el dedo—, abecés suele llegar primero a Bournemouth en lo

que espera el desembarque de su navío en el puerto de Londres.

Joanna se quedó cavilando por un momento... Bournemouth se hallaba algo retirado desde el punto actual en el que se encontraba. Así que planeó realizar ese extenuante viaje el así de mañana si es que quería darle esa sorpresa a su amada prima.

—¿Podría facilitarme la dirección de Bournemouth, Señor Williams?

—Por supuesto, señorita. Permítame.

Él señor de la casa tomó la hoja en sus manos y enseguida lo anotó. En cuanto la dama la tuvo en sus manos solicitó a su amiga hospedaje para esa noche, ya que deseaba salir el día de mañana a su encuentro y a primera hora del día.

—Será todo un placer que te quedes con nosotros, Joanna —repuso Stephanie muy animada—. Y si gustas, quisiera salir en un momento más para hallar un presente para tu prima y obsequiárselo ese día.

Joanna asentó con la cabeza, pues quería aconsejar a su amiga para hallar algún obsequio agradable.

Antes del amanecer, Joanna partió. La noche anterior se había despedido de Stephanie ya que no deseaba despertarla esa mañana. En cuanto se puso el carruaje en marcha comenzó a imaginar qué era lo que le iba a declarar a Sir Ainsworth en cuanto lo viera… ¿Le diría acaso que sería una sorpresa para su prima? o quizá insistiría en que fuera a su encuentro lo antes posible. Se hallaba muy entusiasmada frente a la idea de encontrarlo que no se percató que se descubría a las afueras de Londres. En cuanto contempló la ciudad a su espalda supo de inmediato que no había vuelta atrás. Tendría que hacer lo que llevaba en mente y que era de vital importancia.

Al caer la noche ingresó a Winchester y supo de inmediato que se hallaba en su propio condado. Entonces decidió alquilar una habitación a las afueras de la ciudad para no dirigirse a su hogar ya que sus padres se hallaban en ella y no pretendía que descubriera su acto.

Por la mañana y antes de percibirse el sol por el horizonte salió del poblado. Tuvo un ligero alivio al no ser descubierta y toda angustia se desvaneció cuando dejó atrás la ciudad. Sabía que se hallaba a un poco más de la mitad de camino y entonces, cerró los ojos por un momento y descansó.

Casi oscurecía cuando el carruaje se detuvo frente a una gran mansión. Al momento de aparcar un mayordomo se apresuró abrir la puerta y Joanna descendió de él. En cuanto tocó suelo, se alisó el vestido y contempló la

gran mansión. Supo por parte del Señor Williams que él la había diseñado y mandado ampliar desde hace un par de años. La hermosa mansión era de estilo neoclásico a dos niveles y de enormes ventanales forjados en hierro, poseía un amplio jardín en la parte trasera y revelaba a la distancia una magnifica cuadra. Nunca imaginó que fuese tan espléndida y majestuosa como le habían informado.

Con decisión montó por las escalinatas y se dirigió a la entrada principal en donde halló a otro mayordomo.

—¡Buenas tardes, señorita! —Aquel hombre hizo una reverencia y saludó—. ¿En qué le puedo ayudar?

—Buenas tardes —expresó con gracia—… Busco a Sir Ainsworth.

El mayordomo la miró con asombro… Jamás su amo mencionó que alguien vendría de visita y mucho menos que fuese tan encantadora como aquella joven dama.

—Pase, señorita —hizo un ademán con la mano y la invitó a pasar—. Permítame ofrecerle una bebida.

Joanna asentó y se encaminó a su lado. Cuando llegó admiró el salón que era muy elegante y de estilo exquisito; tenía cuadros por todas partes y un par de mesitas decorativas de estilo romano que hacía juego con un par de sillones. Las ventanas eran amplias y elevadas, y las cortinas que las cubrían eran de una ceda blanca casi transparente, mientras que el piso que distinguía a sus pies era a dos tonos y de un mármol finamente pulido.

Joanna se sintió absorta de tanta elegancia que creyó estar en un mismísimo palacio. En cuanto divisó al mayordomo aproximarse con su bebida no dudó en indagar.

—Y dígame, ¿A qué hora podré ver al caballero?

El sirviente la miró incrédulo.

—Me temo que no podrá verlo el día de hoy, señorita. Ya que el señor Ainsworth aún no ha retornado de su último viaje.

—Pero me habían informado que lo podría hallar aquí.

—Me temo informar qué no será así…

—¿Sabrá acaso cuándo lo podré ver?

—No sé cuándo regrese, señorita. —frunció el ceño—. Podría ser en el transcurso del mes o quizá en un par de semanas, ya que su viaje tuvo un ligero retraso, sabe.

—Sí, eso me temo, ya me habían informado de ello—. Respiró hondo y se inclinó en el sillón. Tanto viajar para nada.

—¿Qué es lo que desea, señorita? —expresó aquel hombre—. ¿Cuál es la urgencia por hallar al joven Ainsworth?

Joanna lo miró. A pesar de ser solo un mayordomo se dirigió a ella con total libertad.

—He venido a entregar una invitación personalmente, ya que es de vital importancia su asistencia y me habían informado que sería posible hallarlo aquí.

—¡Oh! Entiendo… —dio un paso al frente— Si gusta…, yo le entrego su invitación.

Joanna lo miró con recelo por un breve instante. No tenía nada que perder así que la sacó del bolso y se la entregó en sus manos, no sin antes hacer una advertencia.

—Escúcheme, señor…

—Phil, señorita —reveló—. Mi nombre es Phil.

—Bien. Escuche, Señor Phil. Esta invitación debe asegurarse que la lea en cuanto llegue. Es de vital importancia que sea antes del veinte de mayo para que le dé tiempo, ¿ha comprendido…? De no ser así todo mi esfuerzo se vendría abajo.

—Lo entiendo, señorita. Y créame, me aseguraré de que la lea en cuanto llegue.

—Bien, gracias, señor Phil, dejo esa gran responsabilidad en sus manos… Y… con su permiso me retiro, debo hallar hospedaje y si no me apresuro no encontraré un lugar seguro para pasar la noche.

—Entiendo, señorita… Si lo desea… podría proporcionarle alojamiento aquí.

—¡Oh, Señor Phil!, no quisiera molestar.

—¡Oh, no, señorita!, no es ninguna molestia. Mi amo no me lo perdonaría

si la dejo marchar sin haberlo hecho.

—Entonces con gusto accedo a su tan amable ofrecimiento.

Phil no tardó y la dirigió a una de las alcobas del ala oeste. En cuanto la instaló en el recinto Joanna dejó las pocas pertenecías sobre la cama y admiró maravillada la habitación.

—Si me lo permite —nuevamente se dirigió a la dama—, haré preparar una rica cena para usted.

—Muchísimas gracias, señor Phil.

El mayordomo reveló una sonrisa en el rostro y se retiró para hacer todos los preparativos necesarios. Al paso de una hora otra persona más la condujo al comedor y el señor Phil la acomodó en la mesa. Se aseguró que los alimentos fueran de su agrado y al término la retornó a su habitación. Por la mañana y al abrir los ojos, Joanna se percató de que dentro de su alcoba se hallaba una jovencita encantadora que de inmediato le ofreció servicio para vestir y atender. En cuanto terminó la condujo nuevamente al comedor.

Después de haber degustado tan suculento alimento decidió partir. Phil la condujo. Pero al estar a punto de abordar su carruaje, Joanna dio media vuelta para expresar unas últimas palabras.

—Por favor, señor Phil… Haga que lleve consigo una rosa.

—¿Una rosa?

—Sí. —sonrió—. Sé que le encantará recibir una de sus manos.

—Comprendo, señorita —devolvió la sonrisa—. Se lo haré saber.

Joanna hizo una pequeña inclinación frente a él cosa que le sorprendió aquel hombre. Sin más que decir este le ayudó a remontar su carruaje y en cuanto serró la puerta miró cómo este se alejaba por el sendero. Phil supo que esa carta que había obtenido era sumamente importante para su amo. Y él, haría todo lo que fuera necesario para que este la leyera a tiempo.

Capítulo 21

21

Es él

(Like An Angel Passing Through My Room - Celtic Woman)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Era de noche e Irene descendió de las escaleras del primer piso tan sublime como solía hacerlo. Se dirigió al salón principal donde aguardó paciente para cenar con sus invitados.

Había bastante gente concurrida en su hogar debido a que el día de mañana se celebraría su cumpleaños con una cena baile y la familia Black no había escatimado en ello. Esa noche se había arreglado para la ocasión, ya que claro, quiso complacer a su madre aunque para ella era bastante ostentoso lo que llevaba puesto, pero como su madre había insistido demasiado no pretendía que se disgustara esa noche por su causa.

Se hallaba cerca de la chimenea del salón principal cuando dentro de su cabeza resonó el acuerdo que había mantenido con su padre. Sabía que su tiempo se le estaba agotando para encontrar marido y en ese instante, trajo a su mente la imagen de Alexandre. Se cuestionó en su interior: *<<¿En dónde estará…? ¿Se habrá casado ya?>>* La tristeza invadió su alma al imaginar que ya lo estaría, pues había transcurrido el tiempo desde que lo avistó por última vez. *<<Quizá a esta altura esté esperando a su primogénito>>.* Se dijo así misma. Para borrar esos pensamientos tan dolorosos de su mente se aproximó a la ventana, y con serenidad, contempló los bosques que se mantenían en completa obscuridad. Notó cómo se percibía todo en penumbra entre el basto bosque; los majestuosos robles montaban a lo lejos un camino y que pasaban de largo por sus tierras, los arbustos y pequeños rosales de su jardín, se meneaban plácidamente con el viento. A través del reflejo de los cristales, descubrió a la gente que se mantenía degustando en el interior del salón una bebida. Nuevamente perpetuó el instante en el que Alexandre le ofreció una copa cuando miró cómo los comensales disfrutaban. Remembró el sabor del primer sorbo en su boca y supo de inmediato que no lo volvería a probar, ya que, a pesar de haber hecho mención a su

padre este solo insistió en probar los productos del tío Gabrielle.

Trató de no sentirse tan melancólica esa noche, entonces contempló a los comensales que aguardaban pacientemente por la cena de gala. En breve, cerca de la entrada principal visualizó a su prima Joanna y esta se condujo a ella.

—¡Qué hermosa te ves esta noche! — Repuso Irene en cuanto la tuvo cerca— ¡Te sienta muy bien ese vestido!

—¡Te parece…! —giró Joanna—. Mi madre lo mandó detallar hace poco con una modista muy famosa por allá en Londres.

—¡Es encantador!

Irene palpó la hermosa berta color lila que hacía lucir tan seductores sus delicados hombros rosados. En cuanto vislumbró un caballero que le hacía una reverencia desde lejos lo saludó inclinando la cabeza. Cuando Joanna giró el rostro para distinguir aquella persona se asombró.

—¡Oh, por Dios! ¡No puede ser verdad! —dijo sobresaltada.

—¿Qué sucede, Joanna? ¿Qué no puede ser verdad?

—¿Qué no lo ves…? Es él…

Irene giró el rostro cuando Joanna miró a lo lejos muy irritada.

—¿Sir Hamilton? —Repuso.

—¡El mismo…! — Joanna no apartó la vista de aquel hombre—. ¿Qué hace aquí? ¿Quién lo invitó?

—Mi madre seguramente.

—¿Cómo pudo suceder?

—No tengo idea… ¿Recuerdas que hace no más de un mes salí de cacería con mi padre…?

—Sí, sí lo recuerdo.

—Pues bien, él nos acompañó. Quiso alcanzarme en el recorrido para hacerme la plática, pero no lo consiguió. En cuanto retorné a la mansión salí contigo para no toparme con él… Aun así, y después de ese encuentro vino de visita en varias ocasiones. Aunque siempre que retornaba le indicaba a Maiwen que lo despidiera mencionando que me sentía mal o cualquier situación para no atenderlo. Al parecer, a mi madre le agradó.

Me imagino que por esa situación está aquí... ¿Por qué lo preguntas?

Joanna lanzó una mirada de enojo al susodicho, y respirando hondo se atrevió a afirmar.

—¿Recuerdas al hombre del que te platiqué aquella vez en Blackstone?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Pues es él. —Irene lo miró, recordó la charla que había tendido con su prima aquel día y sin vacilar exclamó.

—¡El tal... Anthony!

—En persona…

El caballero venía aproximándose cuando Joanna decidió salir de la escena.

—Me vas a disculpar, Irene, ¡Pero a este…! ¡No lo quiero ver ni en pintura! Con tu permiso —Y se retiró.

Anthony se condujo muy airoso. Irene, después de recordar lo que se había suscitado con su prima supo de inmediato que aquella persona era un verdadero patán. No declaró nada en su momento, pues esperaba darle una estocada profunda con palabras para que se mantuviera alejado de ella.

—Señorita Irene —Haciendo una reverencia—. ¡Qué hermosa se ve esta noche!

Irene portaba un vestido azul cielo plateado que poseía adornos floreados sobre el escote y cintura. Las mangas eran muy abombadas y se podría apreciar sobre su cabello algunos adornos que hacía a juego con el collar.

—Gracias, Sir Hamilton. Aunque considero que no es para tanto.

—De ninguna manera, señorita Black. A decir verdad… ¡Es usted la más hermosa de la noche que nadie se puede comparar con su excelsa belleza!

Irene reveló una sonrisa. No porque se sintiera alagada por semejante cumplido, sino porque se dio cuenta de lo hábil y sutil que era con su lengua.

—Y dígame, Sir Hamilton —prosiguió—. ¿Cómo conoció a mí padre?

—¿Su padre? —enarcó una ceja—. Me parece… me parece que su hermano Julius me lo presentó hace algunos días.

—¡Ah! ¡Quiere decir que usted conoce a Julius!

—Efectivamente, señorita —sonrió—. Conocí a su hermano en el puerto de Londres hace algunos meses atrás. Al parecer, su hermano quería dar con algunos caballeros y yo, decidí escoltarlo hacia ellos.

—¡Ah!, mire…, ¡qué caballeroso de su parte! —Lo dijo con un tono de voz tan sarcástico que el joven la miró con intriga.

—No comprendo por qué ese tono hacia mi persona, señorita… Cree usted que estoy alardeando, ¿verdad?

—¡No!, ¡cómo cree!

Irene esperó el momento adecuado para mandarlo a volar, pero eso tendría que esperar ya que habían llamado a la mesa y todos se encaminaron al sitio.

Anthony se sentó frente a ella y durante toda la velada le lanzó miradas seductoras. Sin embargo, Irene lo ignoró la mayor parte de la velada poniendo más atención en la charla que se suscitaba con su tía Rebecca. Al terminar, Joanna marchó del comedor y se encaminó hacia sus aposentos. Anthony se despidió amablemente de ella sin recordar quién era. Irene al percatarse de la poca memoria del caballero planeó hacer lo mismo.

—Tendrá que disculparme, Sir Hamilton, pero mañana tendré un día muy atareado y deseo descansar cuanto antes.

—No se preocupe, señorita Irene. Descanse… Por mi parte aguardaré un momento más ya que deseo conversar con su hermano Julius y tal vez esta noche pueda ganarme en las cartas.

Anthony se despidió de ella besándole la mano con avidez, en cuanto lo hizo Irene la apartó de inmediato, hizo una corta inclinación y ascendió velozmente por las escaleras para después dirigirse a su habitación. Maiwen terminó de ayudar a desvestir y en cuanto esta concluyó se marchó apagando las velas.

Estando en la obscuridad de la noche y mirando a través de la ventana recordó el momento en el que Ainsworth besó su mano por primera vez. Acarició la parte en donde él había posado sus sublimes labios y la llevó a la boca. No quería volver a recordar ese momento, sin embargo, así lo

hizo.

Antes de meterse a la cama se dijo así misma: <<*Ya Irene. Olvídalo… Él, jamás regresará. Encuentra otro caballero que te haga olvidar*>>. Se apartó de la ventana suavemente, se metió a la cama intranquila y se cubrió con las sábanas de seda para caer en un sueño profundo.

Capítulo 22

22

Con rumbo fijo

(Aeons — David Larsen)

(Beethoven ´s 5-Secrets — The Piano Guys)2 rep

Estaba montado tranquilamente en un carruaje fino Alexandre y con rumbo a Bournemouth. Acababa de retornar de su último viaje de las Indias Orientales que había realizado hace un poco más de ocho meses. Desde su navío y en cuanto visualizó su propio muelle, hizo descender un bote, pero antes de hacerlo, dio instrucciones a su primer oficial para que su mercancía llegara con bien a su destino.

El camino del muelle a la villa no fue tan largo como podría imaginarse y en cuanto aparcó el carruaje sobre la gravilla arenosa descendió de él.

—Es un gusto poder verlo nuevamente, señor.

—Que tal, Phil. ¿Cómo va todo?

—¡Todo en orden, señor!

—¿Llegaron con bien mis caballos?

—Sí, señor, llegaron con bien, y Kirk, ha ampliado la caballeriza para mantenerlos en perfecto estado.

—Excelente. Pasaré a verlos.

—¿No desea comer antes, señor? ¡El viaje fue largo!

—No en este momento, Phil. Primero veré a los animales y después pasaré al comedor.

—De acuerdo, señor.

Alexandre se apartó de su lado y se acercó al establo. Con una alegría inmensa contempló a los hermosos corceles que había adquirido en una apuesta en el puerto de Durbán...

<<El Capitán Edward Stockham, se hallaba bebiendo en un establecimiento de licorería a orillas del muelle. Había manifestado a todo pulmón que nadie era capaz de vencerlo en las luchas cuerpo a cuerpo y así lo era. Por varios años se había hecho de vienes por ello y en cada justa que se hacía arremetía con valor para llevarse lo mejor. Alexandre viéndose motivado por golpear un hombre, se levantó de su asiento he hizo una apuesta contra él. Stockham, al verlo de frente no dudó en tomarla. Apostó sus ocho caballos árabes contra el navío cargado de Ainsworth. Ninguno titubeó en arriesgar sus mejores vienes ya que ambos capitanes eran hombres de palabra y conscientes del afronte. Con entusiasmo se acercaron al espacio ofrecido y se dio comienzo con la riña. Alexandre recibió los primeros golpes, pero no se doblegaba, se percibía a la distancia que deseaba cansarlo, mientras que Edward no era capaz de comprender cómo su contrincante era capaz de resistir tanto. Golpe tras golpe caía sobre su sólido cuerpo, pero este ni se inmutaba. En cuanto Alexandre sintió uno directo en el rostro, trastabilló. Se llevó la mano a la boca y notó cómo había brotado sangre del labio inferior. Sin tardar más comenzó a golpear al inglés. Siete golpes fueron contundentes para dejar tendido aquel inconsciente tipo. Al acto, mandó cargar a los animales en "El andante", otro navío de su flota que estaba a punto de zarpar y de regreso al puerto de Londres. Al terminar el abordaje, y mirar que este se alejaba, regresó a su navío para continuar con su viaje>>.

Descubriendo en el establo su nueva adquisición, acarició a cada uno de ellos recordando a la vez a la joven dama de ojos exuberantes cuando contempló a lo lejos a un corcel blanco. Inmediatamente se aproximó a él y le tendió la mano para darle de comer en la boca. Al terminar de hacerlo se acercó a otro que se hallaba a su costado. Era un enorme corcel negro. Sin dudar, lo montó y lo llevó a dar una vuelta por sus abundantes tierras. Anduvo con él por todo el paraje. Se dio cuenta que el animal deseaba correr así que no lo dudó y lo hizo galopar. Simplemente era un caballo extraordinario. Veloz. Tal como lo imaginó. Lo acicaló por el cuello en forma de agradecimiento y nuevamente lo hizo galopar. A lo lejos alcanzó a visualizar el establo y no dudó en encaminarlo hacia allá. Notó que Phil se descubría junto a Kirk y con una sonrisa de pocos amigos en el rostro. Había trascurrido un poco más de dos horas desde que salió y comprendía que su mayordomo estaba más que molesto por su causa ya que no le agradaba que no fuese puntual para la merienda. Con prontitud, detuvo al animal a un costado de la caballeriza y Kirk sujetó las riendas.

—¿Todo bien, señor Ainsworth?

—¡Excelente, Kirk! —descendió de él y acicaló por última vez al caballo—.

Asegúrate de que esté listo para mañana.

—Así será, señor.

En ese instante se aproximó Phil para apresurarlo y dirigirlo al comedor. Alexandre se despidió de su caballerizo y siguió a su mayordomo.

Al ingresar en la habitación, ocho de sus sirvientes se encontraban de pie y alineados de forma pulcra. Eso lo intrigó en demasía ya que nunca dejó que la servidumbre aguardara de pie mientras él consumía algún alimento, esa acción la encontraba sumamente innecesaria. No reveló su pensar y aguardó a que Phil los despidiera. En cuanto tomó asiento Phil le aproximó todo un manojo de cartas.

—Su correspondencia, señor.

—Está bien, Phil —lo dijo con desaire y señaló—, por favor, déjalas sobre la mesa.

Los minutos transcurrían con rapidez y todo permanecía en silencio. De inmediato Alexandre elevó el rostro del plato y contempló a la distancia a la hija de la cocinera. Mientras se llevaba el alimento a la boca se percató de lo mucho que había crecido Adele en esos últimos años y nuevamente ingirió bocado. Notó que la joven miraba con mucha impaciencia las cartas sobre la mesa y fue en ese momento que la chica soltó una risita alocada. Su madre, que se hallaba a su costado, oyó el sonido de su boca y la calló de inmediato con un codazo.

Todo le pareció tan extraño a Alexandre que no comprendió qué hacía todo el servicio ahí. Entonces miró a su mayordomo que también dirigía la mirada con insistencia a la correspondencia y fue en ese instante que lo entendió.

Cogió la primera carta y comenzó con la lectura. No le pareció importante su contenido así que tomó otra. De inmediato se escuchó la risita graciosa de Adele y elevó la mirada.

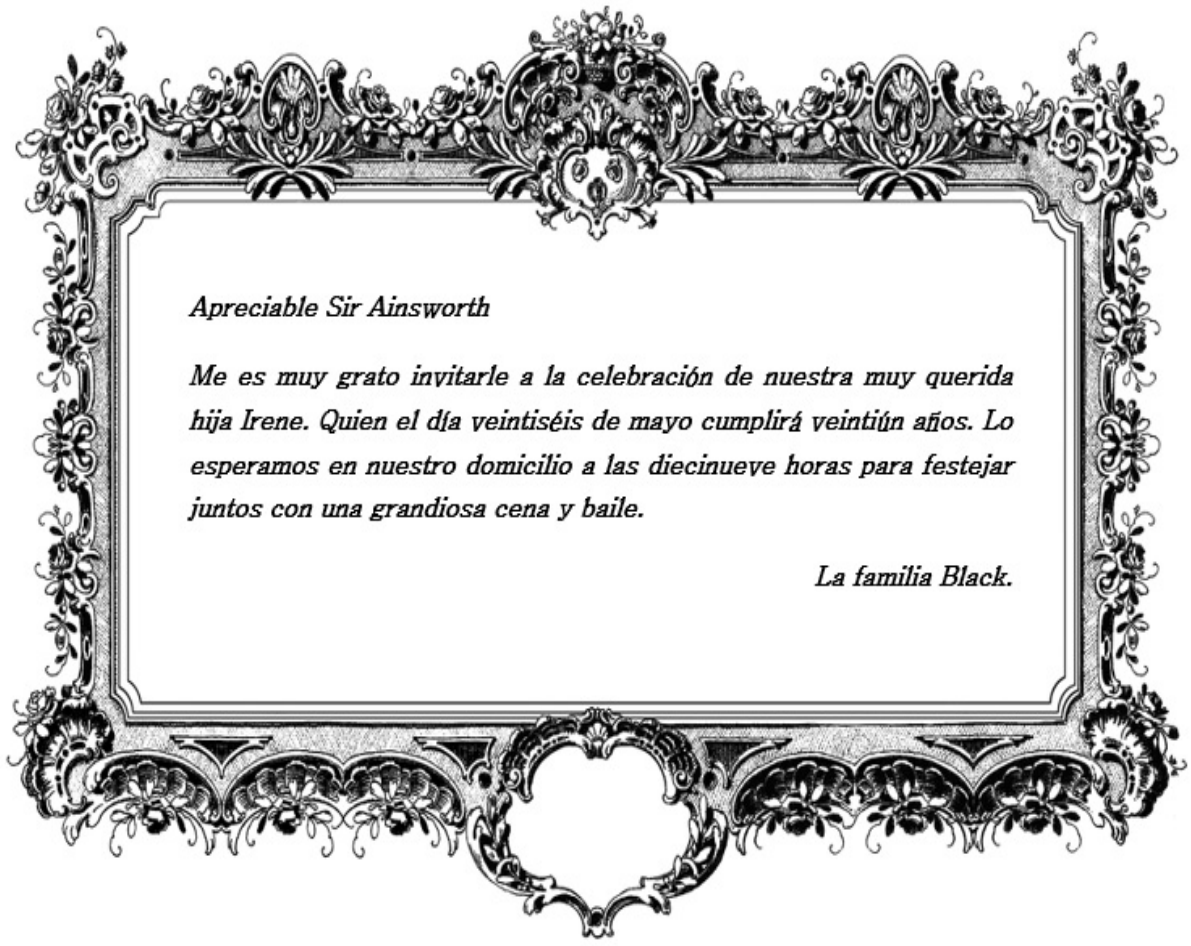
—¿Que sucede, Phil…? —osó cuestionar—. ¿Hay algo que deba leer que sea de suma importancia?

Phil se aproximó a la mesa ansioso y sacó tres cartas del manojo de correspondencia.

—Me parece que debería de leer estas cuanto antes, señor —reveló—. En mi opinión, serán de su gran interés.

Phil las apartó de las demás y las colocó a su costado. Sir Ainsworth tomó la primera y la ojeo. Efectivamente era importante, pues en ella se

informaba de un negocio que se había concretado con éxito refiriendo la cantidad final proporcionada por sus servicios. Mientras la leía, cinco personas salieron silenciosamente del salón sin que él lo notara. Tomó la segunda carta. Notó que no se trataba de ningún funcionario importante, sino más bien poseía todo el aspecto de ser una invitación formal.



Apreciable Sir Ainsworth

Me es muy grato invitarle a la celebración de nuestra muy querida hija Irene. Quien el día veintiséis de mayo cumplirá veintiún años. Lo esperamos en nuestro domicilio a las diecinueve horas para festejar juntos con una grandiosa cena y baile.

La familia Black.

Ainsworth se pasmó por el contenido, sacó pues su reloj de bolsillo con avidez y miró la hora en él. Notó que era tarde, así que se levantó de la mesa de golpe sin terminar de ingerir los alimentos.

Phil se condujo con él, se hallaba a su costado cuando su amo le dirigió unas cuantas palabras.

—¿Cuándo llegó esto, Phil? —Elevando la invitación en el aire.

—Hace algunos días, señor —respondió de inmediato—. Y la trajo una dama.

Ainsworth giró sobre sus talones.

—¡Una dama…? ¿Cómo era? ¿Qué te dijo?

Quería escucharlo todo.

—Era una dama muy elegante y risueña. No muy alta, de cabello castaño, ojos marrones si no mal recuerdo. Mencionó que era sumamente importante su asistencia a la celebración y trajo esto para usted.

Sabía desde el fondo de su corazón quién era —<<*Seguramente sería su prima Joanna, no puede ser Irene, ella posee el cabello obscuro*>>.
—Siguió con su andar y ascendió velozmente por las escaleras.

—Phil, da aviso que partiré de inmediato y preciso de un carruaje con los caballos más veloces de la cuadra.

—Enseguida, señor.

—Además, necesito agua caliente, ropa para el evento, ¡Rápido! ¡Rápido!

—Sí, señor.

Phil se adelantó y tomó el picaporte de la alcoba principal antes de que su amo lo cogiera. Al abrir, la servidumbre se descubría alistando todo lo necesario para el evento. El mayordomo rápidamente se acercó al vestidor y contempló la tina de baño que se apreciaba a rebosar de agua tibia.

—Está todo listo, señor, en este momento me aseguraré de que alisten su carruaje.

Ainsworth se percató de que la servidumbre se había enterado del evento de esa noche, ya que algunos se mantenían en pie cerca del ropaje y otros en la habitación donde se hallaba la tina. Al parecer solo estaban aguardando por él. Alexandre comenzó a retirarse las prendas con agilidad y tomó su baño. Al término descendió por las escaleras frenético y Phil lo siguió. Pero antes de salir de la villa se dirigió a él.

—Permítame, señor.

Mostrándole una rosa roja. Alexandre se extrañó de ver aquel objeto en mano, y lanzándole una mirada de escepticismo este no tardó en reparar.

—Al parecer, son del agrado de la dama y le encantaría recibir una el día de hoy.

Ainsworth lo miró con asombro, la cogió en mano y salió de inmediato.

Ascendió en su carruaje y enseguida marchó.

En su mente, solo brillaba la idea de volver a ver a Irene. Había postergado su regreso todo ese tiempo porque no quería recordar, no deseaba toparse con ella, no pretendía verla nunca más. Sabía que, si la miraba de nuevo, podría revelar su inmenso cariño y que, seguramente la dama lo rechazaría con la mayor indiferencia. Pero esto era diferente, esto era inequívoco, esto abría sus posibilidades revelando a ciencia cierta que tenía una grandiosa oportunidad… Entonces, todas sus esperanzas emergieron de su ser. Era probable que Irene deseó llamarlo, y eso…, lo llenó de ilusiones.

Tres horas antes de medianoche Alexandre se hallaba ya en la entrada principal de los Black. Había llegado tarde a la celebración y la mayor parte de las personas habían cenado ya. Sin tardar ingresó rápidamente y la buscó con la mirada en el salón principal. La halló de pie junto a una gran ventana y saludando a la vez a algunos invitados. Enseguida miró lo excelsa que lucía y su corazón comenzó a palpitar. Dio pequeños pasos indecisos para aproximarse a ella, cuando de repente, y a la distancia, contempló a un caballero que se conducía también hacia la dama. En cuanto lo advirtió a su lado se detuvo de golpe. Miró cómo dialogaba con Irene y ella sonreía atenta. Eso lo enfureció. Así que apretó la quijada, tensó los nudillos, y tratando de serenar su alma, tomó una bebida de la mesa contigua y se la llevó a la boca.

Anthony le coqueteaba a su dama y Alexandre sintió cómo le hervía la sangre… Este, le susurró algo al oído e Irene al instante palpó su oreja. Ainsworth no lo toleró más y resolvió marchar. En cuanto ascendió en su carruaje y este partía, contempló la rosa que yacía en el asiento de enfrente… La tomó y la miró con aflicción.

—¡John! —llamó al instante—, regresa.

El carruaje dio media vuelta y retornó. Ainsworth tomó fuerzas y regresó al salón principal. Tenía planeado solo entregar la rosa para después marchar. Pues sabía que no había mujer en el mundo que no se resistiera los encantos de su tan atractivo hermano.

Nuevamente los contempló … Miró el movimiento crucial de Anthony y supo de inmediato que Irene no se resistiría a él. El joven sutilmente le susurró al oído mientras Irene permanecía inmóvil. El siguiente movimiento era bordear su cintura para después depositarle un beso apasionado en aquellos finos labios.

Ainsworth apretó la rosa con avidez. No deseaba ver el final, pues sabía

perfectamente que su dama sucumbiría a sus encantos.

Pero sorpresa… Irene, al sentir la mano del caballero posarse sobre su espalda giró con él. Este se quedó desconcertado por su reacción, más sin embargo intentó besarla. Irene lo apartó con una mano para impedírselo, enseguida lo observó con desagrado y le dirigió unas palabras que Ainsworth simplemente imaginó. En cuanto terminó marchó de su lado para salir de su presencia y dirigirse a una puerta que daba al este. Sir Hamilton, sin preocuparse por lo ocurrido se dirigió a otra habitación.

Ainsworth se percató de la forma en la que lo había rechazado y de inmediato se condujo a ella.

Estaba a unos cuantos pasos de la puerta cuando un hombre se interpuso en su camino.

—Disculpe, caballero —replicó el hombre—. Pero la señorita Irene no desea ser molestada. Por favor, sea tan amable de volver por sus pasos.

Alexandre quedó desconcertado, no comprendía por qué se le negaba, no comprendía aquellas frías palabras. Estaba decidido a apartarlo con un solo golpe, pero decidió advertirlo con una mirada fulminante. Jeff era alto, pero no tan fuerte como lo era él. Su boca estaba decidida a pronunciar algunas palabras desagradables cuando se escuchó la voz de una mujer.

—¡Jeff, por favor, déjalo pasar!

Ambos hombres se giraron al mismo tiempo para contemplar aquella persona que osó interrumpir. Notaron que era la viva imagen de Johanna y entonces uno de ellos guardó silencio.

—Lo siento, señorita Joanna —refutó Jeff—. Pero la señorita Irene fue muy clara cuando precisó que no deseaba ser molestada por ningún ser.

Joanna le mostró una sonrisa picarona y dio unos cuantos pasos para rectificar.

—Créeme Jeff… A este caballero… sí lo querrá ver.

Alexandre posó la mirada nuevamente en aquel hombre y Jeff lo miró, no apartó su vista de él a pesar de que este se dirigía con una mirada retadora. Joanna, al verlos tan orgullosos de sí mismos y mostrar que no pretendían ceder ni uno ni el otro decidió colocarse entre ambos.

—¡Jeff, Por favor! —declaró tajantemente.

Él hizo una mueca de desagrado y se apartó de la puerta sin dejar de mirar al susodicho. Alexandre, con una sonrisa en los labios se dirigió a la dama.

—Gracias, señorita.

—¡Adelante, caballero!

Alexandre dio un par de pasos al frente y sujetó el picaporte con indecisión. Tratando de apaciguar su corazón inquieto e inhaló profundamente sacó valor de su pecho… Con timidez y anhelante, giró el picaporte poco a poco y este se abrió.

Capítulo 23

2**3**

Que Alegría

(You raise me up- Secret Garden)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

Al cruzar el umbral de la puerta se percató de que esta daba precisamente a un balcón; Irene se mantenía en una esquina solitaria del mismo en donde esperaba ser desapercibida entre la oscuridad de la noche. Con anhelo Alexandre la contempló quedándose inmóvil y sin atreverse a mover ni un músculo de su cuerpo. Simplemente lo hizo para admirar su hermosa silueta que se apreciaba con la luz tenue de las estrellas. Antes de dar el primer paso suspiró ligeramente y se encaminó hacia ella. Irene no se percató de su presencia, pues divisaba a lo lejos el firmamento y aguardaba pacientemente a que la velada transcurriera con la mayor prontitud.

Alexandre se instaló a su costado y justo detrás de ella. Con decisión estiró la mano para colocar la rosa sobre el pretil en donde la dama se mantenía posada. Irene, al sentir el rose de los pétalos suaves sobre su antebrazo bajó la mirada para ver qué cosa era... En breve se percató de la rosa y acto seguido viró para advertir a la persona que la había colocado ahí… Asombrada… contempló el rostro de Sir Ainsworth.

En el instante que desdibujó su grandiosa sonrisa, la pupila se le dilató, su corazón se aceleró y un cosquilleo emergió de su ser. No lo podía creer… ¿Qué hacía él ahí? Alexandre se aproximó con cautela y logró manifestar unas cortas palabras.

—Es para usted —lo dijo con un tono de voz suave—… Espero que le agrade.

Irene la cogió. La llevó al rostro y en cuanto dio el primer respiro hondo pronunció.

—Es perfecta…Gracias.

El ambiente se llenó de silencio cuando Ainsworth se atrevió a articular.

—No tanto como lo eres tú.

Volvió el rostro hacia él para divisar sus grandes y hermosos ojos marrones que revelaban a la vez su inmenso cariño. Su corazón comenzó a latir con frenesí, pues se hallaba sumamente dichosa de volverlo a ver. Sin dudar y con un arrebato de su interior se lanzó a sus brazos cogiéndolo por el cuello. Alexandre se conmocionó en cuanto la sintió cerca. No lo podía creer, qué mujer tan encantadora. No lo pensó más y con una gran alegría correspondió a su gesto; la estrechó fuertemente por su pequeña cintura y la atrajo hacia sí.

Quería permanecer así el mayor tiempo posible porque lo añoraba desde lo más profundo y hondo de su ser. En su mente, resonó la última vez que la advirtió, la carta que lo apartó de ella y el sentimiento doloroso que le hizo sentir. Recordó el viaje que realizó por su rechazo, sabía que no era necesario realizar, sin embargo, así lo hizo con tal de poder sacarla de su mente. De nada le valió todo aquello porque al momento de estar con ella todos esos sentimientos que quería frenar volvieron a florecer con mayor intensidad. Al tenerla de cerca olfateó su cabello, olía a flores silvestres con un toque de rosas perfumadas; Al estrecharla entre sus brazos se sentía extasiado. No lo podía creer… qué recibimiento tan caluroso de su parte.

Todo era perfecto y así continuó por largo tiempo. Irene tampoco quería apartarse de él, sabía que por su causa se había marchado y por tanto no lo había vuelto a ver. Su mente no concebía cómo era posible que el estuviera justo entre sus brazos y estrechándola con anhelo. Desde el fondo de su corazón quería pedir disculpas por todo aquello que le había ocasionado; por haberse escondido de él y por haber escrito una nota que en verdad no deseaba que leyera. En cuanto regresó a la realidad y dejó de pensar en tantas cosas comenzó a apartarse. Alexandre la miró a los ojos y sintió cómo sus manos se iban deslizando suavemente a través de su pecho, y antes de que se alejara cogió una rápidamente y la besó. Irene le sonrió porque más que nada deseaba ese acto de su parte.

—Señorita Black —llamó alegre—. ¿Me permite una pieza?

—Será todo un placer —y le mostró su gran sonrisa.

Alexandre le ofreció su brazo y ella lo cogió maravillada, acto seguido la encaminó a la villa y la condujo suavemente a su interior. En cuanto cruzó con dama en brazo, Joanna se acercó a ellos para mostrar su inmensa alegría. Sin esperar, Irene le entregó la rosa que momentos antes había recibido de aquel caballero y marchó con él. Al llegar al centro del salón

Alexandre posó su mano en su espalda, elevó la otra con gran elegancia y comenzaron a danzar.

Irene se hallaba en éxtasis porque ansiaba volver a hacerlo. Cada noche que lo traía a su mente se cuestionaba si él sentía lo mismo por ella. Era inequívoco que él concebía los mismos sentimientos afectuosos ya que no dejaba de mirarla con cariño en todo momento.

Al terminar la pieza la condujo a otro salón en donde la depositó en un sillón. Ahí le ofreció algo de beber, cosa que aceptó Irene y de inmediato fue por la bebida. En cuanto se perdió entre los invitados Joanna se aproximó a ella.

—¡Qué tal! ¿Cómo va todo?

Irene viró para dejar al descubierto su inmensa alegría.

—¡No puedo creer que esté aquí! ¿Cómo es esto posible!

—Te dije que te regalaría algo en tu cumpleaños, ¿no es así? —sonrió—. Pues bien, este es mi regalo. —y lo señaló.

La chica lo contempló maravillada, y regresando la mirada a su pariente cuestionó.

—¿Tú lo has mandado llamar?

—En efecto. He sido yo. Supuse que te gustaría estar con él de nuevo y qué mejor momento que en tu celebración —cogió su mano —. En verdad, Irene… No sabes cuánto batallé por encontrarlo. Aunque creí que no vendría cuando me informaron que aún no retornaba de su último viaje… pero ahora, helo aquí.

Irene advirtió aquel hombre que venía encaminándose a ella con las bebidas en la mano, entonces giró para agradecer a Joanna dándole un fuerte abrazo.

—¡Gracias, Joanna, es el mejor obsequio que he recibido en años!

—Espero que no me lo regreses, ¿eh?

—De ninguna manera me atrevería hacerlo.

Joanna se apartó de ella no sin antes hacerle una inclinación a su acompañante. Alexandre agradeció el gesto y le ofreció su bebida antes de que esta marchara, Joanna la cogió y acto seguido se despidió de

ambos.

Irene contempló cómo su prima se perdía entre las personas y entonces Alexandre cogió una bebida de la charola de un mesero cuando este pasó por su lado. En cuanto lo hizo se sentó junto a la dama para charlar otro poco. Irene no apartaba su vista de él ya que estaba deslumbrada con su presencia. Sir Ainsworth lo notó y le guiñó un ojo antes de darle el primer sorbo a la copa. Ella se sonrojó y decidió beber de la suya.

—Y dígame, señorita —Alexandre indagó—. ¿Qué ha hecho todo este tiempo después de la última vez que nos vimos?

—¿Yo…? Pues…, solo realicé lo que habitualmente hago, pero después de su visita inesperada decidí visitar a mí abuelo.

—¡Ah…! Fue ahí donde se escondió, ¿no es así?

Irene se sorprendió.

—¡Lo siento mucho, Sir Ainsworth! —se disculpó con él—, La verdad, fue que en cuanto recibí su nota preferí lanzarla al fuego y me dirigí a casa de mi abuelo. Perdóneme por favor, de no ser así, yo...

Con un dedo silenció sus labios y en el mismo instante que contempló sus grandes ojos verdes. Sostuvo su rostro con dulzura y con la yema de su pulgar rozó su suave mejilla. Sus palabras habían sonado sinceras y él lo sabía. Así que de inmediato se apresuró a rectificar.

—Tranquila, Señorita Black, no hay nada que deba perdonar. Lo hecho, hecho está. Y si me lo permite, mi intención en esta noche es danzar con usted durante toda la velada. ¿Aceptaría hacerlo?

—¡Me encantaría!

La joven terminó de beber de su copa y en cuanto lo hizo Alexandre la cogió por mano para encaminarla hacia la pista. Durante la velada danzaron una tras otra y sintiéndose encantados por su rencuentro. Y aunque otros caballeros deseaban danzar con ella, Irene con cortesía les decía que no, se alejaba de ellos en brazo de aquel hombre que estaba más que feliz por otorgarle su presencia. La verdad era que Irene solo deseaba permanecer a su lado.

En cuanto se descubrió marchar la mayoría de invitados el caballero indagó.

—Señorita Black, ¿qué hará el día de mañana?

—¿Mañana? —agregó confundida—. Aún no lo sé —frunció el ceño—. Pero, pretendo salir a cabalgar temprano como es habitual en mí, después, me dedicaría atender a los pocos invitados que aún se encuentren presentes.

—En tal caso —se apartó de su lado—, permítame despedirme de usted ya que no pretendo privarla de su sueño.

Alexandre le cogió la mano con dulzura y la besó.

—Hasta pronto, señorita Black.

—Hasta pronto, Sir Ainsworth.

Irene lo miró marchar cuando se asomó por la ventana y este cogió su carruaje. En cuanto dejó de advertir el coche por el sendero se dirigió a su habitación.

Maiwen que lo había visto todo desde lo alto, no vaciló en preguntar.

—¿Cómo le fue, señorita?

—¡Si te contara, Maiwen! —la abrazó—. ¡Sir Ainsworth llegó a la fiesta y fue todo un caballero conmigo! ¡No sabes lo feliz que me hizo el verlo por aquí! ¿Sabes qué bailamos toda la noche?

—Sí, señorita, y me alegro por usted. Y ya no le quitaré más su tiempo. Ahora, permítame ayudarle a desvestir para que se meta a la cama.

Irene no protestó por ello, pues, difícilmente lograría conciliar el sueño ya que se hallaba sumamente extasiada por la velada que había tenido. Acto seguido su dama apagó las velas y le deseó buenas noches. Ella se quedó en la oscuridad perpetuando el instante en el que apareció su caballero. Al momento, trajo a su memoria lo fuerte que lo abrazó cuando se presentó en el balcón e imaginó que eso fue muy inapropiado de su parte, aunque claro, su corazón indicaba que era necesario revelar.

Al transitar los minutos sintió cómo sus ojos se cerraban y entonces se dejó llevar entre los brazos de Morfeo, soñando, con la agradable velada que había tenido en compañía de tan encantador caballero.

Capítulo 24

24

Tiempo juntos

(Conquering Heights- James Dooley)

(It´s Gonna Be All Right- Simon Daum)

(Song at the end of the day- Secret Garden)

(Son For A new Beginning- Secret Garden)

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

—Señorita Irene…, despierte… despierte por favor —una cálida mano sacudía con suavidad a la dama—. Señorita, por favor—. En ese instante Irene abrió los ojos con pereza y de inmediato notó que se descubría su habitación muy iluminada. Giró el rostro para contemplar a la persona que la había perturbado de su hermoso sueño y en cuanto descubrió a la malhechora volvió a tomar la misma posición. Desde la cama y algo somnolienta manifestó:

—¿Qué sucede, Maiwen?

—Señorita, es tarde ya… y aguardan por usted.

La joven rápidamente se cubrió el rostro con el antebrazo ya que la luz del día lastimaba su mirar. No tenía ánimos como para levantarse, puesto que la noche anterior había demorado demasiado en conciliar el sueño. Enseguida, y sin hacer caso a sus palabras comenzó a acurrucarse entre las tibias sábanas de su lecho. Maiwen al notar que volvía a tomar posición volvió a llamar y esta vez con firmeza: —¡Señorita Irene, tiene que levantarse ya! Están aguardando por usted en el patio principal. ¡Y es… es Sir Ainsworth!

Irene se incorporó de súbito, abrió los ojos con estupor y la miró incrédula. Su dama hizo una mueca en los labios y cruzó los brazos sobre

el pecho.

—El caballero desea acompañarla en su cabalgata matinal, señorita… y si no me cree, podría mirar por la ventana. —Extendió un brazo decididamente y señaló hacia ella. De golpe, Irene retiró las sábanas y se incorporó para mirar a través del cristal. Alcanzó a visualizar a lo lejos a un caballero que se mantenía andando impaciente debajo de un árbol y con los brazos tras su espalda... En ese instante se le iluminó el rostro y un cosquilleo invadió su ser.

—¡Rápido, Maiwen…, mi ropa!

—¡Pero, señorita…! ¿No piensa asearse? —revelando la tina de baño que estaba repleta de agua y que se había asegurado de preparar. Irene al ver el esfuerzo realizado no tardó y comenzó a zambullirse. Maiwen se percató de que lo hacía velozmente y supo de antemano el por qué.

Cincuenta minutos más tarde el caballero notó su presencia cuando la descubrió andar por la hierba. Al instante se le iluminó el rostro al mirar lo hermosa que lucía con su traje azul rey. sin aguardar se condujo hacia ella, no sin antes revelar una pícara sonrisa. Al tenerla a su lado no lo dudó y cogió su mano.

—Buen día, Señorita Black —y la besó.

—Buen día, Sir Ainsworth.

—Hace un espléndido día, ¿no le parece?

—A decir verdad, lo es.

Miró a Maiwen que se hallaba a su costado y también la saludó.

—Disculpe la demora, caballero —Irene se dirigió a él—, pero me hallaba profundamente dormida cuando me notificaron su llegada.

—¡Oh, no! Discúlpeme usted a mí, señorita Black, por no advertirle que pretendía visitarla.

—No hay cuidado… —y le dejó apreciar su tierna sonrisa—. Entonces, ¿nos vamos ya?

—Por supuesto —devolvió el gesto—. La sigo.

Con prontitud lo encaminó al establo y en cuanto Jeff la avistó a lo lejos supo de inmediato que su ama saldría a montar. Pero, tremenda fue su

sorpresa cuando notó que la escoltaba un caballero.

—Buen día, Jeff.

—¡Buen día, señorita Irene! —saludó animadamente. Se percató al instante de que aquel hombre que venía a su costado era sin lugar a duda el individuo de anoche. Sin esperar, le dirigió una mirada apaciguada y realizó una corta reverencia.

—Jeff, por favor —llamó Irene—, prepara un par de caballos para Maiwen y el caballero.

—Por supuesto, señorita. —El caballerizo dio media vuelta y se dirigió al establo. En breve giró Irene sobre sus talones y echó un vistazo a su acompañante, este, no hizo otra cosa más que sonreír.

—¡Enseguida partiremos! —Agregó la joven.

—No se preocupe, señorita Black. —Alexandre volvió la vista a Maiwen y supuso que haría de chaperona. Sin inquietarle tanto se dirigió nuevamente a la dama esperando saber más sobre ella.

—Y dígame, señorita Black. ¿Hace cuánto monta?

Irene se sorprendió ya que nadie había indagado en el tema.

—Lo hago desde que tenía diez años… pero, en cuanto recibí a Ángelus comencé a hacerlo a diario. —Y su acompañante —dirigiendo la mirada a la mujer—… ¿También monta?

Maiwen lo miró temerosa y titubeó en responder, sin embargo, Irene la animó a revelar cuando asentó con la cabeza.

—Sí, señor, lo sé hacer. No también como la señorita Irene, pero he aprendido.

—Me alegro por ambas y espero que tengamos un excelente día.

—Lo mismo digo, señor. —Respondió quedamente Maiwen.

Antes de formular otro cuestionamiento Jeff salió del establo sujetando dos caballos por las riendas; uno era para Alexandre y otro para la joven Maiwen. El caballero antes de cogerlo observó cómo Irene se acercaba a su corcel y sin dudar se condujo a ella.

—Permítame, madame. —declaró airoso.

Irene viró.

—Por supuesto — y le mostró una sonrisa.

Alexandre la cogió por el talle y la elevó al aire para depositarla sobre él. La instaló en una posición cómoda en la que acostumbran cabalgar las mujeres de sociedad. Entonces, ambos sirvientes se miraron extrañados sin atinar en lo que aquel individuo osó hacer. Irene soltó una pequeña ricita y precisó.

—Perdone, Sir Ainsworth... Pero yo no suelo cabalgar así.

Con un movimiento ágil elevó la falda con la pierna y la mandó hacia el otro extremo. Alexandre la miró atónito porque nunca imaginó que cabalgara como acostumbran a hacer los caballeros. Siempre imaginó que lo hacía como todas aquellas damas que él había conocido. Maiwen y Jeff se rieron entre sí pues sabían que no conocía a su querida Irene… Jeff no esperó y se apresuró a asistir a Maiwen, en cambio, Ainsworth trepó con agilidad en su caballo sin esperar su apoyo.

—¿Está listo? —declaró Irene.

—Preparado, señorita... ¡Dígame! ¿A dónde quiere ir?

—Sígame. Lo conduciré al sitio.

Irene elevó el caballo en dos patas frente a él y al instante Alexandre echó el suyo hacia atrás dando una vuelta inesperada, acto seguido la joven chitó en voz alta e hizo emprender el viaje a todo galope. Maiwen la siguió mientras que Jeff contemplaba desde el suelo al caballero que no se lo creía. En cuanto vio que se alejaban, Alexandre no esperó más he hizo galopar a su propio corcel. Cuando Jeff lo vio partir se echó a reír… sabía perfectamente que jamás la alcanzaría en él.

La chica se dirigió a aquel sitio en donde cada mañana esperaba la puesta de sol. Irene echó un vistazo sobre su hombro y pudo contemplar a Maiwen que venía siguiéndola a una corta distancia. Cuando buscó a Sir Ainsworth a su derecha no lo alcanzó a percibir, así que hizo bajar de intensidad a su animal para tratar de hallarlo. Lo descubrió a una distancia más alejada. Embozó una sonrisa pues se había percatado de la artimaña que había hecho Jeff para que no la alcanzara. En cuanto Maiwen llegó a su presencia se dio cuenta de lo distante que se mantenía el caballero y entonces ambas sonrieron entre sí. Cuando el joven alcanzó al grupo se dirigió a ella.

—A su caballerizo... no le agradad ¿verdad?

Irene, junto con Maiwen no resistieron más y echaron a reír.

—Perdónelo, Sir Ainsworth —expresó Irene de inmediato—. Me temo que es mi culpa, ya que le he ordenado a Jeff que en cuanto un caballero me escolte sin dudar le proporcione a Matt. Disculpe mi torpeza pues no me había percatado de su acción. Por favor, sea tan amable de intercambiar de caballo con mi dama.

Ainsworth notó cómo Maiwen descendía de su caballo con sutileza y se encaminó hacia él.

—¿No le molesta, señorita Maiwen?

—En absoluto, señor.

Ainsworth descendió de su caballo e instaló a Maiwen sobre Matt. Ella se sorprendió de la facilidad que la elevó del suelo para depositarla sobre el corcel. La había colocado en la misma posición que a Irene, así que Maiwen mandó una pierna hacia el otro extremo para ir con comodidad.

—Perdóneme, señorita Maiwen —expresó—. Es la costumbre. Le aseguro que no volverá a ocurrir.

—No hay cuidado, señor.

Alexandre se encaminó hacia el otro caballo y lo montó con agilidad. Acto seguido se condujo hacia Irene.

—Preparado, señorita. Cuando usted guste.

Irene llamó nuevamente para hacerlo correr y el caballo al escuchar su voz comenzó a galopar. Ángelus volaba por los aires e incluso montado en el caballo de Maiwen Ainsworth no pudo darle alcance.

Poco tiempo después Irene descubrió dirigirse a ella cuando hizo detener su corcel en una pequeña colina. Alexandre rápidamente descendió de su caballo y se condujo a ella para asistir. Ella nuevamente le sonrió. Notó cómo lo hacía tomándola por el talle y con la mayor delicadeza. Enseguida los ojos de Alexandre se posaron en su silueta y observó a detalle cómo le ajustaba el traje de montura en todo hermoso y escultural cuerpo. En un instante, sus miradas se cruzaron... Sir Ainsworth no lo dudó y se inclinó para procurarle un beso. Ella lo advirtió y cerró los ojos para recibirlo… No fue un beso breve y simple, fue demasiado cerca, con demasiada intimidad, con un deseo inmenso de besarla tanto como lo anhelaba ella.

Sus labios eran suaves y de él brotaba un aroma agradable. En un momento de silencio escuchó el truene de sus labios y entonces se apartó de él. Abrió los ojos y contempló su rostro. Advirtió sus mechones que salían por su frente, esos pequeños cabellos castaños que no podían ser sujetados por la coleta.

Maiwen llegó y carraspeó dos veces para hacerse notar. Alexandre atendió y no le quedó de otra que ceder para dejarla en libertad. Irene inclinó el rostro encantada y se dirigió a su corcel para coger sus riendas. Él, hizo lo mismo y anduvieron juntos por el valle. Maiwen venía tras ellos a distancia, pues el señor Black había sido muy preciso en su orden al no dejarlos a solas. Irene sabía de las instrucciones que había dado su padre, pero no le preocupó.

Al acto, el joven sacó el reloj de bolsillo y miró la hora. Pasaban de medio día, así que precisó informar.

—Discúlpeme, señorita, pero temo que debo marchar.

—¡Tan pronto!

—Así es… Hay personas que aguardan por mí y no puedo desatender.

—Qué pena. Yo que pensaba invitarlo a merendar.

—No se preocupe, señorita Black, mañana retornaré a su lado y le aseguro que pasaremos un tiempo más. Si me lo permite por su puesto.

—Me encantaría —reveló con alegría.

Ainsworth hizo lo mismo, acto seguido le ayudó a montar y asistió a su dama, al final, él ascendió en su caballo y emprendieron con la marcha.

Jeff se hallaba a la espera de los animales, cuando percibió a Sir Ainsworth por la colina y descubrir que este ya no se mantenía sobre Matt comenzó a reír. Supuso que se hallaría molesto por la artimaña que había hecho para él, pero no se inquietó. Al llegar al establo, Alexandre le dirigió una mirada penetrante mas no expresó su descontento. Sabía que no lo había hecho con intención debido a las instrucciones que había dado Irene.

Al descender, Maiwen no tardó y retornó a la villa, mientras que ambos se encaminaron a la entrada principal con paso suave. Enseguida depositó a Irene en las escalinatas y acto seguido le besó la mano para después marchar.

Desde la ventana del recibidor Irene alcanzó a percibir cómo se alejaba el carruaje de su amado y lo contempló con cariño. Desde lo más profundo

de su ser añoró a que llegara el día de mañana para poder hallarse nuevamente a su lado.